

EDWARD BRYANT
La galería de hibakusha

MASSIMO PANDOLFI
El Encanto

BRIAN W. ALDISS
Últimas órdenes

PABLO CAPANNA
*Un hombre del Renacimiento:
Gregory Bateson*

MICHAEL MOORCOCK
El verdadero señor Newman

MARIO LEVRERO
El Crucificado

GENE WOLFE
Tierra Hermosa

ANGÉLICA GORODISCHER
*Los buenos van al paraíso, pero no todos
los malos pueden ir al infierno*

Noticias, libros, cine

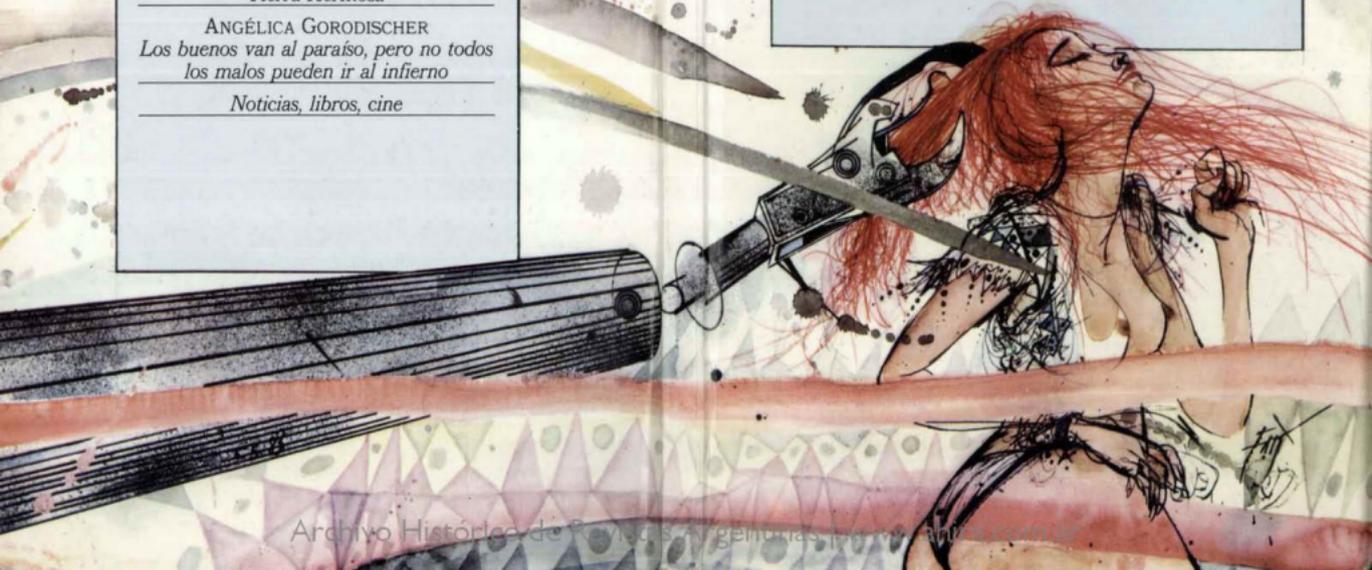
MINOTAURO 2

Brian W. Aldiss Angélica Gorodischer

Edward Bryant Pablo Capanna

Michael Moorcock Mario Levrero

MINOTAURO 2



MARIO LEVRERO AGUAS SALOBRES

Las distorsiones y los nudos en el espacio y en el tiempo: un viaje a una Europa anacrónica o paralela; casas despobladas e infinitas; mares que se retiran hacia ámbitos tal vez más habitables; la vida cotidiana en los mundos perdidos.

El segundo libro de una colección que abarcará los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

NOVEDAD DE AGOSTO



ÍNDICE

2	Editorial
5	Etcétera
17	EDWARD BRYANT <i>La galería de hibakusha</i>
35	MASSIMO PANDOLFI <i>El Encanto</i>
41	BRIAN W. ALDISS <i>Últimas órdenes</i>
53	PABLO CAPANNA <i>Un hombre del Renacimiento: Gregory Bateson</i>
67	MICHAEL MOORCOCK <i>El verdadero señor Newman</i>
97	MARIO LEVRERO <i>El Crucificado</i>
103	GENE WOLFE <i>Tierra Hermosa</i>
109	ANGÉLICA GORODISCHER <i>Los buenos van al paraíso, pero no todos los malos pueden ir al infierno</i>
113	PABLO CAPANNA <i>Libros: Los nuevos apocalípticos</i>
118	SERGIO GAUT VEL HARTMAN <i>Libros: Triángulo</i>
121	ANGEL FARETTA <i>Cine: El cine, ese otro sueño</i>
125	Cartas

Dirección: MARCIAL SOUTO

Colaboran en este número: PABLO CAPANNA, ÁNGEL FARETTA, CARLOS GARDINI, SERGIO GAUT VEL HARTMAN

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Ilustración de la tapa: FATI



EDITORIAL



Moorcock

Michael Moorcock nació en Londres en 1939. Entre los diecisiete y los diecinueve años dirigió la revista *Tarzan Adventures* y publicó sus primeros cuentos. En 1964 se hizo cargo de *New Worlds*, la más importante revista de ciencia ficción inglesa, dirigida hasta entonces (desde su fundación, dieciocho años antes) por E.J. Carnell. Disgustado por el bajo nivel literario y la escasa preocupación por los valores humanos en esta clase de publicaciones, Moorcock, acompañado por un grupo de autores jóvenes y brillantes, tanto ingleses como norteamericanos, puso en marcha un movimiento que alteró rápidamente la dirección del género y le dio un sentido nuevo: fue una transformación comparable a las producidas por John W. Campbell en 1939 con *Astounding*, Anthony Boucher y J. Francis McComas en 1949 con *Fantasy & Science Fiction* y Horace L. Gold en 1950 con

Galaxy. En forma paralela a su labor en *New Worlds* la veces para financiar su publicación, Moorcock creó una obra literaria admirable y asombrosa por su variedad, que abarca desde novelas de aventuras hasta refinados experimentos estilísticos. El texto que ofrecemos en este número, "El verdadero señor Newman", publicado por primera vez en 1965, es una muestra de la obra experimental de Moorcock, y un ejemplo del movimiento literario que inició hace casi veinte años y sigue madurando hoy en la obra de escritores como J.G. Ballard,

Angela Carter, Brian Aldiss y Emma Tennant.

Edward Bryant (n. 1945) es norteamericano, egresado del famoso taller literario de Clarion y autor de varias decenas de cuentos, algunos de ellos galardonados con los premios máximos del género. Hasta el momento sus mejores textos han sido agrupados en los volúmenes *Entre los muertos*, *Cinnabar* y *Particle Theory*. A este último, todavía no traducido a nuestro idioma, pertenece "La galería de *hibakusha*", descarnada reflexión sobre los usos de una de las peores tragedias humanas,



Aldiss



Levero



Fati

que comenzó el mismo año en que nació el autor.

Massimo Pandolfi nació en Fermignano en 1944, se diplomó en el Liceo Científico local y luego frecuentó varias facultades: Ingeniería, Física y Ciencias Naturales. Ha completado estudios de botánica y zoología, y es responsable de publicaciones científicas sobre temas ecológicos y coautor de dos guías naturales de Italia. Ha sido profesor de la universidad de Bolonia, y sus inquietudes científicas lo han llevado a viajar por las dos Américas. Sus textos de ficción han aparecido en revistas y antologías italianas. "El Encanto" mezcla sus preocupaciones de investigador y creador de ficciones.

Brian W. Aldiss (Norfolk, 1925) publicó su primer libro de cuentos, *Espacio, tiempo y Nataniel*, en 1957: un volumen ya clásico que combina, con inteligencia poco común, los temas y las situaciones del género y la experimentación

literaria. En la década del '60 fue uno de los más firmes puntales de la *new wave* de Michael Moorcock, y publicó libros tan osados como *Report on Probability A*, novela de ciencia ficción que emplea las técnicas de la antinovela francesa, y *A Cabeza descalza*, sobre una Europa del futuro castigada por una guerra psicoquímica y en cierto modo un homenaje a James Joyce. El momento del eclipse (Minotauro, 1978), reúne los textos cortos que son de algún modo la culminación de esa etapa intermedia. "Últimas órdenes" pertenece a un libro del mismo título, que agrupa los cuentos recientes de Aldiss y que será publicado próximamente por Ediciones Minotauro.

Mario Levero (Montevideo, 1940), fue fotógrafo y librero, y durante muchos años colaboró (con varios seudónimos) en revistas de humor uruguayas y argentinas. Publicó tres novelas (*La ciudad*,

París, *El lugar*), dos libros de cuentos (*La máquina de pensar* an *Gladys*, *Todo el tiempo*, un *Manual de parapsicología* y, como Jorge Varlotta, una parodia desenfrenada de los folletines: *Nick Carter se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo*). "El Crucificado" apareció por primera vez en una fugaz antología publicada en Montevideo en 1970 por una editorial que ya no existe.

Gene Wolfe (Nueva York, 1931) es ingeniero mecánico y director de una revista sobre esa especialidad. A fines de la década del '60 fue descubierto por Damon Knight, quien publicó sus primeros (y notables) cuentos en la ya clásica serie de antologías *Orbit*. En 1973 su novela corta "La muerte del doctor Isla" obtuvo el premio Nebula. Por su última obra, la tetralogía *El libro del Nuevo Sol*, ha recibido todos los premios importantes del género: el Hugo, el Nebula, el Locus y el World Fantasy.

"Tierra Hermosa" es una concisa y alarmante mirada a nuestro futuro ecológico.

Angélica Gorodischer nació en Buenos Aires y vive en Rosario. Publicó una novela, *Opus dos*, y los siguientes libros de cuentos: *Las pelucas*, *Bajo las jubeas en flor*, *Casta luna electrónica*, *Trafalgar*. "Los buenos van al paraíso, pero no todos los malos pueden ir al infierno" pertenece a un nuevo volumen, titulado *Cuentos cortos con títulos largos*.

Pablo Capanna (v. Minotauro 1) nació en 1939 en Florencia y vive en la Argentina desde los diez años. Es autor de *El sentido de la ciencia ficción*, el más famoso estudio sobre el género escrito en nuestro idioma y de *La tecnología*, un análisis de la abrumadora presencia de la técnica en nuestra sociedad. En este número nos habla de Gregory Bateson (1904-1980), una de las inteligencias más complejas de nuestro siglo.

En la sección "Libros",

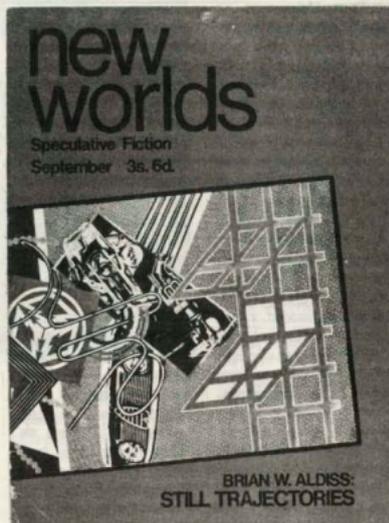
Pablo Capanna comenta las opiniones que "el futuro de la vida" merece a los científicos, y Sergio Gaut vel Hartman compara dos generaciones de escritores de ciencia ficción; Angel Farretta habla del cine como actividad intrínsecamente fantástica; en "Etcétera", Carlos Gardini analiza algunos libros recientes de los tres más notorios exponentes de la era de *New Worlds*: Ballard, Moorcock y Aldiss; y Pablo Capanna visita un zoológico del futuro.



ETCÉTERA

VIAJE AL CENTRO DE LA MENTE

En la década del '60 la narrativa de ciencia ficción sufrió un decisivo cambio de rumbo. El término "espacio interior" dejó de aludir a mundos submarinos o subterráneos para referirse al mundo de los sueños, los arquetipos colectivos, las capas arcaicas de la psique; el término "ficción especulativa" —usado tiempo atrás por Robert Heinlein y remozado ahora por Judith Merril— desplazó paulatinamente al más tradicional "ciencia ficción"; se puso más énfasis en los paisajes de la mente que en la escenografía tecnológica y se incorporaron técnicas literarias típicas de la vanguardia. Ese movimiento fue impulsado principalmente por la revista inglesa *New Worlds*, dirigida hasta 1964 por E.J. Carnell y luego por el entusiasta Michael Moorcock, quien encará una enérgica renovación en la



que estuvieron involucrados tanto escritores ingleses como norteamericanos. En 1967 Moorcock compró la revista,

embarcándose en una aventura plagada de altibajos, muy típica de la *swinging London* de esos años. Desde la pers-

Revista *New Worlds*
número 175 (1967)

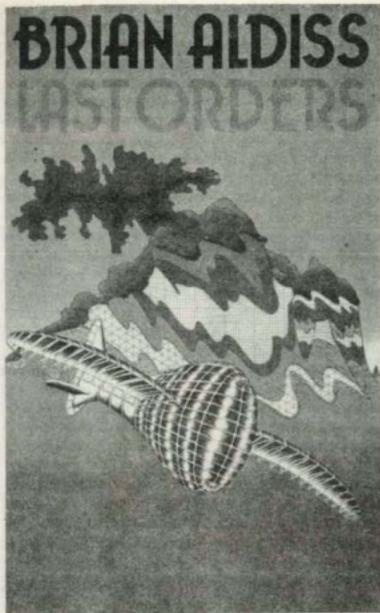
pectiva de nuestro accidentado mundo editorial, podemos tener el prejuicio de imaginar a Moorcock como un elegante ejecutivo de pelo largo que gozaba de un presupuesto ilimitado y dirigía un mecanismo de irremplazable eficacia, pero nada está más lejos de la realidad. "La vida se transformó rápidamente —nos cuenta Charles Platt, colaborador y amigo de Moorcock, en su libro *Dream Makers*— en una pesadilla de manuscritos faltantes, horarios erráticos y facturas impagas. En poco tiempo hubo tres cuentas bancarias separadas, pues siempre había que abrir otra porque las finanzas de la anterior se habían embrollado tanto que nadie podía ordenarlas. A algunos colaboradores se les pagaba dos veces, a otros nunca, y había deudas pesadillas con varias imprentas." La oficina estaba en un edificio decrepito invadido por la humedad, y más de una vez el personal tenía que apagar las luces y ocultarse ante la llegada de un acreedor. El capital provenía principalmente de una beca otorgada por el Consejo de Artes de Gran Bretaña y los derechos de apuradas novelas de fantasía escritas por el mismo Moorcock. Los '60 pasaron y *New Worlds* decayó gradualmente junto con otras causas y veleidades de esa época. La vida, como dice Platt, se volvió más cuerda, pero también más monótona. Aunque *New Worlds* no había

causado una revolución en el campo de la literatura, sí había permitido la incorporación de narradores que de otra manera quizá no habrían encontrado medios dispuestos a publicarlos. Esos escritores siguieron luego su propia trayectoria, y los nuevos enfoques que introdujeron han diluido cada vez más los límites que presuntamente separan este género popular del resto de la narrativa. Desde luego esos límites nunca fueron tan terminantes: existen ante todo para quienes por inercia mental se ocupan de la ciencia ficción con la mena excluyente de los filatelistas, o para quienes por ignorancia son incapaces de evaluar un fenómeno aún no consagrado por los círculos académicos u otros medios intelectuales. Escritores como Alfred Bester, Clifford Simak, Theodore Sturgeon o Ray Bradbury testimonian que en las décadas del '40 y del '50 ya se contaba con recursos suficientes para atraer a un público mucho más amplio que los aficionados de la electrónica.

De todos modos, la erosión causada por la "nueva ola" inglesa no fue nada desafiante. "La nueva ola —le declara Michael Moorcock a Charles Platt, haciendo un balance del impacto que su iniciativa produjo en el *establishment* literario— cambió las cosas en Gran Bretaña, y hasta cierto punto en Estados Unidos. Promovimos la obra de escritores como Disch, Sla-

dek, Spinrad, M. John Harrison; influimos sobre los editores para que corrieran riesgos que previamente habrían considerado impracticables. El problema que se creó luego es muy sencillo: la mayoría de la gente cree que existe una fórmula a seguir. Así que ahora, en vez de tener cuentos con la fórmula de la revista *Analog*, tenemos cuentos con la fórmula de los talleres literarios de Clanton. Nunca hay muchos talentos originales."

¿En qué se diferencia la denominación "ciencia ficción" del sucedáneo "ficción especulativa"? En buena medida eso depende del usuario y de su vocación por las etiquetas y definiciones restrictivas. El segundo término suele aludir a un menor interés en la descripción minuciosa de los elementos científico-tecnológicos, en contraste con la tradición iniciada en Estados Unidos por Hugo Gernsback y su revista *Amazing*; el énfasis se ha desplazado hacia los procesos psicológicos y los estados alterados de conciencia, pero una denominación es tan insatisfactoria como la otra a menos que se la utilice como un mero punto de orientación: pueden guiarnos en las librerías, las bibliotecas y los manuales, pero su función termina allí. Constituyen un marco de referencia, pero inmediatamente se transforman en una traba para el intelecto y la imaginación si se toman como excusa para divisiones artificiales. En la introducción a



una antología de *New Worlds*, Michael Moorcock escribía: "Ni siquiera el término 'fábulas científicas' hacía justicia a las novelas especulativas de H. G. Wells, y el término 'ciencia ficción', que tuvo difusión general poco después de su muerte, también es bastante inadecuado hoy día cuando se lo usa para describir el trabajo de los escritores publicados en *New Worlds*. Las etiquetas son útiles, hasta cierto punto,

cuando se están fijando las convenciones, pero sirven de poco cuando las convenciones se están superando."

¿Qué ocurre en estos últimos años, cuando puede decirse que la "nueva ola" ya ha fijado sus propias convenciones y creado sus propios modelos y epígonos? Afortunadamente los pocos "talentos originales" aún gozan de buena salud. Pese a ciertas características comunes, cada

qual es un navegante solitario que recorre por sus propios medios mares desconocidos. Se pueden buscar síntomas de esa buena salud reseñando fugazmente libros de tres de ellos —Brian Aldiss, J. G. Ballard y el mismo Moorcock— aún no traducidos al castellano.

El rincón oscuro del Universo

Con su típico buen humor, Alfred Bester ha reprochado a Brian Aldiss que a veces sea excesivamente brillante. Es por cierto un defecto envidiable, y Aldiss incurre a menudo en él en sus últimas compilaciones de cuentos. Siguiendo el rumbo fijado por *El momento del eclipse*, Brian Aldiss, admirador de las sutiles alucinaciones de Anna Kavan y los laberintos visuales de *Hace un año en Marienbad*, explota su inagotable filón de recursos y artificios para crear en sus mejores momentos una suerte de poesía cósmica. Cada paso de Aldiss es una confirmación de la notable versatilidad que ha desplegado en una trayectoria que abarca desde la ópera espacial y la escritura objetivista a la novela de fantasía y la pirotecnia lingüística con ecos joveanos. Los resultados no son siempre impecables, pero los resultados impecables no son la vara con que se mide a un escritor que constantemente ha optado por buscar caminos nuevos sin dejarse encorsetar

por sus propios hallazgos ni por las rígidas leyes del mercado. Con su dominio de las técnicas literarias, su humor chispeante y su capacidad para crear tramas divertidas, Aldiss habría podido optar sin dificultades por el rentable camino del best-seller. Sin embargo, para escándalo de sus editores y alegría de sus seguidores, ha preferido ser fiel a sí mismo.

New Arrivals, Old Encounters (1979) es un volumen bastante irregular. Ante todo, hay que superar una pequeña experiencia traumática inicial con el cuento que da título al volumen, una historia declamatoria y alegórica, y luego sortear ciertos excesos de ingenio o caídas en lo convencional. Es el precio de la búsqueda, para la búsqueda también de sus frutos. Aquí el fruto son algunos cuentos memorables que compensan sobradamente los defectos del resto. Entre ellos: "The Small Stones of Tu Fu", donde un guijarro es la clave del universo y un monumento a la Inteligencia que se piensa a sí misma contemplando el guijarro a través de los ojos de un sabio; "Song of the Silencer", donde una gigantesca computadora orbital que es una réplica del cerebro humano puede destruir la música del cosmos por estar basada en una concepción errónea y mecanicista del pensamiento; "Space for Reflection", que combina la especulación filosófica con el cuento de hadas



en la historia de un joven que recorre los mundos conocidos para evaluar el efecto causado en sus congéneres por la frase que él mismo ha creado (considerada por algunos un compendio de sabiduría, y por otros un lugar común: "El Universo tiene un rincón oscuro, el alma humana, que es su reflejo"). Travieso, imprevisible, desperejo y estimulante, Aldiss realiza en ese sentido

una fascinante exploración del alma humana.

Last Orders (1977) es en conjunto un libro mucho más logrado. Por suerte no es menos delirante. Varios relatos están ambientados en los Planetas Zodiacales, mundos artificiales que también figuran en **New Arrivals...** y poblados por personajes muy singulares, entre ellos alguien interesado en componer una ópera



basada en el **Tractatus** de Wittgenstein. Una novedad formal son los "enigmas", relatos divididos en tres partes entre las cuales no siempre parece existir una relación visible: descubrir esa relación es uno de los juegos que se propone al lector. "Últimas órdenes" es una excelente muestra de lo que Aldiss consigue cuando se abstiene de ser brillante para optar por la

sencillez y la transparencia: un relato conmovedor sobre ciertas oscuridades del "rincón oscuro del Universo". En el último cuento del volumen, "Journey to the Heartland", un profesor universitario se empeña en demostrar sus teorías sobre los sueños en una investigación que lo lleva a un colapso nervioso. Aldiss sugiere que el cuento puede leerse como un estudio de ca-

acteres o como un estudio de ideas: hay por lo tanto dos finales posibles, uno convencional y otro de ciencia ficción. Uno de esos efectos laterales de esa propuesta es una nueva confirmación de que Aldiss no cultiva el género por imposiciones externas o incapacidad para abordar la literatura desde otro ángulo. Por el contrario, se trata de una elección gozosa y deliberada. "Mucha ciencia ficción es metáfora (declara en **Dream Makers**): Se puede presentar una imagen amplia, como quien dice, sin ser pretencioso. Se da al lector la oportunidad de interpretar la imagen según su propio criterio. Eso es algo que me gusta de la ciencia ficción, y quizá es lo que no me gusta de la novela común, que está apegada al realismo y por lo tanto carece de la cualidad metafórica que tiene la buena ciencia ficción."

Los nuevos signos
zodiacales

Myths of the Near Future (1982), de J.G. Ballard, reúne cuentos publicados en revistas en la segunda mitad de la década del '70. Para quien ha frecuentado a Ballard, los planteos, situaciones y técnicas literarias no resultan novedosos: paisajes enojados y entropicos; personajes obsesionados por las nuevas perversiones que los medios de comunicación masiva han introducido en nuestros

sueños; el surrealismo y la novela condensada. Esto no significa que Ballard se limite a repetir servilmente su propio repertorio. Por el contrario, el horizonte de su imaginación se ha enriquecido y él continúa explorándolo con una prosa más descarnada, aunque no menos sugestiva, que en sus cuentos y novelas iniciales. El resultado es sencillamente extraordinario. De las catástrofes planetarias donde personajes obsesivos buscan un contacto con la zona más arcaica de su psique, Ballard pasó a la investigación minuciosa de los mensajes no explícitos del paisaje tecnológico. "Así como en la realidad más espantosa, o de aspecto más neutro, puede encontrarse un imperativo sexual —ha escrito Susan Sontag en **Sobre la fotografía**, refinándose a **Crash**—, también el documento fotográfico más trivial puede transmutarse en emblema del deseo." Consecuente con esa búsqueda, Ballard propone en uno de los cuentos de este libro un zodiaco más apropiado para el segundo milenio, alegando que los signos creados por los antiguos caldeos ya no son adecuados para nuestra época. Él sugiere en cambio: la Polaroid la computadora, los clones, la espiral intrauterina, la pantalla receptora de radar, la strip-teaser, el psiquiatra, el psicópata, la hipodérmica, el vibrador, el misil nuclear y el astronauta. En cierto modo, los últimos libros de Ballard han sido

una exploración de ese nuevo zodiaco y cada una de sus constelaciones. Un personaje de "Mitos del futuro cercano", el cuento que da título al volumen, merodea en los alrededores de las ruinas de Cabo Kennedy tiempo después de la muerte del programa de lanzamientos y sostiene que ahora está a punto de comenzar la verdadera Era Espacial. Está convencido de que los vuelos Apolo nacieron de una concepción errónea. "La exploración espacial —aclara— es una rama de la geometría aplicada, con muchos afinidades con la pornografía." El cuerpo y los ángulos que forma su conjunción con los objetos de la tecnología son quizá la clave del nuevo zodiaco.

Otras zonas imaginarias visitadas por Ballard son: una Inglaterra dividida por una sangrienta guerra civil e intervenida por tropas norteamericanas, una suerte de Vietnam europeo descrito a través del lenguaje de la televisión; la historia de Centiética dramatizada en una ambigua relación incestuosa; las especialísimas formas que cobran el amor y el fetichismo en un mundo donde la televisión, el cine y la electrónica han creado nuevas incitaciones y perversiones, nuevos "emblemas del deseo". Como curiosidad, hay un cuento inclasificable donde Ballard evoca su adolescencia en Shangai —donde vivió tres años en un campo de concentración japonés— para

transfigurarla en una alucinante metáfora de la muerte y la resurrección.

El astronauta y el Dolor del Mundo

En la introducción a **My Experiences in the Third World War** (1977), Michael Moorcock se presenta como uno de esos autores que acudieron a la ciencia ficción por sus metáforas e imágenes antes que por sus racionalizaciones prospectivas. "Una de las razones para tantos experimentos en los años recientes —razona Moorcock— ha sido el deseo de encontrar formas narrativas que, con suerte, contengan una carga acrecentada de temas e implicaciones. Uno saquea el pasado. Todos los hallazgos de los siglos xvii, xviii, xix y xx en el arte de la ficción tienen que ser estudiados y, si son útiles, empleados. Uno nunca hace nada totalmente nuevo; la novedad, supongo, viene de lo que puede aportar el escritor individual. **My Experiences in the Third World War** son ejemplos de actuales experimentos míos." Esos experimentos incluyen un par de intervenciones de Jerry Cornelius —el James Bond intelectual creado por Moorcock y tratado también por otros autores, entre ellos M. John Harrison y Norman Spinrad—, conocido entre nosotros por la traducción de **El programa final** y la versión filmica realizada por la televisión inglesa: se trata de

una historieta dibujada por Mal Dean y R. Glen Jones y de un cuento un tanto pedante e ineficaz, "The Dodgem Division", donde Cornelius analiza la literatura y el arte de sus contemporáneos y cuyo principal interés consiste en ilustrar ciertas ideas que animaban a Moorcock cuando atacaba el **status quo** literario desde **New Worlds**. Los pilares que sostienen el mundo que sostiene el libro son los tres cuentos hilados donde un agente ruso cuenta sus experiencias en la Tercera Guerra Mundial y un cuento largo que describe el viaje de un astronauta al "espacio interior". Las experiencias del agente ruso ("cómo, junto con tantos otros, empecé a saborear la euforia del Armagedón") resultan estremecedoras por la frialdad analítica con que el personaje registra una creciente locura colectiva que sume al mundo entero en una orgía de violencia y termina con el patético cuadro de una carga de la caballería cosaca con el trasfondo de un hongo nuclear en el horizonte. El mundo donde viaja el astronauta en "El verdadero señor Newman" es de algún modo la decantación o estilización del nuestro; la violencia tampoco está ausente de ese paisaje aparentemente idílico, donde el Barón Rojo elabora una singular metafísica de la agresión y enfa-

tiza la vulnerabilidad de las civilizaciones sutiles y refinadas.

Moorcock no ha dejado de escribir novelas de fantasía. **The War Hound and the World's Pain** (1981) describe las vicisitudes de un mercenario alemán del siglo xvii en una aventura que combina elementos fáusticos con elementos arturianos. El capitán von Bek, a quien llaman Krieghund ("perro de la guerra") por su fama de guerrero implacable, hace un pacto con Lucifer y parte en busca del Santo Grial, la clave para aliviar el Dolor del Mundo. Von Bek es un cinico que ha cometido todas las crueldades que le impone su profesión y dista de tener el alma límpida de un sir Galahad, pero paulatinamente descubre que la pureza requerida para alcanzar la meta codiciada por tantos caballeros no se mide por criterios morales convencionales. Utilizando hábilmente las recetas del **sword and sorcery** —acción trepidante, seres monstruosos, ambientes fantasmagóricos, batallas descomunales, viaje iniciático—, Moorcock aprovecha viejos mitos para sugerir una explicación moderna del nacimiento de una era secular donde la ciencia ha desplazado a la religión en el espectro de las actividades humanas.

Como bien dice el mismo

Moorcock, nunca se crea nada totalmente nuevo. Los autores de la "nueva ola" no han desechado ni abandonado del todo los temas tradicionales de la fantasía y la ciencia ficción sino que los han transfigurado en función de objetivos menos espectaculares y más audaces. El viaje espacial, por ejemplo, funciona como una especie de retroceso para cobrar impulso: Newman el astronauta llega del espacio y en medio de su desorientación inicia involuntariamente el viaje al "mundo interior". Los personajes de Ballard viven obsesionados por el viaje espacial y rondan las estructuras ruinosas de Cabo Kennedy, pero lo que buscan no es un marco para aventuras extraordinarias sino un modo de llegar al centro de sí mismos. "Todos mis relatos —declara Ballard— describen la disolución del yo en la metáfora última, la imagen última, y esc es psicológicamente satisfactorio. Me parece que es la única receta para la felicidad que conocemos." Esa metáfora última es quizá una clave para comprender desde un nuevo ángulo el Dolor del Mundo. Como concluye el personaje de Aldiss al cabo de su peregrinación, "el alma humana tiene un rincón oscuro, el universo, que es su reflejo".

[CG]



ETCÉTERA

PREMIOS NEBULA Y OTROS

Los premios Nebula correspondientes a 1982 fueron entregados el 23 de abril de 1983 en el Statler Hilton de Nueva York. Entre otros autores, asistieron a la tradicional ceremonia del Science Fiction Writers of America estrellas como Isaac Asimov, Fredrik Pohl, Barry Malzberg, Norman Spinrad y Carol Emshiller. En el género novela ganó Michael Bishop con **No Enemy But Time**, y en el género novela corta John Kessel con "Another Orphan"; la autora Connie Willis resultó vencedora en dos géneros: cuento largo, con "Fire Watch", y cuento corto, con "A Letter from the Clearys". Más de cien personas asistieron a la celebración. El banquete Nebula del año próximo se realizará el 28 de abril de 1984 a bordo del **Queen Mary**, en Long Beach, y será presidido por Gregory Benford.



Michael Bishop,
premio Nebula 1983
a la mejor novela

Premios británicos

Del otro lado del Atlántico, la British Science Fiction Association entregó sus premios de 1982 en Milbacon 2, la convención nacional británica, en Pascuas de 1983. La ceremonia se realizó en el Central Hotel de Glasgow, con James White y Marion Zimmer Bradley como invitados de honor y la asistencia de Bob Shaw, John Brunner y Sam Lundwall entre otros. Los ganadores fueron: en novela, Brian Aldiss con **Helliconia Spring** (otros nominados eran: Michael Bishop, **No Enemy But Time**; John Crowley, **Little, Big**; Philip K. Dick, **The Divine Invasion**; Gene Wolfe, **The Sword of the Lictori**); en cuento, Keith Roberts, con "Kitemaster" (otros nominados eran: J. G. Ballard, "Myths of the Near Future"; Angela Carter, "Overture for a Midsummer Night's Dream"; Gary Kilworth, "The Dissemblers"; Andre Weiner, "The Third Test"); en medios audiovisuales, el film **Blade Runner**

dirigido por Ridley Scott (otros nominados eran: **Another Flip for Dominic**, una realización televisiva de la BBC; E.T. el extraterrestre, de Steven Spielberg; **Mad Max 2**, del australiano George Miller; **Tron**, la película de los estudios Disney dirigida por Stephen Lisberger); en artes gráficas, Tim White (otros nominados eran: Peter Goodfellow, Peter Jones, Bruce Pennington).

La novela de Brian Aldiss (**Helliconia Primavera**) será publicada próximamente por Ediciones Minotauro. El cuento de J. G. Ballard ("Mitos del futuro cercano"), aparecerá en **Minotauro 3**.

Los candidatos al Hugo 1983

Novela

Isaac Asimov, **Foundation's Edge**; C. J. Cherryh, **The Pride of Chanur**; Arthur C. Clarke, **2010: Odyssey Two**; Robert A. Heinlein, **Friday**; Donald Kings-

bury, **Courtship Rite**; Gene Wolfe, **The Sword of the Lictor**.

Novela corta

David Brin, "The Postman"; Joseph H. Delaney, "Brainchild"; John Kessel, "Another Orphan"; George R. R. Martin, "Unsound Variations"; Kim Stanley Robinson, "To Leave a Mark"; Joanna Russ, "Souls".

Cuento largo

Phyllis Eisenstein, "Nightlife"; Bruce Sterling, "Swarm"; Somtow Suchantkul, "Aquila"; Connie Willis, "Fire Watch"; Timothy Zahn, "Pawn's Gambit".

Cuento corto

Ursula K. Le Guin, "Sur"; Spider Robinson, "Melancholy Elephants"; Bruce Sterling, "Spider Rose"; James Tiptree, Jr., "The Boy Who Waterskied to Forever"; Howard Waldrop, "Ike at the Mike".



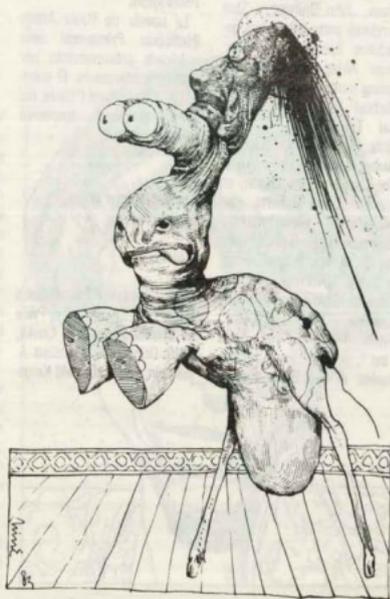
ETCÉTERA

ZOOLOGÍA FANTÁSTICA

Lo peor que puede hacerse con la ciencia ficción es tomársela demasiado en serio. Esto vale tanto para algunos fans dispuestos a tragarse cualquier teoría pseudocientífica simplemente porque evoca remotas lecturas de ficción, como para ciertos científicos que se lanzan a extrapolar sin la menor prudencia.

Esto parece haber ocurrido en el libro **After Man (Después del hombre, 1982)**, de Dougal Dixon, quien propone una visión de la vida en nuestro planeta dentro de cincuenta millones de años, luego que la humanidad haya desaparecido, aparentemente sin dejar huellas. Dixon hace, con oficio de biólogo, lo mismo que propuso Olaf Stapledon con su tremenda fantasía hace cincuenta años.

Ha compuesto un lujoso libro de bellas láminas dibujo-



Girófalo o girofálico, según Carlos Nine



Sadoprostaférico libertario, o "Puky", según Carlos Nine

das al estilo de los zoólogos victorianos como Audubon, donde desfilan las especies animales que nos habrán de suceder, según una extrapolación basada en los criterios de adaptación y selección natural. Su idea de la evolución como proceso de perfeccionamiento no explica por qué el hombre, habiendo alcanzado su perfección, ha logrado degradar el medio ambiente hasta donde sabemos, ni tiene en cuenta hasta qué punto esas modificaciones incidirán en la evolución futura, aun suponiendo que la especie humana desapareciera.

Lanzado a extrapolar con toda seriedad, Dixon reedita los mecanismos que empleó de modo humorístico, hace dos décadas, el famoso fraude zoológico de Harald Schimpke, **Los Rinógrados**: imagina nuevos ecosistemas aislados e inventa formas de vida originadas a partir de la radiación adaptativa en un medio cerrado; por ejemplo, formas evolucionadas a partir de los murciélagos en el hábitat de una isla. Entre sus creaciones, primorosamente ilustradas, hay conejos-gamos, gigantillopes, primates carnívoros, roedores diente-de-sable, aves del ta-

maño de cetáceos, y un híbrido, llamado **reedstilt**, que parece una cruz de camello con pelicano, dotado de cinco dedos y pelos radicales en las piernas, que vaga por las zonas anegadizas. El libro puede ser divertido, si a uno le sobran quince dólares, pero no pasa de ser un álbum de figuritas.

Quien nos informa sobre esto es el biólogo Niles Eldredge, en la revista **Science** de febrero de 1982. El mismo Eldredge es quien ha escrito un interesante ensayo sobre **Los mitos de la evolución humana**, en colaboración con el

antropólogo Ian Tattersall. En su número de marzo 1983, **Science** incluye un artículo que resume sus tesis. Eldredge pasa revista a todas las imágenes del hombre futuro, desde los selenitas o los eloi de Wells hasta el publicitado E.T., y descubre un tremendo antropomorfismo: siempre se concibe al hombre del futuro o al extraterrestre (más evolucionado que nosotros) como un ser dotado de una enorme cabeza y manos de pianista, aunque de cuerpo enclenque, aparentemente atrofiado por la tecnología.

Por ejemplo, la reconstrucción hecha por los zólogos canadienses Russell y Seguin de un hombre hipotético que podría haber evolucionado a partir de los reptiles, nos muestra un cuerpo apolíneo coronado por una cabeza con rasgos de lagarto, donde sin embargo hay un gran de-

sarrollo craneal y grandes ojos inteligentes.

Eldredge y Tattersall, en cambio, sostienen la teoría del "equilibrio puntualizado", que parte de un hecho que pocas veces se recuerda. En efecto, por desconocimiento de las magnitudes temporales en juego, tendemos a imaginar una evolución pareja y sostenida que va desde "Lucy" hasta el hombre de hoy, caracterizada por un aumento del volumen craneal y una estructura física más esbelta, cuando lo que ocurre es que el progreso humano fue sumamente discontinuo, y los factores culturales mucho más importantes que los biológicos. Por ejemplo, no suele decirse que el Homo Erectus, de Pekin a Java, permaneció durante un millón de años casi sin variaciones, o que el australopitécido de hace casi cuatro millones de años ya te-

nía una postura decididamente erecta. Aun la tecnología no evolucionó tan linealmente como nos muestran las series armadas a posteriori: las hachas de piedra acheulenses siguieron haciéndose de la misma manera durante un millón y medio de años.

La conclusión es que la explosiva aceleración del progreso tecnológico ocurrida en los últimos trescientos años ha creado la idea de que nuestros atributos físicos también cambiarán. Sin embargo, las nuevas especies necesitan aislamiento para consolidarse, y en la actual fase de planetarización de la cultura el aislamiento tiende a desaparecer. En consecuencia, habrá que creer con los autores que el hombre del futuro tiene más probabilidades de parecerse a Luke Skywalker que a E.T.

[PC]

ETCÉTERA



LA CIENCIA CONTRAATACA

Los amantes de las delicias del kitsch recordarán con especial cariño a Raquel Welch y su bikini de pieles en la película *Un millón de años a.C.* Desde luego no existe ninguna evidencia de que las hembras humanas de un millón de años antes de Cristo se parecieran a Raquel Welch y usaran bikini: si se encontrara esa evidencia, los antropólogos tendrían que renunciar a buena parte de sus conocimientos sobre la evolución de nuestra especie para elaborar un marco referencial más parecido a una **extravaganza** hollywoodense. El título es de por sí una maravilla de falsa precisión: tal vez los productores olvidaron que en esa escala temporal dos mil años de era cristiana significan muy poco y decir "hace un millón de años" habría sido exactamente lo mismo, aunque claro que el "antes de Cristo"



puede tener más peso que el millón de años para dar al espectador ingenuo la idea de que esto pasó hace mucho, muchísimo tiempo. Hace tanto tiempo que en la Tierra aún había dinosaurios (que en realidad se habían extinguido unos sesenta millones de años antes).

Para los realizadores de la producción franco-canadiense **La guerra del fuego**, el film **Un millón de años a.C.** y otros disparates similares fueron el modelo de lo que no debía hacerse en un intento de reconstrucción cinematográfica de la vida prehistórica. En una entrevista telefónica publicada en el número de diciembre de 1981 de la revista norteamericana **Omni**, el guionista francés Gerard Brach definió ese subgénero como **fantasie imbecie**, y tildó de ridículas todas las filmaciones de la vida prehistórica realizadas hasta el momento, con la sola excepción del antológico comienzo de **2001** de Stanley Kubrick. **La guerra del fuego** no debía incluir hombres primitivos luchando con dinosaurios ni tonterías similares. "La realidad —insistió Brach— es más excitante, mucho más interesante."

La realidad es también mucho más difícil de abordar. **La guerra del fuego**, dirigida por Jean Jacques Annaud sobre la adaptación de una novela de J. H. Rosny **ainé**, exigió un presupuesto de doce millones de dólares, una gran paciencia por parte de los actores, y el

asesoramiento de Desmond Morris y Anthony Burgess para solucionar problemas relacionados con la gestualidad y el lenguaje. Esos problemas se multiplicaron porque en la trama participan cuatro tribus imaginarias de características muy diferentes: los toscos ulam, los refinados ivaka, los sanguinarios wagabu y los caníbales kzamm.

Al principio del film una leyenda nos informa que la historia transcurre hace 80.000 años. ¿Cómo gesticulaban nuestros antepasados en esa época? Desmond Morris, estuudio de la conducta animal y humana, catedrático de Oxford y autor de **El mono desnudo**, buscó una respuesta plausible a esa pregunta para dar a los actores indicaciones que a los espectadores reconstruir creíblemente la vida cotidiana en esos tiempos. Morris cuenta que para ello recurrió a tres fuentes: "Una era una especie de destilación regresiva de los gestos modernos, como la búsqueda del abuelo del abuelo del abuelo, sólo que en términos gestuales; la segunda fueron las señas de los simios y otros animales; y la tercera fue la información sobre gestos tribales de los estudios antropológicos modernos." El resultado fue una combinación convincente que resulta inteligible para el espectador moderno pero crea simultáneamente una atmósfera primitiva. "Un ulam que está tenso —explica Morris— se lleva la mano a la boca; no-

sotros nos comemos las uñas o fumamos un cigarrillo. Un ulam furioso se hameca de atrás para adelante pateando el suelo; nosotros gastamos la alfombra." El actor Everett McGill (que hace el papel de Naoh, el ulam que protagoniza la búsqueda del fuego) declara que el obstáculo más formidable fue suprimir los instintos naturales: "Un hombre moderno se siente seguro y cómodo cuando pasea por el bosque, pero Naoh siempre debía estar alerta para poder huir del peligro."

Es un poco extravagante que un personaje de la prehistoria se exprese en una lengua moderna que entablaría una comunicación directa con el espectador, como si ambos compartieran un universo de connotaciones culturales. Había que impedirlo, pero también había que impedir que los ulam y sus contemporáneos se limitaran a soltar gruñidos de histoneta. La solución era crear un lenguaje, y para ello se solicitó la intervención de Anthony Burgess en el proyecto. El autor de **La naranja mecánica** elaboró un vocabulario de ciento cincuenta palabras para la tribu ulam, utilizando raíces indoeuropeas. La idea no era que el espectador entendiera literalmente lo que oía, sino que dedujera un sentido general a partir del contexto y captara ciertos matices: el lenguaje ulam, por ejemplo, suena tosco y mucho más primitivo que el simpático cascabeleo de los ivaka,

una tribu sedentaria y relativamente civilizada. La palabra más importante en el léxico ulam es desde luego la que alude al fuego, clave de la supervivencia. Burgess hizo derivar esa palabra, **atra**, del francés **âtre** ("hogar" o "chimenea"). Uniéndola con una raíz latina formó **atramoni** ("el fuego muere"), que designa uno de los acontecimientos más dramáticos en la vida de los ulam. "Sabemos que en ese período los humanos tenían vocabularios reducidos", explica el director Jean Jacques Annaud.

En cuanto a las vicisitudes de la filmación, se requirió de los actores —muchos de ellos mimos y atletas— auténticas proezas en las zonas de rodaje. "Cuando se está congelando, la gente hace cosas que no podría hacer en un estudio. Yo necesitaba algo más que actores con talento. Necesitaba actores con talento en buen estado físico —declara Annaud—. Les dije que sería atroz". Y para algunos lo fue. hacia el final de la película, Rouka, el idiota de la tribu ulam, debe suicidarse después que apagó torpemente el fuego que Naoh y sus compañeros consiguieron con tantos esfuerzos. La tribu le grita "Muere, muere", y él se hunde lentamente en las aguas del pantano. Aclaremos que el lector que no recuerde la agoría de Rouka no tiene por qué alarmarse, pues finalmente no se incluyó en la película. Gary Schwartz, en el papel de



Rouka, se hundió varias veces en el pantano mientras se repetía la escena, que a Annaud no le resultaba convincente. No sabemos cuál fue exactamente el destino de Rouka, pero sí el de Gary Schwartz: hospitalización urgente, con diagnóstico de hipotermia.

Es evidente que todos estos esfuerzos nos llevan muy lejos de la **fantasía imbecile**. Sin embargo, pese al afán de conseguir un nivel aceptable de credibilidad científica, **La guerra del fuego** tiene sus tropiezos. Existen evidencias arqueológicas de que las ceremonias religiosas y funerarias eran comunes hace 80.000 años, y sin embargo el film parece sugerir que ciertos actos rituales acababan de descubrirse (la ofrenda a los mamuts) y en ningún momento presenta a los ulam honrando a sus muertos. Es extraño que en la tribu ulam no se vean bebés ni niños, y uno no puede menos que preguntarse si llevar niños a esa región pantanosa no les causaría serios problemas de salud. Quizá algunos espectadores se hayan asombrado ante la variedad de los paisajes que se suceden en la película: la variedad es comprensible, teniendo en cuenta que el rodaje se efectuó en localidades de Canadá, Escocia, Islandia y Kenia, pero cuesta creer que los tres peregrinos que buscan el fuego pudieran recorrer a pie las distancias que separaban zonas climáticas tan contrastantes.

Esos y otros errores son reseñados críticamente por la antropóloga Helen Fisher en su artículo "Neanderthals On Film", publicado en agosto de 1982 en la revista **Science Digest**. Es evidente que la doctora Fisher disfrutó de las aventuras, los gags humorísticos y los animales amaestrados. Por otra parte, considera "extraordinario" que el cine haya conseguido brindarnos "versiones primitivas de nosotros mismos", y alaba los resultados conseguidos gracias al asesoramiento de Morris y Burgess. No obstante, su ojo profesional no puede pasar por alto ciertos detalles.

"Las criaturas velludas que atacan el campamento ulam en el dramático comienzo de la película —dice Helen Fisher refiriéndose a los waguabu— se parecen un poco a los gibones, parientes nuestros del sudeste asiático que se separaron de la rama de los simios y los humanos hace más de veinticinco millones de años. Es imposible que esos personajes fueran contemporáneos de los ulam y debieron ser tachados del libreto.

"Los canibales —añade— también debieron ser excluidos. El canibalismo quizá estaba reservado para las épocas de hambruna o para apacibles ceremonias religiosas donde los deudos comían una porción del cerebro del difunto para asimilar su sabiduría. Pero para el pan cotidiano, a los Neanderthal les habría resulta-

do mucho más fácil cazar herbívoros que a contemporáneos provistos con armas."

Un error aún más grave es la concepción básica del film. "¿Cómo es posible que esa gente perdiera el fuego y tuvieran que salir a buscarlo? —pregunta azorada la doctora Fisher—. No creo que nuestros ancestros pudieran haber entrado en las latitudes más altas del Hemisferio Norte, ni sobrevivir un solo invierno, sin saber cómo crear una chispa. Esa tecnología esencial ya debía de estar bien dominada cuando asaban antílopes en la caverna de Choukoutien, en el norte de China, donde se ha estimado que el uso del fuego se remonta a casi un millón de años atrás."

La antropóloga aclara además que hace 80.800 años ningún antepasado nuestro caminaba encorvado como los ulam. Tampoco la convencen los pasajes románticos: Helen Fisher es autora de un libro sobre la evolución de la conducta sexual humana, **El contrato sexual**, y sostiene que la cópula frontal —que para Naoh es un descubrimiento— ya era una práctica común desarrollada millones de años antes.

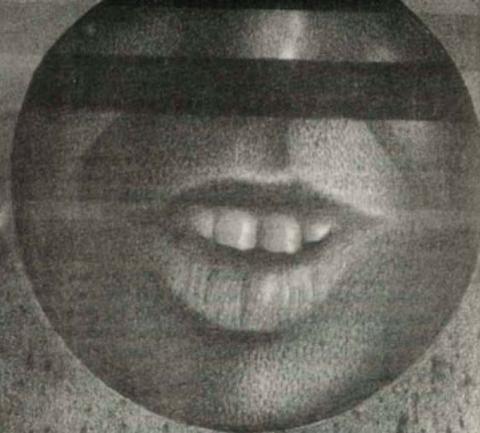
Tal vez la réplica adecuada a ese tipo de objeción sea la misma que hace más de un siglo dio Gustave Flaubert a un redactor que criticó su novela **Salambó**, atribuyéndole inexactitudes históricas. "Yo no tengo, señor mío, ninguna pretensión arqueológica —le

respondió Flaubert—. He presentado mi libro como una novela, sin prefacio, sin notas, y me asombra que un hombre ilustre, como usted, por trabajos tan considerables, malgastase sus ocios en una literatura tan ligera." En otras palabras, nadie va al cine a estudiar paleoantropología. Pero, ironías flaubertianas aparte, este tipo de polémica parece ejemplificar con bastante claridad el problema de los límites y alcances de la verosimilitud. Podemos preguntarnos hasta qué punto una obra de ficción tiene derecho a crear sus propias pautas de credibilidad si para ello debe prescindir de

los hechos conocidos. O bien, invirtiendo los términos, podemos preguntarnos hasta qué punto se puede exigir a una obra de ficción que se someta a las normas de disciplina que persiguen otros objetivos. En el caso específico de **La guerra del fuego**, también podemos preguntarnos hasta qué punto se trata de crear pautas propias o de mera torpeza y falta de rigor en el manejo de la información. Tal vez la astucia aconsejaba no aclarar que la historia transcurre hace 80.000 años: la vaguedad no habría solucionado los anacronismos, pero los habría vuelto menos relevantes. "No

quiero decir que soy exacto —declaró a **Omni** Jean Jacques Annaud—. Aunque hice todo lo posible, ése no era mi propósito. Mi responsabilidad era hacer una película que funcionara". Y la película, en más de un sentido, funciona. A partir de allí el espectador debe decidir si es más importante haber recibido una lección de antropología un tanto inexacta o haber gozado de una fábula convincente que nos recuerda que milenios de civilización no nos han distanciado de nuestros orígenes tanto como sospechamos.

[CG]



EDWARD BRYANT

LA GALERÍA DE HIBAKUSHA

*Los horrores nunca desaparecen:
apenas cambian de forma, de cara
y de nombre.*

Ilustración de Kike Sanzol

Hibakusha: nombre colectivo; palabra japonesa, cuya traducción aproximada es "sufrientes". Empezó a popularizarse después de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki. Aunque cien mil hombres, mujeres y niños murieron en las explosiones iniciales, muchos más sobrevivieron. Esas heridas no siempre eran visibles. Nadie puede contar los quemados y lisiados, los genéticamente inutilizados y físicamente mutilados. Nadie puede sumar el total de los sobrevivientes presuntamente ileos de las dos zonas bombardeadas que fueron marginados por sus compatriotas de las ciudades vecinas. ¿De qué sirve asignar un número a sobrevivientes con cicatri-

ces invisibles? Sufrientes. Hibakusha los denomina a todos.

Tengo una cámara con disparador automático y podría hacerme un autorretrato. Pero ¿conseguiré descuento?

Aquí en el Centro de Diversiones, los olores me evocan una infancia más lejana de lo que querría admitir. Un niño en invierno recordando el carnaval del verano pasado: el denso perfume del maíz tostado, tibio, mantecoso y rancio; la flatulencia de adultos que beben demasiada cerveza barata; el apagado olor a almizcle de los animales que se pasean ocultos por retazos de lona raída. El Centro de Diversiones es menos

transitorio que mi remoto carnaval.

Supongo que algunos se aburrirían aquí, pero yo no. De nuevo la maldición china de vivir en una época interesante. Esta época es fascinante.

El Centro de Diversiones comparte una leyenda con Times Square y la intersección de Sunset and Vine: en un momento u otro, todo el mundo pasa por allí. Lo creo. La gente atraviesa en una procesión continua las puertas de vidrio ahumado que rodean mi galería. Pensar que ahora hay tantos seres humanos en el mundo, y todos parecen visitar el Centro de Diversiones. A veces veo caras conocidas. No son sólo turistas que se examinan en los espejos deformes distribuidos a lo largo del corredor. Son mis clientes del pasado, que regresan fascinados por la galería.

Pero mis clientes nuevos superan en número a los viejos. Algunos son resueltos; caminan directamente hacia la puerta y entran. Otros titubean, miran mis exhibidores, y luego, con cierta timidez, pasan. A menudo dan la vuelta a la manzana para echar otra ojeada furtiva. Unos pocos se quedan detrás del vidrio, mirando ávidamente como aves de carroña. En estos días son cada vez más los que entran en la galería después de un vistazo displicente; compradores impulsivos.

He notado que la demografía de mis clientes cambia, y creo que está ampliándose. Lo tomo en cuenta, pero no especulo demasiado. Las ventas suben y los directores se alegran.

Y yo conservo la capacidad de enfrentar los días serenamente,

salvo esas mañanas después de las pesadillas.

En el sueño, soñé que mi amante había muerto. Y luego, también en el sueño primario, yo despertaba gimiendo. Mi amante se acodaba con irritación y me preguntaba qué ocurría.

¿Qué podía contarle? ¿Cómo decirle que había soñado que hacíamos el amor, pero cuando yo le tocaba el pecho la aureola tensa y parda que rodea el pezón se despegaba como piel muerta, exponiendo un disco áspero que rezumaba un líquido claro y que resultaba viscoso al tacto?

¿Qué ocurría?

—Nada—decía yo en el sueño primario—. Nada, nada, nada en absoluto. —Luego me volvía y mi voz se perdía en la almohada de plumas. Pero ninguno de los dos podía conciliar el sueño, y al fin ella me decía que quería hacer el amor. Habíamos hecho el amor dos veces la noche anterior; pero no he conocido a nadie que me excitara tanto. Sentí que mi cuerpo respondía. Los ojos de ella eran incoloros en la penumbra del amanecer. Tenía la voz amodorrada por el sueño. Abrazándome, decía:

—Tócame los pechos.
Su irritación renacía ante mi rechazo...

Aunque había quitado el letrero de "Cerrado", aún era temprano en la mañana, y ningún cliente había visitado la galería. Yo estaba encorvado sobre una taza de café frío, esperando a que un puñado de aspirinas surtiera efecto. Cuando sonó la campanilla de la puerta, no alcé la vista.

—¿Es demasiado temprano?

La voz era baja y acariciante, y parecía más despierta de lo que yo me sentía. Miré al hombre.

—¿Demasiado temprano para qué? La galería está abierta.

—He sabido de su local desde... —el titubeo pareció deliberado—, hace algún tiempo. Quería verlo.

Gesticulé alzando las palmas. Podía ver todo lo que él quisiera. El hombre me miró con incertidumbre.

—Eche una ojeada —dije.

Desvié los ojos a un costado para mirar detrás de mí. No había en su conducta nada que fuera atípico de mi clientela, y sin embargo mi primer cliente del día me causaba cierto desasosiego. Mis clientes suelen entrar después de mirar los afiches de afuera. Sus ojos quedan atrapados por la supergráfica óptica y sus mentes por las voces subliminales que los incitan a "mandar a casa un souvenir realmente 'diferente'". A menudo los acompañan su cónyuge y su prole, en fila como una nidada de codornices. En general lo primero que piden es el precio de las postales y yo doy las tarifas. Luego el cónyuge mira al marido o a la esposa y el otro dice: "Vamos, date el gusto, cariño; calmará a los niños por un tiempo y en casa todos quedarán pasmados." Ambos meditan el precio mientras miran las fotos de la pared.

El primer cliente de esta mañana cruzó la gruesa alfombra azul acercándose al mostrador.

—Me llamo Daniel —dijo. Cuando me extendió la mano me presenté cautelosamente y se la estreché. La piel de Daniel tenía un tono café claro; la palma era fría y seca, y me recordaba la piel

de la pitón que una vez yo había tocado en la sección reptiles del Centro de Diversiones. Nunca sentí fobia por las serpientes, de modo que el contacto me fascinó. Tenía suficiente altura como para mirarme desde arriba, aunque a mí me falta sólo una cabeza para los dos metros. Tenía ojos oscuros y una cara enmarcada asimétricamente por una mata de pelo negro y rizado.

—¿Quisiera un poco de café —dijo, aunque yo no le había ofrecido nada.

—¿Qué? ¿Café? —De nuevo, sin pensar, me presté al juego y me volví, buscando a tientas otra taza mellada detrás de la cafetera. La llené y dije:

—¿Crema? ¿Edulcorante?

Daniel se encogió de hombros.

—Si tiene. De lo contrario, no importa la molestia.

—¿Qué? —La taza giró como una cosa viva en mi mano y, antes que pudiera asirla, me derramó café tibia en el pantalón.

—¿Está usted bien?

Asentí.

—La cafetera no lo hace muy caliente. —De nuevo llené la taza hasta el borde y la puse en el mostrador. — Fue eso que usted dijo.

Él sonrió.

—Una mera afectación. Se me contagiaron muchos modismos después que viví en el Sur. Algunos se me han pegado. —Sorbí el café y cabeceé apreciativamente.

Yo miraba pero no veía ni oía. No importaba la molestia, la tímida ironía de ella. Leila: significaba "oscuro como la noche" en árabe; pero ella era lo contrario. Amaba la vida y el brillo; yo lo veía cuando ella nadaba y cabalgaba y volaba y hacía el amor. Yo la

había recogido en la carretera en una tarde calurosa a mediados del otoño. Ella recorría el mundo como podía. Yo transportaba fardos de heno para un granjero suburbano. Ella se quedó. Demasiado tiempo. El resplandor estéril de los corredores le absorbió el brillo; el olor aséptico le opacó el pelo limpio. Ella resistió, pero no sirvió de nada. Yacía en la cama especial, conectada a las máquinas que la cuidaban, cada vez más débil mientras millones de células se devoraban entre sí y morían. Cada día los dedos asidos a los mios estaban más débiles. Al fin me pidió que la matara. Desconecta el enchufe. Yo no pude.

—...no importa, no importa —dijo ella al fin, con rencor.

El sueño murió de nuevo.

—¿Son todas auténticas? —La mirada de Daniel señalaba la pared cercana de la galería.

Yo caminé a lo largo de la hilera de atrocidades satinadas.

—Todas. Si no estuvieran autenticadas, no las tendríamos aquí. Mire atentamente. Son obras de arte japonesas.

—¿Las vende?

—Tenemos copias. —Toqué un retrato dolorosamente brillante con dedos de propietario. Era una doce por veinte de lo que había sido un patio de juegos, evidentemente muy cerca del centro de la explosión. Los tres niños habían sido vaporizados por la ráfaga inicial. El calor había ennegrecido la pared detrás de ellos, excepto donde los cuerpos de los niños habían absorbido el calor. Siluetas más claras resaltaban en la negrura. Sombras. Las sombras de los niños señalaban el cielo.

Daniel se agachó ante la fotografía.

—Qué horror. —El dolor se le notaba en la voz.

—Atrae a la clientela.

Se enderezó y me miró un largo rato.

—¿De veras siente usted la crueldad que le oigo en la voz?

Por un momento quise contestarle con la frase consabida: es un trabajo como cualquiera. Uno se acostumbra.

—No —dije.

Daniel se volvió hacia el retrato de las sombras.

—¿Nagasaki?

—Hiroshima.

—Estuve allí una vez —dijo Daniel—. Tomé toda una serie para acompañar un texto.

—¿Es usted fotógrafo?

—¿Qué otra cosa?

—Quiero decir si es profesional —dije.

Extrajo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y arrojó media docena de diapositivas en el mostrador de mármol. Me alcanzó una; la sostuvo a la luz. Vi una pared de bronce angostándose hasta un horizonte lejano.

—El Monumento a las Víctimas del Polvo Nuclear —dije. Lo había visto demasiadas veces. Lo había leído, y memorizado una parte muy pequeña.

—Los treinta y siete mil nombres —dijo Daniel. Debo de haberlo mirado inquisitivamente—. ¿Sabía que están en orden alfabético? —No dije nada. Daniel sonrió hurañamente.— Los estetas escrupulosos se enfadan cada vez que hay que inscribir un nombre nuevo sin respetar el orden. —Tampoco dije nada.— ¿Y cuando

no quede más lugar para añadir nombres? —Ahora su sonrisa era genuinamente amable.

—Cállese —dije.

—Un simple monumento —dijo Daniel— para conmemorar un pequeño accidente nuclear.

No detecté ninguna malicia en sus palabras. Algo en mi expresión debió de alertarlo.

—No quise ofender. —Desvió la cara embarazosamente.— ¿Puedo ver los recortados?

—Los bastidores —dije.

—Sí, los bastidores.

Toqué un botón detrás del mostrador y las cortinas de terciopelo negro se descorrieron con un susurro. Apreté otro botón y se encendieron las luces. Inhalé profundamente.

—¿No son magníficos?

—¿Lo hace usted?

Ojalá, pero no soy artista.

—Los fabricó mi predecesor.

—Son increíbles. —Daniel se acercó al primero y extendió la mano, y se contuvo para no rozar un hombro de cartón fibroso con los dedos. Miró una figura tras otra. En la cara le vi una emulsión de horror suspendido en fascinación. Traté de evaluar su reacción mientras él se paseaba entre los recortados sin cara:

Víctimas de ráfagas nucleares, quemados, figuras escoriadas y chamcrosas. Hombres, niños, mujeres, la carne como cerdo achicharrado, la piel leprosa con lesiones radiactivas. Todos ellos sin rasgos, con óvalos vacíos para que las caras pudieran reemplazarse. No recuerdo cuándo yo me había permitido mirar tan atentamente la profusión de cuerpos devastados, todos ligados por el anonimato de la

falta de máscara; todos esperando la participación vicaria de algún cliente.

—¿El proceso es tan simple como parece? —dijo Daniel.

—Elija uno. —Hice girar la película, contando los clics hasta que se fijó el primer cuadro. Revisé el fotómetro; luego preparé el obturador.

—Este. —Daniel eligió el recortado que privadamente yo llamaba el Matisse. Era una parodia involuntaria de una odalisca, rara vez elegida por los clientes a causa de su postura incómoda. Daniel se quitó la chaqueta, luego se tendió de costado en la alfombra detrás del recortado. El bastidor había sido preparado con una fotografía tomada por personal de rescate que volvía al área arrasada por el fuego:

El viejo estaba de costado contra la unión de la acera y la pared, sostenido en parte por un codo astillado y torcido. Apoyaba la cabeza en un escalón de cemento. Lo que habían sido sus ropas y su piel era indiscernible. Aún estaba vivo, privado del alivio del aturdimiento. En el extremo del antebrazo estirado, una mano parecida a un pollo chamuscado imploraba, como pidiendo una taza de agua o un paño húmedo y fresco.

—Estoy listo —dijo Daniel.

—No —dije—. Es usted demasiado alto. —Sonreír dolía.— Se le ven los pies.

Arqueó las piernas.

—¿Así está bien?

—Perfecto.

Daniel dobló el cuello, poniendo la cabeza en el ángulo preciso que habría ocupado la cara del viejo.

—¿Ahí está bien?

—Es usted el modelo perfecto.
—Empecé con la fatigosa rutina que me habían enseñado:— Ahora mire el pajarito, y... sonría.

—Eso no puedo —dijo Daniel.
—No es usted el único. —Las luces relampaguearon; los pequeños músculos de alrededor de los ojos le vibraron mientras él trataba de no parpadear.— A veces lo intentan, pero rara vez lo consiguen.
—Tomé media docena de fotos.— Supongo que bastará.

Daniel se levantó rígidamente, tanteándose con cuidado las extremidades, como si fueran quebradizas.

—¿Y ahora qué?
—Se tarda un día en procesar la película y preparar las postales. ¿Quiere la cantidad usual, una docena? Llene el cupón, y las hará despachar mañana por la mañana.
—Preferiría pasar a buscarlas.
—Como guste. —Marqué el casillero Pasará a Retirar.

Él titubeó.
—¿Cómo andan las ventas?
—Muy bien.
—No es cosa mía —dijo—, pero quiero preguntárselo como profesional. ¿Qué hizo usted para conseguir este empleo?

Pura suerte, supongo.
—Nada —dije—. Absolutamente nada. Simplemente presenté la solicitud, y me lo dieron.

Esbozó una sonrisa crispada y hosca.

—Eso supuse. Volveré mañana.
—Las fotos estarán listas.
—¿Usted estará aquí?
Asentí.

—Entonces lo veré en veinticuatro horas. Cuidese, amigo.
—Cuando Daniel se volvió hacia la puerta, algo en la pared le llamó la

atención. Señaló el almanaque.— Cuando salí del hotel hace una hora, aún era abril.

—Aquí en la galería —dije— es siempre el seis de agosto.

Desperté desorientado, los ojos clavados en la ventana. Del otro lado había un alba gris. La cara de mi amante, tensa como una media de seda sobre un cráneo, se esfumó. La luz del día tenía textura y sabor: cobre frío apretado entre mis mandíbulas. Tenía la lengua seca y cuarteada; un dolor donde me la había mordido. Me palpitaba la cabeza.

Cuando ya no pude aguantar el contacto de esas sábanas húmedas pegadas a mi cuerpo, me levanté y me puse las ropas del día anterior. Aún desorientado, tropecé y casi rodé por las escaleras que bajaban de mi apartamento a la galería. Entré en una mañana nueva. El sol aún no se había elevado sobre el horizonte. Caminé por el corredor hacia la playa y escuché la cadencia hueca de mis tacos sobre la madera.

En este amanecer el mar estaba calmo, las olas serenas. Me quité los zapatos y me interné en la arena fría. El cielo relucía sobre el océano, pero en mi mente aún era de noche mientras evocaba la estética perturbadora de ciudades bombardeadas y ardientes. Caminaba a ciegas, pero veía una belleza extraña: Guernica, Shangai, Dresde, Hiroshima, Nagasaki, Quang Tri, Haifa, Denver. Los bombarderos caían del cielo como ángeles llameantes; el mar los aceptaba a todos.

Voces de niños me despertaron. Eran los únicos seres humanos que

había en esa playa gris, aparte de mí. Dos varones y una niña, jugaban en la arena con sus soldados de juguete. Uno de los varones gritó y señaló el cielo: una gaviota blanca. Seguí su aleteo con los ojos hasta que se remontó en el este y se perdió contra el sol.

No me recuerdo volviendo a la galería. Sólo me recuerdo sentado en la silla detrás del mostrador y alzando la vista cuando la campanilla de la puerta tintineó y Daniel entró en el local.

—Tiene usted muy mal aspecto —dijo.

—Estoy deshecho.

—¿Quiere que me vaya?

Mené la cabeza. Sin una palabra, Daniel me preparó café. Y luego, de algún modo, sin que yo me lo propusiera ni él me lo pidiera, empecé a hablar de mis pesadillas. Al cabo de un rato dejé de hablar porque todo estaba dicho. Busqué debajo del mostrador y rescaté una botella de brandy abierta para acompañar el café. Guardamos silencio y bebimos, y yo noté que él me observaba pensativamente.

Ambos nos sobresaltamos cuando sonó la campanilla. Entraron en fila india: una familia de turistas madrugadores en busca de souvenirs insólitos. Los cinco vestían ropas de playa chillonas.

—Buenos días —dije, fingiendo cortesía profesional—. ¿En qué puedo servirles?

El padre me miró a los ojos. Era un cincuentón entusiasta y ampuloso. Su camisa sport parecía arder con orquídeas aureoladas de llamas.

—Esas tarjetas —dijo—. ¿Cuánto cuestan?

La familia procedió, con inquietante exactitud, a representar la conducta que yo me había descrito a mí mismo el día anterior. Los cinco —los tres hijos tenían entre cinco y quince años— se decidieron a coro por un grupo de familia. Tomé un rollo extra como precaución, por si las contorsiones del menor arruinaban las poses. Debía faltar poco para que se les terminaran las vacaciones; el padre fruncía el ceño, la madre actuaba irritadamente, y ninguno de los niños sonreía. En parte era mi culpa; esa mañana no desempeñaba con mucha convicción mi papel de payaso.

El padre me dio un cheque de viajero y una dirección mientras yo le preparaba un recibo. Aparentemente de mejor humor, se paseó por el local con gestos expansivos.
—En un tiempo fui asesor militar. —Sonrió.— Esto no asusta a nadie.

Le di el recibo y les agradecí a todos por la compra.

—Bonito lugar —dijo el hombre—. Realmente didáctico. —Trató de darme un dólar de su cambio como propina; le puse el billete en el bolsillo de la camisa; pareció ofenderse.

En la puerta, la hija del medio se volvió y miró a los *hibakusha* con ojos enormes.

—¿De veras son gente? —dijo.

—No, están muertos —respondió el padre.

—Una lógica incuestionable —dijo Daniel después que cerraron la puerta—. “Olvida los muertos que has dejado...”

Más de una vez Leila había dicho:

—No lo entiendo.
 —¿Qué no entiendes?
 —Tú también estabas en la zona.
 —Apartó la vista de la pizarra estéril de la cama de hospital, los ojos azules vagamente acusadores.—
 ¿Por qué no te toca a ti también?
 —No sé —dijo—. Ojalá fuera yo.
 —No —dijo ella—. Nunca desees eso.
 —No puedo evitarlo.
 —No —repetió ella—. No ayuda ría en nada. —Pero llamó a la enfermera y me pidió que me fuese.

—¿Qué? —dijo.
 —Sólo un poeta.
 —He atendido a poetas en esta galería —dijo—. He atendido a casi todo el mundo. —De pronto recordé el paquete que estaba en la punta del mostrador.— Tenga, las postales están listas. —Tomé la de arriba y se la entregué.

Daniel la volvió una y otra vez, examinando primero el lado que mostraba al viejo moribundo con la cara de él, y luego el dorso, con espacio para el domicilio y el mensaje.

—Es muy profesional.
 —Tomaré eso como un cumplido.

Daniel barajó las fotos como si fueran un mazo de naipes.

—¿Alguna vez ha rechazado a un cliente?

—Una vez. A un hombre que quería mutilar un bastidor.

—¿Cómo?

—Quería abrirle otro agujero para poder exponer sus genitales.

—¿Tan malo era eso?
 Suspiró.

—Ya fueron bastante mutilados en vida. En la muerte... —Abrió las palmas.— Fijé un límite arbitrario.

—¿Usted reconoce a los *hiba-kusha*? —dijo Daniel—. ¿Los sufrientes?

—Cada día y cada noche.
 —¿Y no me reconoce a mí?

Lo miró fijamente.
 —¿Qué...?

—Creí que era obvio. —Daniel se encogió de hombros.— Tal vez no.
 —Se examinó el dorso de las manos.— No hay llagas, ni tejido catratical.

Empecé a decir algo pero se me atoró en la garganta.

—¿Usted?

—Ese día visitaba una ciudad en el linde de la zona afectada por el viento nuclear. No tenía que estar allí... Sólo una excursión de fin de semana para ver amigos. Los médicos me dicen que inhalé por lo menos ochenta microgramos de polvo de óxido de plutonio... ni siquiera lo suficiente para distinguirlo a simple vista. —Me miró con calma.— En el hospital me hicieron un lavado pulmonar para tratar de eliminar la mayor parte de las partículas; me llenaron los pulmones de solución salina y luego me los vaciaron. Tres veces fui ahogado, y tres veces revivido.

—Entonces tal vez se lo... —dijo.

—No. Parte del polvo se había encapsulado en el tejido pulmonar. Aún está allí.

—Han pasado años —dijo.

Meneó la cabeza.

—Pese al accidente, no hay estadísticas sobre las expectativas de vida de las víctimas del polvo. El período de semidesintegración del plutonio es más largo de lo que yo querría pensar. Creo que no esperaré para averiguarlo.

—Lo lamento —dijo con timidez.

De nuevo esbozó esa sonrisa desgana.

—No vine tan lejos para recibir sus torpes condolencias.

—Entonces ¿para qué?

De nuevo el chasquido y el campanileo de la puerta; más clientes. Estos eran jóvenes y hermosos; supuse que no tenían veinte años. Cada cual era una creación del verano: la tez bronceada, de un profundo color chocolate, el pelo desteñido como oro martillado. Los dos compartían una arrogancia juvenil.

El oía a lima y naranjas. Distraídamente pregunté en qué podía servirlos.

—Sólo estamos mirando —dijo ella.

Los acompañé hasta la pared de fotografías. Con los dedos entrelazados, la pareja se paseó entre las hileras de retratos. El examen fue displicente. Regresaron al mostrador, donde yo estaba rígidamente de pie y Daniel se estaba sirviendo más café negro y amargo.

—¿Encontraron algo interesante? —pregunté.

—No —dijo ella.

—Lo que buscábamos —dijo él— era algo especial.

—¿Algo especial como qué?

—¿No tiene una escena con gente haciendo el amor?

—¿Las víctimas? —Asintieron.— No.

Como sospechando que yo me hacía el tonto y ocultaba otras fotos bajo el mostrador, ella dijo:

—¿Está seguro?

—Tal vez deberían buscar un pornoshop.

—No —dijo ella—. Buscábamos este local.

—Entonces lo lamento. No tengo lo que desean.

Intercambiaron miradas.
 —¿Hay otro local como éste?

—Ninguno.

—¿Cree que recibirá más fotos?
 —Lo ignora —dijo.

Ella se encogió de hombros y tomó la mano de él.

—Vamos —le dijo—. Probaremos suerte en otra parte.

—Lo lamento —dijo—. Quizá en otra oportunidad.

Se fueron sin responder, llevándose consigo su fresco aroma de cítricos. Me volví lentamente hacia Daniel, que de nuevo estaba barajando su mazo de postales. Las puso boca abajo en el mostrador, como cartas de Tarot.

—Pero son todas idénticas —dijo.

—Muy astuto.

—No necesito sarcasmos.

—Necesita honestidad. —Meneó la cabeza.— No sé lo que necesita.

—Como el día anterior, Daniel extrajo el sobre de diapositivas. —Permítame mostrarle algo.

Los dos se destacaban contra los árboles y la nieve; los ojos azules de ella resplandecían como la clara mañana de invierno.

Miré incrédulamente la diapositiva.

—¿Leila y usted?

—Fui su amante mucho antes que usted.

—¿Daniel? —dijo—. Daniel.

—Sacudí la cabeza.— Ella nunca lo mencionó.

—Era una persona muy reservada.

Seguí bebiendo la belleza de Leila en la foto; mi sed nunca se había saciado. Daniel me la arrebató delicadamente de la mano. Instintivamente traté de recobrarla.

Daniel retrocedió, cerrando la ma-

no sobre la foto; cuando la abrió, la película estaba cuarteada y rota, el marco triturado. La sangre le brotó en la palma como una joya.

—Ella está muerta. —Aparté los ojos de la mano lastimada. — ¿Por qué lo abandonó a usted?

—Con el tiempo lo habría abandonado a usted. No era una mujer que se aferrara a nadie. —Mientras yo observaba, puso la diapositiva aplastada en un cenicero y la encendió con un fósforo.

—Hijo de perra —dije—. Usted no vino aquí por las postales. —La pregunta estaba implícita.

El humo subió unos instantes del cenicero. Daniel tomó un pañuelo de un bolsillo y se enjugó la sangre de la palma. La tristeza de su rostro era abrumadora.

—No tendría que haber venido... no ahora.

—¿Entonces por qué vino?

—Me tomé la atribución de juzgar.

—Juzgar? —dije. Él no respondió—. ¿Juzgarme a mí? —Al fin asintió—. ¿Por qué?

—Cómo usted, un sobreviviente —dijo, señalando la galería—, uno de los pocos afortunados, puede hacer esto. Tenía esperanzas de hacerlo sentir culpable de su supervivencia. Fui un tonto. No advertí que era innecesario.

Entreví lo que insinuaban sus palabras.

—No me compadezca —dije—. No me compadezca.

—De acuerdo —dijo Daniel. Pero sus ojos desmentían sus palabras. Y junto con la compasión había una comprensión mórbida—. Quería ver qué clase de hombre la había amado, y luego la había sobrevivido tan penosamente.

No respondí.

—La autocompasión es un lujo. Usted no sabe aprovecharla.

—Al menos —dije— estoy vivo.

Ladeé la cabeza como para indicarme que yo me había anotado un pequeño tanto en un juego sin sentido. Luego se volvió y salió, dejando su paquete de postales. Quedaron en el mármol del mostrador.

—Eh —le dije—, no olvide sus postales.

—No las olvidé. —Se detuvo en la puerta sin volverse.— Y usted tampoco las olvidará. —Y se fue.

Me senté lentamente a mi escritorio, ante las vidrieras que dan al océano. Me quedé escuchando los débiles sonidos carnavalescos del Centro de Diversiones. Oía el tacaneo de mis clientes potenciales en el corredor. Sus pasos resonaban y se ahondaban en un rugido como la larga marcha del oleaje que lamía la playa y retrocedía.

Conté las olas y las multipliqué por los días y semanas y años por venir. Dentro de cada día está sepultada otra noche; y dentro de esa noche, la certeza de que la sobreviviré.

Una fotografía no es meramente el resultado del encuentro entre un acontecimiento y un fotógrafo; fotografiar es un acontecimiento en sí mismo, y un acontecimiento que se arroga derechos cada vez más perentorios para interferir, invadir o ignorar lo que esté sucediendo. Nuestra percepción misma de la situación ahora se articula sobre las intervenciones de la cámara. La omnipresencia de las cámaras sugiere persuasivamente que el tiempo consiste en acontecimientos interesantes, acontecimientos dignos de fotografiarse. Esto a su vez incita a pensar que cualquier acontecimiento, una vez en marcha, y sea cual fuere su carácter moral, tendría que llevarse a cabo sin estorbos para que algo más pueda añadirse al mundo, la fotografía. Una vez concluido el acontecimiento, la fotografía aún existirá, confiriéndole una especie de inmortalidad (e importancia) de la que jamás habría gozado de otra manera. Mientras personas reales están matándose entre sí o matando a otras personas reales, el fotógrafo acecha detrás de la cámara para crear un diminuto fragmento de otro mundo: el mundo de imágenes que nos sobrevivirá.

(Sobre la fotografía,
© 1980, Editorial Sudamericana.)

Título del original en inglés: *The Hibakusha Gallery*.

Copyright © 1977 by Penthouse International Ltd.

Traducción de Néstor Dietrich.



MASSIMO PANDOLFI

EL ENCANTO FRAGILARIA INCANTUS, P.

*Las características más notables
de un ser maravilloso, mágico
y decididamente inasible.*

Ilustración de Carlos Nine

No está muy claro si su consistencia es mineral, animal o vegetal, pero lo cierto es que rehúyen hábilmente la observación directa, aunque cuando aparecen siempre te sumergen en su extrañeza y todo lo contagian de sí mismos.

Sin duda alguna su dominio es el Norte y son legión en los vastos horizontes de la tundra y la taiga, pero a menudo se presentan también en las cálidas regiones mediterráneas, especialmente en los inviernos más crudos, y se demoran en los bosques de montaña y las colinas cuando el maestral y el aguilón han soplado sin cesar, y la tierra está helada y se endurece

como hierro vistiéndose de cristal.

También los llaman Frágiles Alas de la Noche. Parecen surgir de la nada y su hábitat son los días de nieve. Se ha aceptado hace tiempo que son criaturas del aire y del frío, emparentadas estrechamente con Frosti. Huyen de Logi, su hijo flamífero; aman pues el cielo y los espacios amplios y jamás golpearían la puerta de una casa. Los lugares cerrados no son para ellos. Su existencia frágil no soporta la reclusión.

Como todas las criaturas recordadas y descritas en los *Naturalia*, no son fáciles de observar y escapan a los rígidos criterios taxonó-

micos. La ciencia oficial a menudo ignora lo que no puede mensurar, y la herencia positivista y mecanicista puede ser una prisión de barrotes muy sólidos, sobre todo cuando el prisionero, asombrosamente, a menudo no desea escapar. En períodos más esclarecidos de la historia el hombre era más libre. Tenía los ojos menos velados y la unión con la Antigua Progenitora era más estrecha. Lo que ahora se vislumbra, entonces se vea; lo que ahora se siente, entonces era tocado con la mano. Otros seres recorrerían la tierra y el murmullo de sus pasos era una música bien audible.

Los pueblos del Norte los han conocido desde siempre, los celtas, los fineses, los wot, los ingrios, los carelios, los daneses. En las largas noches, en las auroras arremolinadas de nieve, en el frío cortante de las mañanas de sol en que el aire crepita con su lenguaje, esos pueblos a su modo los veneraron y amaron. Vivieron junto a ellos, aunque manteniéndolos alejados de las calurosas tiendas de piel de oso colmadas del olor denso de la grasa de foca quemada en las lámparas.

Se cuenta de esas criaturas que hasta los feroces doce *berserkir* del rey Hrolfr, vestidos con toscas pieles de oso, interrumpieron la batalla del congelado lago Vanern para escuchar cómo sus cantos se expandían en el nevoso y frío aire invernal. El *skald* Olaf Thordarson, primo de Snorri, las recuerda en las sagas paralelas al Edda: la Saga de Drifa "torbellino de nieve" y la Saga de Snjar. Una tímida insinuación de su parentesco con la Gente Pequeña la hace

Olaf Magnus en su obra enciclopédica que turbó los sueños de los alquimistas medievales.

En efecto, el obispo sueco sostiene en un texto escrito en 1555 que "había seres que vagaban en la noche, los cuales tenían por costumbre circundar y molestar antojadizamente a los guardianes de los campamentos, apenas cubiertos por el hielo y la nieve, concentrados en su trabajo de vigilancia, con varios tipos de visiones prodigiosas y extraordinarias; los habitantes de la zona llamaban danza de los Elfos y los Encantos a esta diversión nocturna de los Monstruos".

Es interesante observar cómo en este último caso se atribuye a los Encanto connotaciones monstruosas y una notable afinidad con los seres pertenecientes a la estirpe de los Buenos Vecinos, pero ello no es tan sorprendente si se tiene en cuenta que los Encanto aquí son vistos por un ortodoxo obispo católico que no podía menos que considerar diabólico cualquier parentesco con seres constantemente asociados a divinidades de la tierra anteriores y más antiguas, como las Hadas, los Elfos, los Goblin e incluso los mismos Encanto (cfr. también M.A. Murray, *The God of the Witches*, Londres, 1924).

El origen del nombre es incierto, pero entre quienes han tenido la suerte de observarlos no hay nadie que no lo dé por genuino. Afirman que su morada son los días de nieve, cuando la cúpula opaca del cielo se cierne como plomo fundido, y aun la transparencia del aire es agrisada por el vago remolino de los copos de nieve que borro-

nean el horizonte. Entonces te sorprende el Encanto o, mejor dicho, se manifiestan los innumerales Encanto que aletean alrededor de tu rostro. Su consistencia es tenue. Se materializan de manera impalpable. Un instante antes observabas fascinado la maravilla y la pureza de la nieve que lo cubre todo, un segundo después tienes la certeza de que el paisaje ha cambiado. Mientras mirabas los remolinos de nieve algo se mezcló con los copos, miradas de presencias juegan en el cielo, y de pronto el Encanto se apodera de ti y no te suelta, si tan sólo le permites ser observado. Ahora no debes moverte, no debes distraerte susurrando palabras a quien tienes al lado. Habrá tiempo para comunicar la experiencia que estás viviendo, ahora no puedes distraer la atención del Encanto. Eres un hombre demasiado civilizado y tus ojos, que apenas ven, correrían el riesgo de no captar más esa exultante extrañeza que te rodea.

Los Encanto están en el viento, o en la ausencia de viento que caracteriza la caída lenta de los grandes copos de nieve. Sus cuerpos extienden una trama imposible que circunda y acaricia la nieve que cae, incluso sus cuerpos la sostienen, casi hasta posar en tierra cada copo, que en realidad parece reacio a caer. Su consistencia es nubosa, es una red cristalina que se desmembra, se une y se divide en nimbos, cirros y cúmulos, como niebla o tembores de luz, es un murmullo seco de cristales minúsculos que se frotan entre sí, te llega a los oídos, pero el rumor es suave, dulce. El Encanto habla y sus palabras se adhieren al suelo y

cubren y uniforman todo, y lo vuelven nuevo, nunca visto.

Tu universo, la tierra a cuya visión estabas acostumbrado, todo sucumbe al poder de los Encanto, y sus dedos minúsculos e impalpables te rozan como para investigarte, para oír tu rostro. Entonces te atrapa su perfume, un perfume débil, tan tenue que en verdad no sabes si lo has sentido o meramente imaginado, pero existe: como de tierra mojada, un poco áspero, un poco limpio, que evoca sin remisión un recuerdo de lugares lejanos, de abedules y abetos, de cimas de montañas, de renos y blancos lagos helados, quizá de la taiga, desde donde el Encanto fue arrastrado siguiendo el frío maestral.

Su cuerpo es tan evanescente que parece hecho de aire. En realidad no es así. Lo delimitan cristales minúsculos y puntiagudos que entrelazándose variadamente le ofrecen esa sustancia material de la cual parece carecer. Cristales vivos tal vez, de una transparencia azulada, y huecos, que en el reflejo de la luz adquieren una blancura sedosa que lo asemejan a los copos de nieve que ama. Largas cadenas que parecen collares de rocío se encuentran y se unen en el aire silencioso: la fusión de los innumerales Encanto es lo que otorga esa característica blancura perlada a los días de nieve, sus vagabundos casuales en la atmósfera son los que arremolinan la nieve, y son los Encanto quienes generan el encanto. Jamás hubo nombre más apropiado y justo.

En el aire vasto sus cuerpos vagan enriquecidos por minúsculas puntas y dardos, por largas espinas

sinuosas, por esferas huecas escarchadas y cristalinas que no se cansan de mantener el color del aire. Los apéndices y órganos para sostenerse en el océano atmosférico están dispuestos tan confusamente que casi no se reconoce su geometría, el diseño final que los ha determinado y la función que se les asignó. Sus patas, si sus patas, están tachonadas de plumas blancas y etéreas y pínulas cristalinas; sus manos tienen dedos puntiagudos, suaves como una caricia; sus órganos sensorios están ocultos en un protoplasma que, hecho para vivir en el aire, está hecho él mismo de aire puro; sus bocas saborean un alimento que para nosotros, más corpóreos, sólo puede parecer ideal. Pero todo esto no es más que una descripción anónima, porque el Encanto quizá no está sólo en su cuerpo, sino en lo que sabe generar en el espíritu de quien está a su lado y lo escucha.

Fragilaria es el nombre científico de pertenencia al género que fue atribuido al Encanto por quien lo describió, y está ampliamente justificado por su tenuidad y por las delicadas mineralizaciones que adornan su cuerpo. Sus plumas minerales, sus agujas facetadas y sutiles son realmente de una extrema fragilidad, aunque estas criaturas inmateriales han demostrado que son capaces de cabalgar en el viento más impetuoso, pero ello sucede cuando el Encanto vive. En cambio, cuando la nieve ha dejado de caer y los primeros soplos del viento cálido del Sur impregnan la atmósfera el Encanto ya no es él mismo. Una mínima variación de temperatura que supere el límite impalpable del cero sanciona su

condena y su fragilidad es evidente. Caen como nieve invisible al suelo y su vida efímera se apaga, el murmullo tintineante de sus palabras se desvanece, el encanto se destruye, el remolino de nieve termina y sus cuerpos delicados se astillan y se deshacen en el silencio, confundiendo en un susurro con la tierra parda espolvoreada de blanco.

Por cierto la denominación *Fragilaria incantus* sólo podía venir de un hombre del Sur, que ve la nieve y el frío llegar y desaparecer enseñada; en otros climas, en otras latitudes, los Encanto llevan una vida muy diferente, tienen otra solidez y duración. Las planicies de nieves perennes crepitan con su parloteo continuo, su presencia en el aire te envuelve a cada instante, el brillo frío de los cristales de hielo al sol ilumina las extensiones blancas, sus cuerpos corren festivamente por el aire y te rozan y a menudo no atinas a moverte, alcanzado por la magia de esa atmósfera transparente que se puebla de presencias relampagueantes. Inmóvil, no puedes menos que escuchar y mirar, y el cielo se vuelve más azul, la luz tiembla y el bosque se cubre de una irrealidad mineral.

Sin embargo es cierto que el Encanto jamás fue prisionado por aquéllos que habrían deseado encontrar trofeos para destinarlos a escaparates enmohecidos y polvorientos. Los lugares cerrados son aún más fatales que los vientos del Sur. El hábitat del Encanto es el océano del aire, y como está adaptado a esa vastedad no hay sitio que pueda contenerlo sin hacerlo sufrir.

Quizá una sola vez se planteó esta eventualidad. De hecho, en un fragmento del siglo quince redactado en lengua aklo, considerado apócrifo por la mayoría, atribuido por otros al célebre L. Danaeus, se cuenta que este mago alquimista dotado de grandes conocimientos zoológicos logró conservar con vida un Encanto en una vasta caverna de hielo de Raumoriki. Puso una red de plata para cerrar la entrada y el Encanto prisionero se esforzaba en vano por trasponerla. Pero el alquimista jamás logró llevar a cabo su experimento, destinado a investigar el origen y las propiedades mágicas de estas criaturas del hielo, porque un *mar-mennill* de cabeza enorme y cuerpo de foca, surgido de las aguas grises del Mar del Norte, llegó y auguró desventuras tan atroces para el que había apresado el Encanto, y la voz de la Gente Pequeña se unió tan vehementemente a la defensa, que el mismo Danaeus destruyó la red de hebras de plata, devolviendo el Encanto a las montañas y los bosques, y juró solemnemente al viento que jamás intentaría de nuevo semejante empresa.

Bien puede decirse que la liber-

tad de los espacios ilimitados es su vida, y por lo demás nadie sabe siquiera cómo recoger lo que queda de un Encanto cuando su cuerpo etéreo y cristalino agoniza y muere.

Algunos aseguran que su cuerpo está hecho de cristales de hielo, y por lo tanto sólo queda agua cuando se deshace. Otros en cambio aseguran (y es la opinión que más respeto) que el Encanto es viento, que el Encanto es el suave crujir de la nieve y por lo tanto sonido, que su cuerpo está hecho de espíritu y sugestión antes que de materia mineral.

Por lo tanto los frágiles Encanto siempre nos han fascinado. De lo contrario, quizá la pureza de la nieve nos cegaría, el frío del invierno nos congelaría el corazón. En cambio yo aún deseo esperar que sigan visitándonos en las alas de los vientos fríos que vienen del Norte, porque todavía es un misterio que fatiga la mente de los sabios el origen de la fuerza que los impulsa, como una migración descabellada, como lémmings espantados, a venir a terminar sus días en las tibias playas de las regiones del Sur.

Título del original en italiano: *L'Incanto (Fragilaria incantus, P.)*

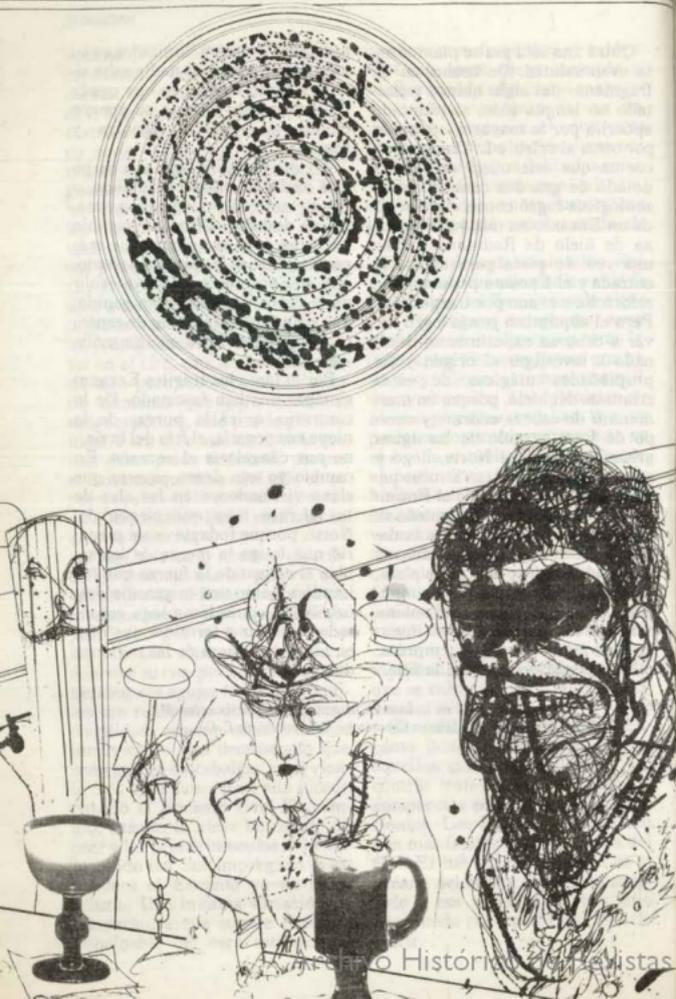
© 1981 by Inisero Cremaschi. Traducción de C. G.

BRIAN W. ALDISS

ÚLTIMAS ÓRDENES

*Las despedidas son tristes.
Una, especialmente...*

Ilustración de Fati



El alfilerito indicaba que en algún sitio de esa manzana había dos personas, tal vez más. El capitán condujo el vehículo de suspensión neumática despacio calle abajo. Sobre la izquierda había un canal; las aguas se agitaban como si estuvieran vivas.

Llevaba abierta la ventana del vehículo. Ráfagas de lluvia, a veces heladas y a veces calientes, le golpeaban las angulosas facciones del rostro. Le ayudaban a no dormirse. Pertenecía a una de las últimas cuadrillas de rescate y hacía más de tres días que no dormía.

Al final de la calleja sucia brillaba una luz. Aceite, tal vez: la electricidad se había cortado mucho antes de vaciarse la ciudad.

Hizo sonar la bocina, mirando la oscuridad, mirando por la ventana de un bar. En las sombras gesticulaba una figura pequeña.

El capitán apagó el motor; el vehículo se asentó en el empedrado. Esperó. Allá adentro, el hombre continuaba hablando, o lo que fuera. El capitán buscó una píldora en la chaqueta impermeable y la tragó con un poco de líquido del tubo que llevaba sobre el tablero. Luego bajó y caminó hasta el bar. Andaba con movimientos rígidos de cansancio controlado. Un trozo de pizarra le pasó girando cerca de la cabeza y se deshizo contra un amarradero en el borde del canal. No parpadeó.

Empujó la puerta del bar y en-

tró. Una luz débil, sobre un mostrador, revelaba perfiles de escombros. El último temblor de tierra había roto la mayoría de los muebles y de las botellas allí atrás. Los espejos estaban resquebrajados. Se abrió paso entre las maderas destrozadas del piso.

En el bar había un hombre fornido de edad indefinida, con un traje anticuado de pulcritud incongruente. Le cubría la cabeza redonda una pelusa incolora. En la cara redonda tenía ojos de ostra. Conversaba jovialmente con una anciana delgada vestida de negro, sentada en un taburete alto, las manos entrelazadas en el regazo. Junto al codo tenía un vaso de cerveza por la mitad. El hombre tenía al lado una copita de licor, que no había tocado.

El capitán registró todo eso de un vistazo. —Tendrían que haberse ido hace horas —dijo—. ¿Cómo no los encontraron las patrullas? En muy pocos minutos...

—Sí, sí —dijo el hombre fornido—, sólo estamos terminando de beber, tenemos plena conciencia de la seriedad de la situación. Parece un poco cansado... tómese un trago con nosotros mientras terminamos. Nos iremos juntos.

—Dejen las bebidas. Tenemos que llegar al Campo Reijkskeller. El último ferry está casi a punto de partir. —El capitán tomó al hombre fornido del codo.

—Un momento. Bébase una cerveza. Esta dama dice que es muy buena. No, no es ninguna molestia, sólo cuestión de un minuto. Todos viajaremos mejor después de tomar otro trago.

El hombre fornido se escabulló detrás del mostrador y reapareció

sonriente con un vaso cubierto de espuma.

—Tengo que sacarlos a ambos de este sitio —dijo el capitán—. Nuestras vidas corren peligro. Ustedes parecen no darse cuenta. Como ya sabrán, la Luna está a punto de...

—Mi querido amigo —dijo el hombre fornido, saliendo de atrás del mostrador y adoptando una actitud positiva ante su intacta copa de licor—, no es necesario que usted nos recuerde la gravedad de la situación. Le contaba a esta dama que yo estaba en la Luna, en Armstrong, cuando se produjo la primera fisura. La vi con mis propios ojos. Fue raro, de veras... usted sabrá que soy xenobalnéologo, especializado en piscinas extraterrestres con todos sus correspondientes problemas, y no se imagine cuántos! ¿Sabía usted que hay... o había, quizá tendría que decir... más piscinas en la Luna que en los Estados Unidos? Acababa de llegar para ver a Wally Kingsmill, que es el dueño... bueno, su familia..., de las piscinas más grandes y espléndidas de Armstrong, y mientras iba en mi vehículo por la senda principal de los gritos y los chillidos de la gente. Lo primero que se piensa en la Luna, siempre, es que se pueda haber dañado la cúpula. Cuando sucedió yo tenía todo el equipo de respiración al lado, pues acababa de usarlo en la piscina de Wally Kingsmill, y me dije, "Bueno", pero no era la cúpula, aunque eso vino un par de horas más tarde y fue muy curioso, pero entonces era la grieta, que se acercaba serpenteando, avanzando con rapidez y movimientos erráticos, y zip, pasó por debajo de mi ve-

hículo, que se detuvo. Que se detuvo y no anduvo más, así como lo oyo...

—La Luna ha sido evacuada. Ahora nos toca a nosotros. Ahora tenemos que irnos. En seguida —dijo el capitán. Sintió que el cerebro se le llenaba de niebla—. En seguida —repetió. Levantó el vaso de cerveza y sorbió un trago.

—Es una cerveza maravillosa —dijo la anciana—. Da tanta lástima desperdiciarla. —Su mirada volvió al hombre fornido, de quien no perdía una sola palabra.

El hombre fornido se inclinó ante la delicada copa de licor, la alzó, la bebió de un trago, volvió a llenarla de una botella verde y siguió montando guardia ante ella, todo con un solo movimiento.

—Entonces me bajé, naturalmente, y es curioso pero aquella grieta me recordó la de la Capilla Sixtina, usted sabe, donde Miguel Ángel pintó su... claro que ahora está en Houston, y la he estudiado muchas veces, pues me interesa el arte... incluso, hace unos cinco años, más o menos, cuando el presidente visitó Venusberg, me encargaron...

—Se cumplirán siete años el mes que viene —dijo el capitán—. La visita del presidente a Venusberg. Me acuerdo porque yo estaba en Venusberg en ese momento, destinado a la Policía Espacial. Pero eso no tiene importancia, señor. Debo insistir en que me acompañe ahora mismo.

—Inmediatamente. —El hombre fornido trotó detrás del mostrador y le sirvió otra cerveza a la anciana. — Tiene usted razón, fue hace siete años, porque en esa época yo estaba contratado por los plane-

toides. Curiosamente, hablaba de Miguel Ángel y resulta que la piscina más grande de los planetoides fue terminada con un mosaico que cubría todo el fondo y que consistía en casi un millón de piezas individuales con la "Creación" de Miguel Ángel, donde Dios, como usted sabe, tiende el dedo hacia Adán. Hermoso. Tendría que ir a verlo. Al menos los planetoides no serán afectados por las perturbaciones de la gravitación. En fin, eso es lo que uno espera.

Habiendo terminado la cerveza, el capitán no supo si lo había hecho sentir mejor o peor. —No sólo estamos en grave peligro los tres, señor, sino que usted y esta dama están contraviniendo la ley marcial decretada hace diez días. Tendré todo el derecho de matarlos si no me acompañan al vehículo de inmediato.

El hombre fornido se rió. —No se preocupe, soy un ferviente defensor de la ley marcial en estas circunstancias. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Pienso que es maravilloso que la evacuación de la Tierra se esté llevando a cabo de una manera tan ordenada... lo que sólo habla bien de todos los responsables. Aunque pienso que se podría haber prestado más atención a los tesoros artísticos; no critico, pues sé muy bien del poco tiempo que nos dejó el aviso, pero igual... Se puede construir más piscinas, pero no resucitar de entre los muertos a Miguel Ángel para que vuelva a pintar sus obras maestras, ¿no es así?

Mientras hablaba iba fijando cada vez más la vista en la copa de licor, que brillaba en el resplandor amarillo de la lámpara de aceite.

De pronto la levantó y vació el contenido con la misma rapidez de antes, e inmediatamente se sirvió otra medida. La anciana, mientras tanto, bajó del taburete y caminó entre los escombros hacia la ventana.

—¿A dónde va, señora? —preguntó el capitán, siguiéndola—. Le dije que saliera.

—Oh, no me voy a escapar, oficial —dijo la anciana, riéndose de la idea—. Estoy tan trastornada por el asunto como usted. Pobre vieja Tierra, después de todos estos millones de años. Me preocupa la Tierra, no la Luna. La Luna no nos sirvió de mucho, en primer lugar. Sólo quería saber si podía verla por la ventana.

Una tremenda ráfaga de viento le ahogó las palabras, una ráfaga que sacudió todo el edificio e hizo que las puertas se golpearan y echó abajo paredes debilitadas. La ventana se hizo añicos cuando ella se estaba acercando; por fortuna, los fragmentos de vidrio fueron barridos hacia afuera.

—Ay, Dios mío, qué espantoso, ¿a dónde vamos a parar? Cualquiera pensaría que es el fin del mundo.

—Ya lo creo que es el fin del mundo, señora —dijo el capitán—. ¿Viene o tengo que llevarla?

—Claro que no tiene que llevarme. No estoy borracha, si eso es lo que sospecha. Usted parece totalmente agotado. ¡Mire, allí está! ¡Cómo la odio!

La anciana señaló la oscuridad y el capitán miró hacia donde ella señalaba. Unos vientos furiosos se habían llevado la nube. En el cielo nocturno, exhalando vapores plateados y carmesíes, estaba la ma-

yor montaña jamás inventada, un lado curvo, el otro mellado, tocando casi el cenit de los cielos. Sobre la astillada ladera se veían con claridad ciudades lunares desstripadas. Les sorprendió que no se les cayese encima mientras miraban.

Agarrando a la anciana con rudeza por el codo, el capitán dijo: —Se va de aquí inmediatamente. Es una orden. ¿Conoce a ese sujeto? ¿Es su marido?

Al alzar ella la mirada, sonriendo con tristeza, el capitán le descubrió rastros de belleza marchita entre las arrugas y las manchas de la piel.

—¿Mi marido? Lo conocí hoy, o ayer, supongo. ¿Qué hora es? Aunque no me molestaría tener un marido como él, a pesar de mi edad. Quiero decir que es un conversador tan fascinante. Tenemos mucho en común, a pesar de unos pocos años de diferencia. Un hombre muy simpático. Sabe, oficial, hace unas horas me contaba, antes de que llegase usted...

—Olvidese de lo que le contaba, tenemos que sacarlo de aquí. Ésta es una operación de rescate, ¿me entiende? Es urgente, ¿me entiende? Mire esa maldita cosa ahí afuera, acercándose a toda velocidad. ¿Cómo se llama él?

La anciana rió, nerviosa, y se miró los pies pulcros y diminutos. —Pensaré que es una locura lisa y llana después de lo que acabo de decir, pero nunca me casé. Legalmente, usted comprende. Mi vida no ha sido... esto puede sonar como si yo me tuviese mucha lástima, pero una tiene que enfrentar los hechos... no ha sido afortunada en lo que se refiere al otro sexo. Sabe Dios cómo se llama. Cuando

yo era más joven me desesperaba con frecuencia. Con mucha frecuencia. Después que se iba casi cualquier hombre... otra vez la desesperación. Sin embargo yo no era fea, ni posesiva... Lo lamento, oficial, me doy cuenta de que estos buceos sentimentales tal vez no le interesan... no soy una persona muy inclinada a la introspección...

—Señora, no es cuestión de interés, es cuestión de desesperación. Vamos a morir si no salimos de la Tierra dentro de la próxima hora...

—Ah, ya lo sé, oficial, pero si de eso exactamente me estoy quejando. No crea que no me siento tan mal como usted. Como decía, nunca tuve suerte... ¿sabe a qué me refiero?... con los hombres. Le contaba aquí a mi amigo, que es tan comprensivo, que mi casa fue destruida parcialmente por el primer temblor de tierra, cuando nos dijeron por primera vez que podrían tener que evacuar el planeta. Y no soporté la idea de tener que dejar mi casita, y mi jardín, y el pueblo donde viví durante cuarenta años. Lloré, no me avergüenzo de decirlo, y no fui la única que lloró, se lo aseguro...

—Todos hemos llorado, señora, todos. En este planeta nacimos, y en este planeta moriremos si no nos damos prisa. Por última vez les digo ¡salgan!

El hombre fornido se había servido otra dosis de licor. Se acercó por el piso roto, llevando dos cervezas, la cara arrugada en una sonrisa.

—Tómense una rápida, los dos, antes de salir. Si no se perderá. No conviene quedarse junto a esa ventana rota, no es un sitio seguro. Vuelvan al bar.

—No queda ningún sitio seguro. En todas partes hay peligro. Por eso...

La anciana dijo: —Le contaba a este oficial cómo fue destruida parcialmente mi casa y...

—Será totalmente arrasada, lo mismo que todos los demás edificios de la Tierra, dentro de muy poco tiempo. Ahora les pido a los dos, por última vez... muy bien, tomaré esta cerveza, sólo ésta, muy bien... vean, estoy agotado, y sé que se le arruinó la casa, pero les pido a los dos...

—¿Sabe que se me arruinó la casa! —exclamó la anciana, furiosa—. ¿Qué le importa mi casa? No escucha lo que trato de decirle. Le hablé de ese primer temblor, cuando se cayó mi cómoda, de frente. Yo estaba en cama en ese momento...

El capitán, con evidente y fatigado sentido de irrealidad, sacó la pistola y retrocedió un paso para cubrirlos a ambos. En la otra mano apretaba el vaso de cerveza, consumido a medias.

—Basta. Silencio, los dos. Vayan al vehículo. En marcha. ¡Muévanse!

—Le diré que encara las cosas de un modo bastante raro —dijo el hombre fornido, meneando apenas la cabeza—. ¿Qué sentido tiene la violencia en un momento como éste? Mejor dicho, ¿qué sentido tiene en cualquier momento, pero especialmente en un momento como éste, cuando el mundo está a punto de desaparecer triturado?

La postura y los ademanes del hombre fornido mostraban una vitalidad que el capitán experimentó como una agresión a sus menudadas fuerzas. Se sorprendió di-

ciendo, en tono de disculpa: —No quiero violencia, sólo trato de cumplir con mi deber y...

—No es la primera vez que oímos esa frase —le dijo el hombre fornido a la anciana, pero en un tono tan jovial que ni siquiera pudo ofenderse el capitán—. ¡Sí, el deber! Tendría que enterarse de la historia de esta dama; es una anécdota tan simpática... en realidad, mucho más que una anécdota es... no encuentro la palabra.

—¿Una epopeya? —sugirió el capitán—. No queda tiempo para epopeyas.

—No es una epopeya, hombre... una estampa, ésa es la palabra, una verdadera estampa. Usted sabe que cuando se le cayó la cómoda esta dama estaba acostada, como nos ha contado...

—Eran las dos de la mañana... por supuesto yo estaba acostada —dijo la anciana, como si alguien hubiese hecho una insinuación indecorosa.

—Y esa cómoda había pertenecido a su madre.

Mientras hablaba, el hombre fornido los condujo a la barra, dando a la anciana la oportunidad de decirle al capitán, *sotto voce*:

—En realidad había pertenecido a la familia por varias generaciones. Era una pieza muy valiosa, que databa de mediados del siglo diecinueve.

El hombre fornido alzó un vaso colmado de licor y lo vació rápidamente, volvió a llenarlo al instante con la botella, de pie junto a la barra, las palmas de las manos apoyadas en el mostrador a los lados del vaso rebosante, y consiguió completar todas esas maniobras casi sin una pausa en la conversación.

—Entonces ella encendió la luz... que todavía funcionaba porque, como usted recordará, el primer temblor no fue grave... en realidad muchas personas, entre las que me incluyo, debo confesarlo, no alcanzaron a despertarse. La verdad es que yo acababa de acostarme, pues soy un poco trasnochador; para mí era temprano. Y esta dama se levantó a ver cuáles eran los daños en la cómoda y válgame Dios si no se le había abierto de arriba abajo por el lado de atrás, mostrando un cajón secreto. Ella supo alguna vez del cajón secreto, pero lo había olvidado; a todos nos ocurren esas cosas: olvidamos y recordamos de manera impredecible. ¿Ve las grietas en este cielo raro? Hablábamos de las grietas en el cielo raro de la Capilla Sixtina, pero notará usted que las grietas que vemos aquí forman líneas casi rectas. Cuando les contaba del cuadro de Miguel Ángel, descubrí estas grietas, y mientras hablaba vi que formaban un perfecto mapa de un sector de la ciudad en la que yo viví cuando era estudiante de ingeniería, lo que significa retroceder treinta años.

Al llegar a ese punto arrebató con la mano el vaso de licor y se bebió el contenido. La anciana aprovechó la oportunidad para decir con voz suave: —Y debía de hacer treinta años que no usaba ese cajón secreto. Puse algo en ese cajón hace treinta años y algún truco de la mente... como dice usted, no es fácil predecir qué se olvida y qué se recuerda, especialmente cuando uno llega a cierta edad... algún truco de la mente me hizo olvidar de todo el asunto hasta que se produjo el temblor. ¿Y qué cree usted que había puesto allí?

El capitán fue detrás de la barra y se sirvió otro vaso de cerveza.

—Lo explicaré de otra manera —dijo—. Si cuando termine esta cerveza no han salido, me pegaré un tiro.

Puso con solemnidad la pistola reglamentaria en el mostrador y llevó el vaso a los labios.

—¡Salud! Escondí un diario secreto en el cajón. Pueden estar seguros de que no era una mojoneta, ni siquiera en esa época. Estaba fechado a fines de la década del treinta...

La anciana hizo una pausa para sollozar.

—No se lamente —dijo el hombre fornido, entregándole otro vaso de cerveza—. Yo solía llevar un diario, durante años, y de mucho me sirvió. Un día le dije a mi hermano: "Mira todas estas viejas y tristes..." Ah, esperen, sí... eso es, ¡otro ejemplo de cuán impredecible es la memoria! Creo que tengo en el bolsillo una agenda que contiene un mapa... sí, ¡aquí está!

Sacó una pequeña agenda y empezó a pasar las hojas.

—Casi he terminado esta cerveza... —advirtió el capitán.

—Déjeme servirle otra —dijo la anciana, caminando hasta donde estaba él, detrás del mostrador—, porque me gustaría contarle esta historia tan romántica antes de que se vaya.

—Digo yo, ¿no es agradable? —exclamó el hombre fornido, abriendo la agenda con una mano pesada y alzando la vista mientras sonreía—. Cuesta creer que esto es el fin del mundo, ¿verdad? No me veo una persona feliz en ningún otro mundo... quiero decir,

verdaderamente feliz. Pero bueno, aquí está el mapa. Pensé que lo encontraría. Tendré que buscar los anteojos para leer... —Empezó a registrar los bolsillos y entonces, al ver la copa coronada por un menisco de licor, la levantó, pero detuvo la mano a medio camino de los labios. Se oprimió los labios con los dedos de la otra mano y volvió a poner la copa en el mostrador.— Saben, me parece que los voy a acompañar con un vaso de cerveza —dijo, asombrado de su propio antojo.

—En seguida —dijo la anciana—. Le diré que me parece que tiene usted razón. Éste es un sitio agradable. Hacía años que no me quedaba despierta hasta tan tarde... bueno, desde que estuve en Norfolk, en la casa de mi prima Beth, en el mes de mayo... y no me siento nada cansada. Usted no tendrá un cigarrillo, ¿verdad?

—Hay algunos paquetes en este estante —dijo el capitán, tendiendo la mano hacia ellos—. Acabo de verlos. ¡Fumemos todos! Se supone que no debo fumar mientras estoy de servicio pero, después de todo, éstas son circunstancias bastante especiales...

Todos rieron, repentinamente felices, mientras encendían los cigarrillos, los chupaban, levantaban los vasos de cerveza, acercándose instintivamente a la cálida luz de la lámpara de aceite. Afuera silbaba el viento. De algún sitio, cerca, llegó el estruendo de un edificio que se derrumbaba bajo el peso del cielo.

—Momentos como éste son los que hacen la vida, ¿no les parece? —dijo el hombre fornido—. Tenemos que admitir que no abundan.

Pobre vieja Tierra, zechará de menos a la humanidad, aunque sólo sea un poco?

—Claro que no —dijo el capitán, tomando un largo trago—. La humanidad no ha sido más que una especie de parásito en la superficie de la Tierra, despojándola, violándole el bello rostro. Esos estúpidos experimentos gravitatorios en la Luna... nos han llevado a esta situación miserable, pero no hacemos más que dejar un mundo que hemos arruinado constantemente, siglo tras siglo...

—Oh, me parece que no estoy de acuerdo con usted, no —dijo la anciana, chupando el cigarrillo—. Tengo un bonito jardín en mi piso... ojalá pudiesen verlo... se arruinará, desde luego, cuando caiga la Luna... aunque las rosas son muy resistentes... tengo unas rosas Reina Isabel que son una belleza, y pienso si no sobrevivirán. Y justo enfrente está el parque...

—Totalmente de acuerdo —dijo el hombre fornido. Palméo el brazo de la anciana—. Creo que mejoramos el lugar. No era más que una selva hasta que la humanidad se puso en acción. Me encantan las ciudades, los teatros, la música... las piscinas, naturalmente, pero eso es obvio... y estos bares pequeños y cómodos donde uno puede juntarse con espíritus afines y conversar. Por ejemplo, esta vieja y querida ciudad... bueno, aquí hay un mapa, en escala muy pequeña, pero déjenme mostrarles cómo las carreteras adoptan la exacta configuración de las grietas que tenemos sobre nuestras cabezas... No es una agenda muy buena.

—Yo hablaba de mi viejo diario

—dijo la anciana—. En realidad lo encontré hasta la mañana siguiente al temblor, y allí estaba, exactamente donde lo había dejado treinta años antes. Y lo abrí, y en la última página, después de diciembre 31, imagínese, no había más diciembre 31... cuesta imaginarlo, ¿verdad?

—Ese es un día del que puedo prescindir —dijo el capitán, y soltó una carcajada.

—Ah, ¡pero es la víspera del día de Año Nuevo —dijo el hombre fornido—, cuando todo el mundo se divierte! Créanme, he visto cada día de Año Nuevo...

—Lo que yo había escrito donde tendría que estar el día de Año Nuevo era una frase corta y más bien triste. Espero que no se ría cuando se la diga, oficial.

—Jim —dijo el capitán—. Mis amigos me llaman Jim.

—Jim, entonces. —La anciana agitó los párpados, y llevó el vaso hacia el oficial antes de beber—. No se ría... Yo tenía treinta y ocho años cuando lo escribí... puse "Mi larga búsqueda de amor... ahora sé que nunca tendrá éxito..." —La anciana comenzó a sollozar.

Tanto el hombre fornido como el capitán la rodearon con el brazo. —No llore, querida —dijeron—. Tómese otro trago.

—Mientras has vida hay esperanza —dijo el capitán.

—Todos sufrimos desilusiones —dijo el hombre fornido—. Hay que reírse de ellas... Sé que cuando yo tenía veinticinco años me sentía dispuesto a tirarme en ese canal... no, estoy equivocado, no era ese canal. Era... bueno, miren, desde el borde del canal que termina en el Muelle de Pescadores, donde de-

semboca la calle del Puente Kayle. Dejen que les muestre en el mapa, o pueden fijarse en estas grietas del cielo raso. ¿Ven? Aquí termina el canal, en el Muelle de Pescadores, junto a la vieja capilla, y la calle del Puente Kayle sale en este punto, y en esta esquina acostumbra estar un viejo con un puesto de venta de salchichas, un año sí, un año no...

—Ahora llore —dijo la anciana, riendo—. Y lloré cuando leí lo que había escrito en el diario, y recuerdo que lloré cuando tenía treinta y ocho años y escribí las palabras, pero una semana más tarde... bueno, para ese entonces había escondido el diario... ¿cómo se llamaba? Recordé el nombre hace menos de una semana...

—El viejo de las salchichas estaba en el otro extremo de la calle del Puente Kayle, donde quedaba entonces la estación de trenes —dijo el capitán—. Tenía un enorme bigote de morsa. En la esquina de la que usted habla había...

Lo hizo callar un estruendo brutal. Parte del cielo raso, incluídas las interesantes grietas, se desprendió, rociándolos con una lluvia de partículas que cayeron en las cervezas. El edificio de al lado se derrumbó. Por la ventana abierta entró una nube de polvo y cascajos.

—¡El vehículo! —gritó el capitán, horrorizado. Puso el vaso en el mostrador, libró la otra mano de las garras de la anciana y se tambaleó hasta la puerta. Afuera, el vSN había casi desaparecido bajo los escombros que todavía se deslizaban y rebotaban atravesando la calle, hasta el hirviente canal.

—¡Vengan a ver esto! —gritó. Fueron hasta donde estaba él, en la puerta.

—Tendremos que caminar hasta el Campo Reijkskeller —dijo el capitán. Miró el reloj de pulsera—. Conviene que salgamos.

—Llueve. No voy a salir a eso —dijo la anciana—. ¿Qué hora es? —Miren esa cosa horrible en el cielo. Lo hace estremecerse a uno —dijo el hombre fornido—. ¿Qué probabilidades hay de que no toque la Tierra y se pierda en el espacio?

—Ninguna, absolutamente ninguna —dijo el capitán—. Iré a buscar la pistola, y más vale que nos vayamos, con lluvia o sin lluvia. Nos espera el último trabsordador. Cuando oigamos la sirena tendremos cinco minutos, y entonces partirán, y nos quedaremos sólo aquí en la Tierra. Más vale darse prisa.

Regresó murmurando a la barra. El hombre fornido lo acompañó, cepillándose polvo blanco del traje. —Supongo que tiene razón. Tomemos un último trago. El del estribo. Pero sabe que está usted equivocado con lo del puesto de salchichas. Yo era tan pobre en mis épocas de estudiante que vivía de salchichas, de manera que fui a ese puesto casi todas las noches durante dos años o más, así que no puedo equivocarme, y recuerdo...

—Me tocó patrullar toda la zona del muelle cuando ingresé en la fuerza, así que no puedo equivocarme. El canal terminaba... eh, ¿dónde está mi pistola? La dejé en la barra.

—Tal vez se cayó por detrás. Mire detrás.

—No la tiene usted, ¿verdad?

—Odio las armas. Peleas con puños, no con pistolas. Usted no fue

habría pegado un tiro, ¿verdad?

—Mire, aquí no la veo. ¿Está seguro de que no la agarró? Podrían meterlo en la cárcel por eso, se lo advierto. Dios mío, qué cansado me siento.

—Ya le dije que no he tocado su pistola. Las últimas personas en la Tierra ¡y usted piensa que yo me robaría su pistola!

—No discutan, si lo estamos pasando muy bien —dijo la anciana, con voz alegre, metiéndose detrás de la barra y sacando tres vasos nuevos—. Siempre tuve la fantasía de ser cantinera. ¿Qué toman, caballeros?

—Eso mismo, cariño —dijo el hombre fornido, frotándose las manos con deleite—. Usted es una mujer que me gusta. Ojalá me hubiera topado con usted hace treinta años, eso es todo lo que puedo decir. Tomaré otra cerveza, y mientras me la sirve quizá me tome una copa de licor. Saca el frío.

—¿Puedo probar eso? —preguntó el capitán.

—Sírvese usted mismo. —El hombre fornido empujó hacia el capitán la botella de licor. — Invita la casa.

—¡A sus bonitos ojos azules! —dijo el capitán, alzando la bebida con manos temblorosas.

—Son muy simpáticos los dos —dijo la anciana, mientras alzaba su propio vaso—, y brindo por la Tierra, ¡el mejor planeta de todo el universo!

Bebieron los tres. A lo lejos lloró una sirena.

Se miraron guiñando un ojo. —Queda tiempo para uno más —dijo el capitán.

—El también se llamaba Jim —dijo la anciana—, y me topé con él de un modo realmente gracioso.

Mientras ella encendía otro cigarrillo y pasaba el paquete, el hombre fornido dijo: —Iremos a inspeccionar el Muelle de Pescadores por la mañana y verán que tengo razón. Recuerdo con toda precisión las figuras del empedrado. Pero, como les decía, Miguel Ángel...

La voz de la sirena se apagó. Afuera se levantó un viento nuevo, más insistente.

—Ya sé —dijo el capitán—, vayamos con las bebidas a la trastienda. Tiene que haber una trastienda, donde estaremos más cómodos. Traigan la lámpara.

—Buena idea, Jim —dijo el hombre fornido—. No hay nada como esas pequeñas trastiendas. Sé que en una época...

Quizá con el tiempo la gente aprenda a descargar más agresiones con cámaras y menos con armas, y el precio será un mundo aún más asfixiado por imágenes. Una situación donde la gente está cambiando balas por película es el safari fotográfico que está reemplazando los safaris armados en África oriental. Los cazadores empuñan Hasselblads en vez de Winchesters; en vez de mirar por la mirilla telescópica para apuntar un rifle, miran a través de un visor para encuadrar la imagen. En la Londres finisecular, Samuel Butler se quejaba de que "hay un fotógrafo detrás de cada arbusto, merodeando como un león rugiente en busca de una víctima". El fotógrafo ataca ahora a bestias reales, cercadas y demasiado escasas para matarlas. Las armas se han metamorfoseado en cámaras en esta solemne comedia, el safari ecológico, porque la naturaleza ya no es lo que siempre había sido, algo de lo cual la gente necesitaba protegerse. Ahora la naturaleza —domesticada, amenazada, frágil— necesita ser protegida de la gente. Cuando sentimos miedo, disparamos un arma. Pero cuando sentimos nostalgia, sacamos fotografías.

(Sobre la fotografía,

© 1980, Editorial Sudamericana.)

Título del original en inglés: *Last Orders*. Del libro del mismo título.

© Southmoor Serendipity Ltd. 1977. Traducción de Marcial Souto.



PABLO CAPANNA

UN HOMBRE DEL RENACIMIENTO: GREGORY BATESON

*Un retrato de un pensador
y hombre de ciencia
que influyó decisivamente
en casi todas las zonas
de la cultura.*

Ilustración de Carlos Nine

Hoy que la división del trabajo industrial ha llegado hasta los ámbitos académicos, llevando al paroxismo la especialización, una figura como la de Gregory Bateson suele provocar grandes perplejidades entre quienes, alertados por el creciente interés que está despertando su pensamiento, intentan encerrarlo en algún compartimiento de la ciencia o de la filosofía. En cierto modo, es la misma reacción que hace unas décadas había producido un Teilhard de Chardin.

Es probable que figuras como éstas sólo admitan comparación con algunos pensadores del Renacimiento italiano, como Pico o

Bruno. Como ellos, tocan todos los temas, y si bien su estilo no se caracteriza por la claridad, no puede negarse que sus escritos están llenos de nuevas ideas: un rasgo más que asemeja a nuestro tiempo con las turbulencias que dieron origen a la Modernidad.

Hay quienes sólo recuerdan a Bateson como el esposo de Margaret Mead; para los más informados, es un biólogo, un antropólogo, un psicólogo conductista, un psicoterapeuta de avanzada, un epistemólogo o un pensador ecologista. Bateson fue todo eso y mucho más: tratar de seguir la evolución de su pensamiento es toda una aventura intelectual.

Nuestro hombre comenzó su carrera como biólogo. Este destino casi podemos decir que lo llevaba en los cromosomas, pues su padre, William Bateson, había sido uno de los primeros genetistas: su "regla de Bateson" aún conserva cierta validez en teratología, el campo de las deformaciones congénitas. Él fue quien quiso que lo llamaran Gregory, en homenaje a Gregor Mendel, el padre de la genética.

"Cuando nació... su padre abrió huecos para medir la distribución de sexos. La casa donde vivían estaba rodeada de campos que se plantaban para estudiar las leyes de Mendel. Tenía la formación de un naturalista que observa la realidad circundante en lugar de obligar a la naturaleza en un laboratorio a proporcionar respuestas limitadas a preguntas limitadas."

Gregory Bateson estudió pues biología en Cambridge; su primer trabajo publicado (1926) fue de carácter biológico, y versó sobre una especie jamás antes estudiada en Inglaterra.

Sin embargo, pronto descubrió que jamás habría de sentirse cómodo dentro de los límites de una sola disciplina, y emprendió un largo revoloteo en torno del árbol de la Ciencia, que habría de llevarlo muy arriba, quizás para satisfacer una tendencia especulativa que también tenía raíces "hereditarias"; no en vano su abuelo William H. Bateson había sido un teólogo del St. John College.

¹ Margaret Mead, *Experiencias personales y científicas de una antropóloga* (traducción de Claudia F. Seibert de Yujnovsky). Paidós, Buenos Aires, 1976; págs. 211-212.

Comenzaba la década del '30, que entre otras cosas conocería el auge del "trabajo de campo" antropológico; los últimos pueblos arcaicos estaban desapareciendo, y era preciso ir a estudiarlos antes de que fueran asimilados. La antropología estaba en su crisis fundacional. En Estados Unidos, Franz Boas repartía los campos de investigación entre sus alumnos como lo hubiera hecho un monarca español con sus adelantados: para unos, los omahas y los navajos; para otros, los samoanos y los balineses...

En Cambridge, también Bateson cayó bajo la influencia del antropólogo A. C. Haddon, quien tenía grandes planes para él; Haddon lo convenció de que se fuese a Nueva Guinea, a estudiar los pueblos de la cuenca del río Sepik.

En su primer viaje (1927), Bateson no pudo alcanzar ese objetivo, pues un funcionario colonial lo derivó hacia el pueblo Baining. Allí, aparte de contraer una úlcera tropical, escribió un artículo sobre danzas rituales; fue un trabajo que Margaret Mead, sin conocer aún a su autor, juzgó irrelevante.²

Al fin pudo instalarse en la zona del Sepik y dedicarse al estudio de la cultura iatmul. Margaret Mead y su segundo esposo, Reo Fortune, lo encontraron en la aldea de Kanakanam, viviendo en una cabaña construida en torno a un árbol, con un agujero en el techo "para que pudiera entrar y salir el gato de Gregory". Se quedaron allí casi un año.

Margaret Mead ya había publicado sus clásicos estudios sobre Sa-

² Margaret Mead, op. cit.; pág. 190.

moa, y de sus discusiones de entonces con Bateson habría de surgir *Sexo y temperamento*, una de sus obras más importantes. Bateson, por su parte, escribió *Naven* (1936), estudio de un ritual de inversión de los roles sexuales entre los iatmul, que también pasó a ser un clásico. Juntos, conocieron a los tchambuli, los dobu, los mondugumor y otras culturas cuyos nombres hoy son familiares para cualquier estudiante de ciencias humanas. También inauguraron un nuevo estilo de cine documental, y produjeron valiosos repertorios fotográficos.

Al finalizar ese período, en 1935, Margaret Mead se divorció de Fortune y se casó con Bateson. Juntos se trasladaron a Bali, cuya cultura dio motivo a Gregory para revisar sus hipótesis. Sin embargo, al comenzar la Segunda Guerra Mundial, Bateson abandonó la antropología y ya no volvió a hacer trabajo de campo.

En 1939, Margaret, que hasta entonces había sido considerada estéril, tuvo una niña de Gregory, a la que llamaron Mary Catherine. Los Bateson hicieron de su educación un verdadero proyecto de investigación, asesorados por la autoridad pediátrica de entonces, el doctor Benjamin Spock.

La niña despertó en Bateson un renovado interés por estudiar los mecanismos del pensamiento en su estado ingenuo. Comenzó entonces a escribir sus "métálogos", costumbre que habría de conservar durante toda su vida. A través de estos diálogos socráticos con su hija, Bateson buscaba la posibilidad de reconstruir el proceso de conceptualización y las categorías

primarias del pensamiento, en una tarea que parecía unir a Piaget con Wittgenstein. Los llamó "métálogos", por entender que se trataba de "diálogos cuya estructura misma es pertinente al tema", de modo que el carácter recurrente de la argumentación arroja cierta luz sobre la estructura de lo real y del pensamiento.

Más tarde, Bateson comenzó a interesarse por la psicología y, partiendo de la teoría conductista del aprendizaje, produjo nuevas conjeturas, algunas de las cuales ("enseñar a aprender") ya han pasado al lenguaje corriente de los educadores. Entre 1949 y 1962 trabajó en el Hospital de Palo Alto (California) con enfermos mentales; allí concibió su teoría de la esquizofrenia conocida como "doble vínculo", que aún goza de sólido prestigio, si bien confesaba no haber sido de gran ayuda para sus pacientes.

En esta época, hacia los años '50, conoció a su segunda esposa, Lois, de la cual luego tendría dos hijos, Nora y John.

También la psicoterapia lo dejó insatisfecho al poco tiempo; volvió a interesarse en la biología, e incursión en el campo de la etología, estudiando la conducta de las nutrias, observando el comportamiento de los pulpos, y trabajando con delfines y otros cetáceos desde el momento en que se relacionó con John Lilly, pionero en este último tema.

La penúltima etapa de la actividad de Bateson estuvo vinculada con el célebre Instituto Esalen, de Big Sur (California): uno de los centros de investigación más caros que han aparecido en las últimas décadas, extravagante y estimulante

te a la vez. Allí, la charlatanería se codea con las técnicas más originales y renovadoras de las ciencias humanas, en ese multicolor conglomerado al cual se denomina "psicología humanista".

En esa época Bateson solía dirigir cursos muy poco convencionales, donde exigía que los participantes comenzaran definiendo conceptos tales como "entropía", "sacramento" y "juego", para obligarlos a quitarse de encima la coraza de sus terminologías técnicas y adentrarse en una visión totalizadora ("holística") de las ciencias humanas.

Una clase típica se iniciaba cuando Bateson ponía sobre la mesa un crustáceo recién hervido y pedía a los cursantes que determinarían si ese objeto era o no orgánico, y por qué. En realidad, la pregunta no era tan extraña, si recordamos que con un tópico similar se abre uno de los libros más importantes de filosofía natural contemporáneos, *El azar y la necesidad*, del premio Nobel Jacques Monod. Lo que se proponía Bateson era producir una especie de saneamiento mental, obligando a distinguir los "datos", de los "conceptos heurísticos" y las leyes propiamente dichas.

Este tipo de planteos llevó a Bateson a interesarse por una disciplina tan totalizadora como es la ecología; ésta ofrecía una perspectiva lo suficientemente amplia como para recapitular todas las etapas de su pensamiento y todos los temas que alguna vez le habían interesado, profundizando a la vez en la reflexión sobre los problemas contemporáneos. Este interés por la ecología habría de asegurarle cierta fama extracadémica

en ambientes juveniles, revistas "subterráneas" y otras áreas marginales.

La muerte de Bateson, ocurrida el 4 de julio de 1980, le puso a su vida un final coherente con todo su pensamiento. Bateson quiso dar un testimonio, luchando por una "buena muerte", y lo logró. Murió fuera de las salas de terapia intensiva, sin recursos artificiales que prolongaran un estado vegetativo más allá de lo conveniente, acompañado por sus amigos y familiares, como para testimoniar la unidad de lo físico y lo espiritual y rechazar las muchas deshumanizaciones a que nos somete la medicina industrializada. El ritual improvisado y vagamente religioso que acompañó sus últimos días se celebró en un templo Zen (pese a que Bateson no era budista) y adoptó un cierto estilo "californiano". Sin embargo, pese a ciertas extravagancias, alguien que es capaz de morir como entendía que había que vivir merece sin duda respeto, y vale la pena leer el relato de esos seis días.³

Margaret Mead, quien conoció a Bateson cuando éste tenía apenas unos treinta años, y por cierto no compartía sus inquietudes filosóficas, no puede dejar de señalar, en sus Memorias, la peculiaridad de su estilo de pensamiento: "En su discusión de los problemas, transita fácilmente de una ciencia a otra, eligiendo analogías con la física y la geología."⁴

³ Mary Catherine Bateson, "Seis días con la muerte", revista *Mutantia* n° 11, Buenos Aires, agosto 1982.

⁴ Margaret Mead, op. cit., pág. 196.

En sus últimos años, junto con el interés por las avanzadas de las ciencias del hombre y la ecología, Bateson había desarrollado un pensamiento epistemológico que contiene muchos elementos de una metafísica; allí habrá que buscar su legado, pues siempre quiso ser un hombre de teoría más que un mero clasificador de hechos.

La cibernética de la cultura

El trabajo que Bateson realizó en Nueva Guinea sobre la cultura iatmul trasciende el mero campo de la antropología para proyectarse hacia planteos más amplios: perfila ya el estilo "interdisciplinario" que el autor cultivaría toda su vida, moviéndose entre las ciencias con la mayor de las libertades.

Por entonces Bateson, que procedía de una tradición europea con cierta amplitud filosófica, no se conformaba con el funcionalismo ni con las subdivisiones convencionales en el estudio de la cultura. Pensaba que las categorías ("religioso", "económico", etc.) eran simples abstracciones y no compartimientos estancos de la realidad. En un trabajo posterior ("Moral y carácter nacional") intentó emplear polaridades (por ejemplo, dominio-sumisión) para evadir los esquemas demasiado estrictos. A diferencia de Margaret Mead, quien desde los tiempos de Samoa se manejaba con esquemas freudianos, Bateson desconfiaba de la teoría psicoanalítica, en la cual veía un ejemplo de la falacia de la "concretez fuera de lugar", usando un concepto de Whitehead.⁵

⁵ Gregory Bateson, *Pasos hacia una eco-*

En ese tiempo, lo que le interesaba era desentrañar, detrás de las estructuras específicas, el estilo esencial de una cultura, su "forma"; para designarlo, propuso entonces el término "ethos", que hizo cierta carrera entre los antropólogos. Este "ethos" o carácter cultural formaba parte, en definitiva, de una búsqueda más amplia, la del *eidos*, definido como "el andamiaje de la naturaleza" (PEM, pág. 100). El término, y el concepto, son platónicos; en Platón, *eidos* es la idea o modelo inmutable de la realidad cambiante.

Bateson habría de volver a menudo sobre esto; en sus últimas obras lo denominaría "la pautta que conecta", el vínculo estructural e ideal que rige tanto las formas naturales como las espirituales. En la misma época, propuso añadir a las viejas nociones biológicas de homología y analogía el concepto de "homonomía", tomado del viejo Haeckel, pero no tuvo éxito (PEM, pág. 106). Más tarde insistiría con la "abducción", un término de Peirce, definido como un razonamiento que permite resumir el caso concreto en una forma general. Casi diríamos que es la dialéctica ascendente de Platón; y éste no será el único componente platónico que encontraremos en Bateson.

De todos modos, la formación científico-natural, la preocupación epistemológica y cierto estilo de pensamiento creativo, hacían que Bateson no encarrara el estudio de la cultura iatmul como un simple

gía de la mente (en adelante citado como PEM); traducción de Ramón Alcalde; Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1976; págs. 108-111.

relevamiento de datos, sino como una pista en el camino de generalizaciones más amplias. De allí que, cuando hable del sistema social no jerárquico de los iatmul, donde abundan las sanciones "colaterales" entre clanes, no pueda menos que compararla con la simetría radial de las medusas (PEM, pág. 102).

El producto de todo este estudio de la cultura iatmul no habría pues de ser un prolijo inventario de datos, clasificado bajo categorías funcionalistas, sino la introducción de un concepto.

Se trata de la *cismogénesis*. Para Bateson significa la capacidad que tienen algunas culturas de alentar los conflictos y divisiones (cismas) en su seno. La cultura iatmul, por ejemplo, es tan altamente cismogénica como la nuestra. En cambio, cuando más tarde Bateson estudió la sociedad balinesa, no halló nada mejor que introducir el concepto opuesto ("zigogénesis") para caracterizar un estilo cultural que tiende al equilibrio y la estabilidad.

¿Cuál es el andamiaje teórico en el cual se apoya Bateson para formular este planteo? Para un antropólogo bien formado, éste sería un tanto escandaloso, pues el autor reconoce como fuentes "la ingeniería de las comunicaciones, la Teoría de los Juegos de von Neumann y las ecuaciones de Richardson sobre la carrera armamentista".

En la ingeniería de las comunicaciones se hablaba de circuitos regenerativos (o viciosos) y degenerativos (o autocorrectivos). Un circuito degenerativo, por ejemplo un termostato, es aquél que contiene por lo menos un eslabón donde a un aumento de N sucede una disminución de M, con lo cual el siste-

ma alcanza un límite y permanece regulado. En el circuito regenerativo, a cada incremento de uno le corresponde un incremento del otro, y así al infinito. Siguiendo este esquema, entre los iatmules la emulación y la competencia generan interminables conflictos; tanto la cultura iatmul como la civilización occidental son cismogénicas.

Si comparamos estos conceptos de hace cuarenta y cinco años con los circuitos de la producción y el consumo, la potencia destructiva de las armas y el equilibrio del terror, la industrialización y la contaminación, tendremos una idea del alcance que tiene esta concepción, originalmente formulada sólo para comparar el estilo de vida de unos aldeanos de Nueva Guinea con el de la sociedad de Bali.

La informática de la personalidad

La segunda etapa de la evolución del pensamiento de Bateson recuerda un proceso análogo seguido por Piaget quien, como es sabido, desde sus comienzos se interesó por la epistemología, pero se vio obligado a realizar un largo excurso por la psicología evolutiva, simplemente para constituir una ciencia "auxiliar" que aún no existía.

Bateson también cumplió una prolongada incursión en las ciencias del comportamiento, primero en busca de una teoría general del aprendizaje y luego proponiendo hipótesis para el tratamiento de la esquizofrenia; en ambos campos hizo aportes decisivos, si bien para su evolución intelectual fueron solamente etapas.

Uno de sus trabajos más sólidos de esta época gira en torno de una teoría general del aprendizaje "en las computadoras, las ratas y los hombres". Este subtítulo es necesario si se entiende que, tratándose de procesos análogos, la división del trabajo profesional no invitaba precisamente a rastrear la "pauta que conecta": los psicólogos conductistas se dedicaban a las ratas (a menudo extrapolando abusivamente sus resultados al hombre); los pedagogos y psicólogos educativos se limitaban al aprendizaje escolar, y las computadoras estaban en manos de los ingenieros.

Por influencia de Jürgen Ruesch, con quien trabajó, Bateson se interesó muy temprano en el concepto de la "realimentación" (*feedback*), e intentó tender un puente entre la cibernética, la educación y la psiquiatría. Estableció una jerarquía de niveles de aprendizaje, donde la mera recepción de información constituye el nivel cero. En el nivel uno se sitúa el condicionamiento de los perros de Pavlov; aquí el aprendizaje consiste en discriminar respuestas alternativas a un determinado estímulo. Pero para Bateson no se trata de una respuesta mecánica, sino que junto con el estímulo se apprehende el *contexto* del aprendizaje (situación, laboratorio, aula, etcétera) y a la vez el contexto general en el cual se inserta este contexto experimental.

El segundo nivel (deuteroaprendizaje) consiste en "aprender a aprender"; ya no se trata de discriminar alternativas sino *conjuntos* enteros de alternativas; ya no es reaccionar a los estímulos (necesidades, recompensas, castigos, etcéte-

ra), sino distinguir contextos enteros de aprendizaje.

Hasta aquí llegan los manuales corrientes de psicología conductista, que raramente citan a Bateson; aquí comienzan a demorarse con los misterios del "refuerzo" en el aprendizaje, una dificultad que se disiparía introduciendo el criterio contextual.

Sin embargo, Bateson, que parte de un riguroso esquema conductista (impregnado de mecanicismo desde Watson) va mucho más lejos. Así como el deuteroaprendizaje es un cambio dentro de los hábitos del aprendizaje primario, postula un *tercer* nivel, el cual sería un cambio en el deuteroaprendizaje, donde se trata de cambiar sistemas, no ya de alternativas sino de *conjuntos* de alternativas. A título indicativo señala que este fenómeno se puede producir en la psicoterapia, en la conversión religiosa y otros estados de cambio profundo de la personalidad; quizá estuviese pensando en algo similar al *satori* del budismo Zen.

Aun sería posible concebir un cuarto nivel, pero Bateson considera que en nuestro planeta no existen organismos que lo alcancen.

Estas herramientas teóricas habrían de servirle luego para aplicarlas a sus estudios sobre la comunicación con los cetáceos y los "lenguajes" animales. Una vez más, la comparación y la analogía sirven como principio heurístico para introducir una nueva diferenciación entre el hombre y el animal. Bateson observa que el "discurso" de los mamíferos no se compone de gritos, mugidos o ladridos supuestamente equivalentes a "palabras", sino que ellos,

junto con los demás gestos, sólo son inteligibles en su contexto; se trata de un mensaje global en el nivel del primer tipo de aprendizaje.

En la mímica, tanto el hombre como el animal utilizan un lenguaje analógico, pero la diferencia esencial es que el hombre es capaz de un lenguaje *digital* (PEM, pág. 394), capaz de fijar contextos precisos de alternativas, tanto más precisos cuanto más complejo es el simbolismo que emplea. En un ejemplo muy gráfico, afirma Bateson que cuando el gato se acerca maullando a la heladera no está diciendo "quiero leche", sino emitiendo un mensaje global que nos recuerda que depende de nosotros. El hombre, en cambio, puede expresar "digitalmente" qué quiere y cómo lo quiere, aunque no siempre tenga la claridad mental suficiente para saber qué quiere realmente.

La teoría batesoniana de la esquizofrenia es casi un corolario de sus estudios sobre el aprendizaje. Siguiendo con su preocupación por el contexto, nuestro autor fue el iniciador de la psicoterapia familiar, al entender que el enfermo mental es producto de la interacción familiar o grupal: la disgregación de su personalidad proviene precisamente de vivir en un sistema de agudas contradicciones, hasta perder la capacidad que tiene el yo de "discriminar modos comunicacionales".

Imagínemos una madre ambivalente que dice "hijito querido" mientras su rigidez indica rechazo, y tendremos un doble mensaje: digital (las palabras de afecto) y analógico (el gesto, que indica lo contrario). Quien se ve sometido a

este tipo de contradicciones (por ejemplo, entre lo permitido y lo prohibido) genera un "doble vínculo"; es un conflicto entre un mandato primario negativo y uno secundario opuesto al primero, que provoca una fragmentación de su "yo". La personalidad funciona aquí —dirá Bateson— como un sistema autocorrectivo que ha perdido su regulador. Vemos pues que la esquizofrenia es a la personalidad lo que la cosmogénesis es a la cultura.

De la epistemología a la metafísica

La tercera etapa del pensamiento de Bateson apunta a constituir una teoría general del saber, a la que denomina "epistemología". En su concepción, no se trata simplemente de una teoría del saber científico sino de una reflexión sobre el conocimiento en general.

Bateson no creía que la ciencia avanzara en forma inductiva, acumulando simplemente nuevos conocimientos; tampoco creía que la capacidad de predecir hechos fuese el único criterio de cientificidad. Sostenía la unidad de las ciencias como supuesto fundamental, y pensaba que "el avance de una ciencia se puede juzgar por los cambios que obliga a efectuar en las ciencias vecinas" (PEM, pág. 273).

Intentó pues hallar los nexos que unían campos convencionalmente separados; a veces lo hizo con analogías audaces y poco convincentes, pero casi siempre sus planteos resultan incitantes.

Una de sus citas favoritas, que encontramos a cada paso en sus

obras, es la sentencia del conde Korzybski: "el mapa no es el territorio". Korzybski había experimentado esto en carne propia cuando se extravió con su batallón siendo oficial de la caballería polaca en la Primera Guerra Mundial. Esta desconfianza hacia los mapas y demás abstracciones que no agotan la realidad, la elevó luego a principio epistemológico en su obra *Ciencia y cordura*, que popularizó la lógica no aristotélica en los Estados Unidos.

Partiendo de esta fórmula como distinción básica entre abstracción y complejidad de lo real, Bateson la entronca con la Teoría de los Tipos Lógicos de Bertrand Russell y A. N. Whitehead. Considerada simplemente un capítulo de la lógica matemática, y encerrada en las dificultosas páginas de los *Principia Mathematica*, esta teoría no había sido aplicada antes a las ciencias de la conducta. Bateson lo hizo, con la convicción de que si estas ciencias seguían ignorando los *Principia Mathematica* estaban atrasadas en sesenta años (PEM, pág. 309).

Nuestro autor aplica la teoría de los Tipos Lógicos en su estudio del arte primitivo balinés y se apoya en ella para explicar el "doble vínculo" esquizofrénico. Sus inquietantes preguntas sobre la metáfora, el sacramento o el juego, que solían desconcertar a auditores de psiquiatras, artistas o tecnólogos, se explican si recordamos que para él "el juego, la fantasía, la metáfora, el sacramento, el humor, son señales de un tipo lógico superior al del mensaje que clasifican".

Bateson también recurre a la Teoría de los Juegos de von

Neumann, a partir de la cual se creó toda la investigación operativa: la aplica tanto al estudio de la cultura iatmul como al doble vínculo de la esquizofrenia.

Sin embargo, es en la cibernética donde encuentra el modelo más satisfactorio. Quizás algún día, cuando la ciencia haya evolucionado hacia otro paradigma y se haga historia a la manera de Kuhn, Bateson será recordado como uno de los introductores del modelo cibernético en las ciencias humanas.

Bateson pensaba que el primero en intuir el modelo cibernético había sido Wallace (PEM, pág. 459), quien en una famosa carta a Darwin comparaba el rol de la selección natural de las especies con el funcionamiento del regulador de Watt, recientemente incorporado a las máquinas de vapor. De todos modos, fueron las ecuaciones de Maxwell, destinadas a explicar el ciclo del regulador, las que introdujeron el tiempo en un esquema lógico de causalidad, y con él la cibernética.⁶

Según Bateson la lógica es un modelo ineficaz para expresar la relación causa-efecto; es necesario recurrir a otras analogías: los circuitos eléctricos, la sumación sináptica en las fibras nerviosas, una cita de Shakespeare o una demostración matemática poco convencional, digna de Gastón Bachelard...

Quizás la aplicación más sorprendente que Bateson encuentra para la cibernética (la cual,

⁶ Gregory Bateson, *Espíritu y naturaleza* (en adelante citado como EN); traducción de Leonardo Wolfson: Amorrortu, Buenos Aires, 1982, pág. 95.

después de todo, es la ciencia de los sistemas de control) sea en el estudio del alcoholismo (PEM, pág. 339). Estudiando los métodos de trabajo de Alcohólicos Anónimos, encuentra que su "teología" ("hay un Poder superior a uno mismo", "nadie puede ser capitán de su alma") es un reconocimiento de la interacción yo-comunidad-medio, como sistema cibernético complejo.

Pero aún hay otra analogía cibernética más extraña: es cuando Bateson evoca el tratado de Versalles como origen de todos los problemas que llevarían a la Segunda Guerra Mundial y lo explica como un cambio en la distorsión del "regulador" de los procesos históricos. La explicación es convincente, si se admite que Versalles fue un cambio cualitativo, aunque el lenguaje no dejará de sorprender a los historiadores.

Es evidente que cuando Bateson habla de *epistemología* no se refiere simplemente a la metodología científica; apunta a una *meta-ciencia* que entiende debe reunir las connotaciones de aquello que tradicionalmente se ha llamado *metafísica*: "La tesis platónica de este libro es que la epistemología es una metaciencia indivisible e integral cuya materia de estudio es el mundo de la evolución, el pensamiento, la adaptación, la embriología y la genética: la ciencia del espíritu (*mind*) en el sentido más amplio de la palabra" (EN, pág. 79).

Por medio de una serie de tesis provocativas, reunidas bajo el título de "Cualquier escolar sabe...", Bateson intenta ejercitar la mente de sus lectores para que aprendan

a distinguir las abstracciones de las realidades, a no confundir los mapas que traza la ciencia con el territorio de los hechos, el número con la cantidad, las secuencias lógicas con la causalidad. En especial, se preocupa por recordar que la ciencia no es acumulación de datos; es más, que no hay datos *en bruto*: los datos no son sucesos sino registros, descripciones, recuerdos o vivencias de hechos. Bateson vuelve a menudo sobre las experiencias ópticas de Ames, que muestran claramente hasta qué punto construimos la imagen de lo que vemos, según la perspectiva, el paralaje, etcétera. Lo mismo ocurre con las ciencias, que tienen una visión monocular de la realidad, y sólo mediante la comparación de sus tesis y sus resultados pueden exhibir una nueva visión, binocular o tridimensional. Su metodología será pues "la comparación doble o múltiple" (EN, pág. 79) que pretende superponer las imágenes de las distintas áreas de la ciencia; la biología con la geología, la psiquiatría con la informática, la genética con la psicología.

Por este camino es como descubre que el diseño de las rayas de las distintas razas de cebras es un sistema modulado de señales (PEM, pág. 261), que la norma que rige la reduplicación de miembros en los coleópteros, la "regla de Bateson" (padre), es un problema informático; o que los famosos estudios de D'Arcy Thompson sobre simetría demuestran que los distintos caparazones de crustáceos son también variaciones hechas a partir de un mismo módulo" (EN, pág. 152).

La realidad, física y espiritual, debe ser encarada como un vasto

sistema compuesto de subsistemas coherentes; Bateson piensa que lo real es racional, pero se propone demostrar que una misma racionalidad es la que opera en la evolución biológica y en los procesos lógicos de la mente.

Quizá sea por ello que se empeña en rescatar a figuras marginadas en la historia del pensamiento, como Lamarck, prematuramente relegado por los biólogos a causa de su "herencia de los caracteres adquiridos", cuando fue el primero en plantear la idea del proceso evolutivo (PEM, pág. 373); a Samuel Butler, el utopista que se atrevió a criticar a Darwin; a Blake, y quizás a Goethe.

Piensa que la visión materialista, que excluye lo ético y lo estético, ha sido dominante en la evolución de la ciencia occidental, pero junto a ella siempre ha estado presente la visión "mística" complementaria. Propone superar la polémica "mecanicismo vs. vitalismo" mediante una visión más unificada de la ciencia (PEM, pág. 293). Por otra parte, observa que esta preocupación es más antigua que la ciencia misma, y recuerda que el libro del Génesis no se ocupa tanto de explicar el origen de la materia como el origen del *orden*.

A partir de su "comparación" de los campos científicos, Bateson concluye que el cambio genético y el proceso de aprendizaje pueden ser considerados como procesos estocásticos. Un proceso estocástico (o estraético) es aquella secuencia donde la creatividad está representada por la inclusión de novedades, circunstancias aleatorias e imprevisibles, sobre las cuales se ejerce cierto control: el azar y la

necesidad, como diría Monod. La diferencia está en que hay ciertos procesos estocásticos convergentes (donde lo aleatorio tiende a disminuir) que en el límite resultan totalmente controlables. Tal es el caso de la lógica, que desemboca en la tautología ($A = A$) pero elimina la creatividad. Los procesos divergentes, como el de la vida, resultan en cambio menos controlables, pero son los creativos (EN, pág. 156).

Bateson no vacila en afirmar que la suya es una visión *platónica* (EN, pág. 4). En consecuencia no podía evitar (a pesar de su búsqueda de la unidad del saber) caer en la dicotomía, separando dos mundos distintos. Siguiendo un curioso libro de Jung (*Siete sermones a los muertos*), adopta la terminología de los antiguos gnósticos, y divide el mundo en dos partes: el *pleroma* (lo no viviente, las secuencias estocásticas convergentes, lo matematizable) y la *creatura* (lo viviente, que es divergente y sólo se entiende a partir de las diferencias) (PEM, pág. 486).

En uno de sus metálogos más densos y de más difícil comprensión, titulado "¿Y entonces, qué?", propone interpretar el mundo de lo viviente, la *creatura*, como una "tautología autocurativa", cuya tendencia hacia la estabilidad lógica la llevaría a asemejarse al *pleroma*, a la tautología lógica, si no fuera porque incorpora constantemente lo aleatorio y de algún modo se "cura" a sí misma (EN, pág. 184).

Desde estas alturas de abstracción, el pensamiento de Bateson vuelve a descender al mundo de hoy, para tratar de entender el porqué de la crisis que vivimos, y de-

semboca en una filosofía ecológica. No se trata de un mero conservacionismo o nostalgia romántica por la naturaleza, sino de un intento de comprender al hombre, su vida espiritual y sus proyectos comunales como parte de sistemas más vastos. El error de los darwinistas (incluyendo el darwinismo social) ha sido pensar que la unidad de supervivencia era la especie, cuando lo único que puede sobrevivir es la especie más el medio ambiente.

Una sabrosa parábola ecológica (PEM, pág. 465) le permite a Bateson evocar a unos Adán y Eva peculiares, que comienzan haciendo cosas semejantes a los chimpancés de Köhler y terminan destruyendo su entorno, y con él a sí mismos. Nuestra crisis ecológica aparece más adelante graficada en un elegante circuito cuya forma recuerda un trisquelión, símbolo tan antiguo como las runas: allí aparecen entrelazados en sus causalidades recíprocas tecnología, población e "hybris" (orgullo), simbolizando los errores de valoración del pensamiento occidental y los subproductos de este círculo vicioso: hambre, guerra y polución (PEM, pág. 523).

En efecto, según Bateson la evolución de las actitudes del hombre hacia la naturaleza ha seguido una pauta bastante lógica. Primero vino el totemismo (en el cual el hombre imitaba a la naturaleza), luego el animismo, por el cual proyectaba sobre ella sus modos de pensar, y por último el desenfreno tecnológico, que amenaza con su destrucción justamente cuando el hombre comienza a comprender la naturaleza de los sistemas en los cuales está in-

serto y puede empezar a respetarlos (PEM, pág. 517).

Científico por vocación, y hombre de inquietudes religiosas, no está conforme con la manera como se enseña la ciencia y como se practica la religión. Bateson llega a preguntarse: "¿Estará acaso la especie humana... modificando su ambiente con una contaminación en lento aumento y pudriendo su espíritu con una religión y una educación en lento deterioro?" (EN, pág. 87).

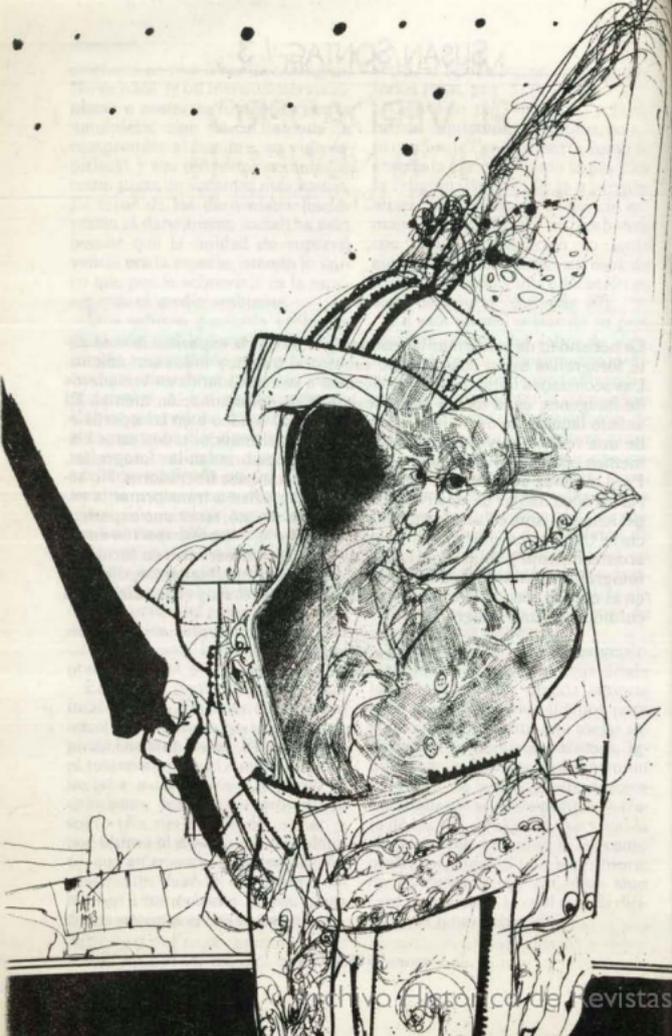
En este último avatar de su pensamiento se atan los cabos de algunas ideas que lo obsesionaron siempre: cuando era un joven antropólogo se preocupaba por la cismogénesis, la tendencia al desenfreno de los conflictos en una cultura arcaica, y en sus últimos años le preocupaban las guerras absurdas, como Vietnam, la falta de lucidez, la destrucción de la biosfera que nos sustenta, el deterioro de la calidad de vida, la falta de espiritualidad en nuestras motivaciones: de los desajustes de una cultura primitiva de Nueva Guinea a los desenfrenos de la civilización industrial.

Bateson quiso no sólo advertirnos de los peligros, algo que desde hace más de una década conocemos, sino ofrecer los medios para superarlos, mediante una mejor interacción de nuestros sistemas. Ignoro si su propuesta será el camino para salir de la crisis, pero merece ser analizada siquiera porque se trata de la obra de alguien que vivió la ciencia como vocación y no como profesión, alguien que supo morir no ya defendiendo sus ideas sino conforme a ellas, lo cual es más difícil. Casi tanto como vivir.

La necesidad de confirmar la realidad y enfatizar la experiencia mediante fotografías es un consumismo estético al que hoy todos son adictos. Las sociedades industriales transforman a sus ciudadanos en vaciadores de imágenes; es la forma más irresistible de contaminación mental. El anhelo lancinante de belleza, de un término al sondeo bajo la superficie, de una redención y celebración del cuerpo del mundo, todos estos elementos eróticos se afirman en el placer que nos brindan las fotografías. Pero también se expresan otros sentimientos menos liberadores. No sería erróneo hablar de una *compulsión* a fotografiar: a transformar la experiencia misma en una forma de visión. Por último, tener una experiencia se transforma en algo idéntico a fotografiarla, y la participación en un acontecimiento público equivale cada vez más a observarlo en forma de fotografía. El más lógico de los estetas del siglo XIX, Mallarmé, dijo que en el mundo todo existe para culminar en un libro. Hoy todo existe para culminar en una fotografía.

(Sobre la fotografía,

© 1980, Editorial Sudamericana.)



MICHAEL MOORCOCK

EL VERDADERO SEÑOR NEWMAN

AVENTURAS DEL ASTRONAUTA MUERTO

*Un viaje a través del
mundo real, que sólo ve
la mente interior.*

Ilustración de Fabi

1

La niebla de Londres se disipaba. En el parque de Charing Cross los esqueletos negros de los árboles se hicieron visibles y Newman pudo distinguir los edificios sombríos detrás de ellos. Cuando se dispersó la niebla él se levantó del banco, lamentando el cambio de tiempo.

Aparentemente era la única persona en las cercanías.

Londres aún estaba en silencio cuando él dirigió su cuerpo enorme, enfundado en el grueso sobretodo habano, hacia el Embankment, atravesó las puertas del parque y salió a la calle principal. Echó a correr, viendo el autobús detenido y preguntándose por un

instante por qué los pasajeros estaban tan quietos. Se asomó por el parapeto del Embankment para mirar el río.

Por un instante el río también le pareció petrificado, pero luego vio que se equivocaba. Se movía, aunque muy despacio; lleno de desechos cabeceantes, manchado de aceite. Al mirar hacia la derecha, Newman vio el feo puente ferroviario, el acero oxidado y la pintura verde descascarada, un tren suburbano que lo cruzaba ruidosamente. A la izquierda estaba el blanco Puente de Waterloo, perfilado por las luces naranjas, arqueado sobre el agua como una grácil bestia marina. Y en la otra orilla, señalado sólo por los retazos de luz

que asomaban en la niebla, estaba el Festival Hall. Newman se volvió y se apoyó en el parapeto, mirando calle abajo hacia la entrada de la estación de subterráneo de Charing Cross.

Newman había pensado que la niebla duraría mucho más tiempo, y ahora estaba defraudado. En la niebla nunca tenía miedo.

Cerca de la entrada del subterráneo se movían unas formas vagas, figuras grises que emergían de la niebla y se convertían en siluetas negras a la luz del foyer de la estación.

Cruzó la calle al trote, brincó ágilmente a la acera, perseguido por los bocinazos del taxi que acababa de esquivar, y bajó precipitadamente las escaleras. Se detuvo, buscando cambio en el abrigo. Puso el dinero en la máquina, recibió el boleto de la ranura y caminó despacio hacia el molinete. El empleado no dio muestras de verlo cuando pasó.

Había cruzado el molinete y estaba a punto de bajar en la escalera mecánica cuando se detuvo y empezó a temblar. No podía dominar los temblores, que eran cada vez más violentos.

Durante unos segundos trató de vencer el miedo, pero fue inútil. No podía decidirse a avanzar hacia la escalera mecánica, que estaba bien iluminada: podía ver el final, donde un túnel corto conducía al andén. La forma de la estación le era familiar. No había peligro. Pero no podía dar un paso. Se volvió y cruzó de nuevo el molinete, saliendo de la estación por la entrada de la calle Villiers, aún oscura y silenciosa, rumbo a la Plaza Trafalgar.

Cuando se dispersaba la niebla la paz de espíritu de Newman se evaporaba. Ahora se sentía inquieto, perseguido. Apuró el paso cuando llegó al Strand y dobló hacia la Plaza Trafalgar. Luego se detuvo en seco ante lo que creía ver.

La Columna de Nelson había alcanzado un tamaño gigantesco. Parecía llenar la plaza entera con su mamposería grisácea, alzándose sobre él entre los jirones de niebla. Cerró los ojos y se los frotó, una costumbre normal en él. Cuando los abrió, la columna había crecido aún más. Se alejó de prisa por el Strand, chocando con varias personas mientras corría.

Ahora el resto de los edificios empezó a aumentar de tamaño. Aun los peatones le parecían más grandes. Vastas paredes de cemento crecían y crecían; ya no eran edificios, sino laderas abruptas de inmensos riscos negros, sembradas de cavernas. Atravesó cañones que parecían replegarse sobre él. Borrones de luz —roja, azul, verde, naranja— revoloteaban como luciérnagas ante sus ojos. Había ruidos; ruidos y chillidos distantes. Había la sensación de golpes en el cuerpo, y por todas partes olor a yodo y almendras. Líneas vibrantes le atacaban la cara y se desviaban cuando él alzaba las manos pálidas para protegerse. Tenía en los pulmones un millón de carámbanos diminutos y punzantes; el estómago hueco, dolorido; las piernas líquidas, sin huesos ni músculos.

El redoble sólido y palpitante de un tambor le llenaba el cráneo: el ruido de su pulso desbocado mientras su corazón intentaba liberarse de su prisión de carne y costillas.

Respiraba en una sucesión de jadeos ávidos: ese aire enrarecido no le alcanzaba. Los pies le dolían dentro de las botas; los muslos y la entepierna le latían; movía las manos con brazos magullados, manos como palos descascarados que se agitaban en un viento furibundo.

Cuando niño en Inglaterra, y más tarde en Virginia, adonde su madre había ido con su esposo norteamericano, Newman había admirado los árboles más que ninguna otra cosa. Le gustaban verdes y dorados y susurrantes en verano; le gustaban desnudos y negros y quebradizos en invierno. Rara vez partía una rama o arrancaba la corteza o las hojas de un vástago. A veces le gustaba treparlos en verano, especialmente cuando treparlos le ayudaba a aspirar su dulzura, y mirar el encrespado mar de follaje. Pero en general se había contentado con caminar entre los troncos o tenderse a la sombra, la espalda en la hierba. Le disgustaba que lo llamaran cuando estaba en el bosque, donde se habría ahogado entre los árboles de ser posible.

—¡Alexander! —lo llamaba su madre con su acento británico—. ¿Dónde estás?

—¡Ven, Al! —La voz afable de su padrastro, ligeramente turbado por la autoridad que al casarse con la madre de Alexander había recibido sobre ese niño.

Casi siempre Alexander iba cuando lo llamaban. Era un niño obediente. Pero a veces se escondía, o se internaba más en los bosques que continuaban incesantemente detrás de la casa. A veces imaginaba que la casa estaba en el

linde de la civilización: más allá, interminables bosques sin casas ni seres humanos. No necesitaba poblar ese bosque de su imaginación; el bosque era suficiente.

Había sido un niño alegre, solitario por elección. Había entablado buenas relaciones en la escuela, y a veces jugaba con los hijos de los vecinos. Había sido sociable e inteligente, aunque absorbía conocimientos intuitivamente antes que conscientemente. Los exámenes sacaban a luz datos que él conocía sin saberlo. No se opuso a seguir a su padrastro en la Fuerza Aérea cuando terminó la universidad —se había graduado en física— y llegó a ser un oficial eficaz, medianamente apreciado. Fue uno de los hombres elegidos para abordar una cápsula espacial cuando el proyecto espacial se puso en marcha.

El coronel Alexander Newman de la Fuerza Aérea de E.U.U. corría ciegamente por las calles transfiguradas de una Londres aterradora. Como su fuga era silenciosa, la gente con que tropezaba lo maldecía en vez de detenerlo. No parecía muy diferente de alguien que se apresura para no perder el tren. Corrió por el Strand, pasó Aldwych, donde los autos frenaron a su paso, subió por Fleet Street hasta que, exhausto, se detuvo, ya sin adrenalina. Las sensaciones auditivas y visuales disminuyeron y desaparecieron. Las sensaciones físicas permanecieron. Tenía la boca seca y estaba empapado de sudor.

Miró el edificio del *Daily Express*. Tenía el aspecto de un monstruoso baño público eduardiano, cubierto por azulejos bri-

llantes. Entonces supo que estaba en Fleet Street. No había ido muy lejos, pero no recordaba cómo había llegado allí. Algo como esto le había sucedido varias veces antes, pensó. Miró el reloj de pulsera. Se había detenido. Se subió el cuello del abrigo, enjugándose el sudor de la cara. Nadie parecía mirarlo, así que decidió que su conducta no había sido demasiado anómala. Llamó un taxi, subió y dio una dirección.

Una Londres imponente, lustrosa y deforme pasó de largo mientras el chofer lo llevaba a Notting Hill. Nada parecía hecho por el hombre. Todo tenía el aspecto de un paisaje extraño y natural: cañones y grietas, grises y negras, con luces opacas fulgurando aquí y allá. Ese mundo asimétrico parecía inconcluso, como si aguardara una forma que aún había que infundirle. La forma, intuyó Newman, no sería la de la Londres que él conocía.

La sensación de amenaza aumentaba a medida que el taxi aceleraba y él reprimía el impulso de decirle al chofer que se detuviera.

Ante todo, pensó Newman, la ciudad era lúgubre; era un páramo. Nunca había estado viva.

Y sin embargo había vida en su interior, como las cresas de un cadáver. Vida en los peñascos altos y ceñudos, horadados por un millón de cavidades. Una vida de dolor, enfermedad y abúlica repetición de actos sin sentido. Una vida neurótica. Nada podía empeorarla, y sólo la destrucción total, quizá, podía mejorarla.

Parte de una de las cavidades le pertenecía, en la mísera barriada

que en un tiempo habría reconocido como North Kensington, pero que ahora no era muy diferente de todo lo demás, sólo un poco más oscura.

El taxi se detuvo. Newman pagó, mirando la faz distorsionada del inmenso peñasco y tratando de recordar en cuál entrada de la base debería internarse para encontrar su cavidad.

La costumbre lo guió. Trepó por cuevas de obsidiana para entrar en la caverna.

Estaba oscura y olía a humedad y vejez. Tocó un interruptor pero el lugar permaneció a oscuras. Se dirigió arriba, escalando lentamente, aferrando una balaustrada que apenas veía.

Por último llegó a su cuarto. Encendiendo la luz, retrocedió, pues todas las paredes parecían dispuestas en ángulos extravagantes, y parecía haber demasiadas superficies. Distinguió la estufa de gas, el hornillo y el medidor, el diván, la cómoda y la silla de caña.

Sabía que pagaba treinta chelines por el cuarto y hacía siete semanas que vivía allí, desde que se había ido de un club para oficiales norteamericanos donde se había alojado un fin de semana. En el Club había dicho que se iba a Italia. Tal vez lo estaban buscando allí.

Como astronauta, Newman era un héroe y gozaba de una licencia ilimitada por haber volado en órbita terrestre incontables veces con su copiloto, que había muerto. Una cápsula de acero, atiborrada de instrumentos ruidosos y su cuerpo enfundado en un traje espacial tendido en una posición semihorizontal.

Le había costado conseguir permiso para viajar de incógnito. Había huido de su sombra al marcharse del club. Se había dejado la barba, y el pelo más largo. Usaba gafas oscuras. Tenía acento norteamericano, pero no era especialmente notorio en la zona que había elegido para vivir. Aquí, nada en él era demasiado llamativo.

Ni siquiera su locura, pensó. Sospechaba que estaba loco de remate, pero no podía creerlo del todo. Por alguna razón presentaba que en cierto modo estaba viendo las cosas tal como eran en realidad. Su visión lo distorsionaba todo desde su regreso del espacio, y sin embargo persistía la sensación de que al aterrizar había visto todo tal como era por primera vez.

Pero esa Londres era una Londres descabellada, un sueño oscuro, una impresión ultrasubjetiva y no, como a veces había supuesto, una impresión superobjetiva.

Tambaleándose, se acercó a la cama. Al día siguiente debía tratar de encontrar a alguien que lo ayudara sin denunciarlo a las autoridades norteamericanas, que lo estaban buscando. Quizá también había otros que lo buscaban.

¿Todo esto era una alucinación? ¿O era una realidad absoluta, no la realidad aparente de la vida consciente sino la realidad de lo inconsciente, la realidad que de hecho afectaba los acontecimientos y controlaba la sociedad? ¿Estaba viéndola, además de intuyéndola? ¿O los sentidos se le habían alterado de tal modo que su mente consciente recibía las mismas imágenes que su inconsciente?

Se quitó el abrigo, se tendió en

la cama y durmió. La Londres que que soñó era la Londres que había recorrido en el taxi.

Es posible que Alexander Newman estuviera loco, pero cuando despertó a la mañana siguiente lo hizo con una sensación de tranquilidad. Afuera había despuntado el sol, y la luz pálida se reflejaba en los peñascos enormes y escabrosos que habían sido los edificios de Londres. Esa mañana lucían sólidos y permanentes. Newman ya no dudaba que fueran reales.

Se levantó de la cama y atravesó el cuarto anguloso. Encendió la estufa de gas y el hornillo y llenó un recipiente con agua de la cañilla. Después de hacerla hervir se lavó y se sintió aún más relajado.

Desayunó leche con cereal, se vistió, bajó las sinuosas escaleras y salió a la calle, ya no una cinta reluciente que evocaba lava congelada entre rocas. Había pocas personas, y parecían ausentes. Cuando accidentalmente tropezó con alguien, el hombre no pareció notar. Cuando Newman pidió disculpas, el hombre no lo oyó.

Eran como zombies, pensó Newman. Como marionetas.

Aunque los edificios habían cambiado, la disposición general de la ciudad era la misma, y Newman fue hacia Bayswater Road, caminando por la garganta angosta y tortuosa que había sido Portobello Road. Apenas se fijó en la muchacha que pasó vestida con mirriñaque, quizá volviendo a casa después de un baile de disfraces tardío.

Antes de llegar a la esquina oyó

un clamor de metal contra metal y se preguntó de dónde venía el sonido. Hasta ahora no había notado que el silencio era tan completo. Entró en un pequeño patio que olía a fuego y acero caliente, y allí, en un taller semejante a una forja de herrero, un hombrecito martillaba el peto bellamente tallado de una armadura. El hombre estaba absorto en su tarea y Newman miró cómo martillaba y hacía girar expertamente el peto sobre el yunque con un par de pinzas que empuñaba en la mano izquierda. El acero bruñido brillaba y relucía en la luz roja del fuego que ardía en una alta fragua a la izquierda del taller. La armadura estaba cubierta de pequeños e intrincados arabescos de flores, cruces y pequeñas figuras en ámbitos bucólicos. El diseño era más propio de una labor femenina que de una armadura, y la combinación de esa exquisitez de bordado con la naturaleza marcial del objeto asombró a Newman.

El viejo, evidentemente satisfecho, se enderezó al fin. Era casi tan alto como Newman, aunque tenía los hombros encorvados, y la cara era rozagante. Usaba gafas y el pelo, como el anticuado bigote, era espeso y blanco. Saludó a Newman con un cabeceo cordial y empezó a quitarse los gruesos guantes de cuero que había usado mientras trabajaba el peto. El delantal también era de cuero, y se enjugó en él las manos para secarse la transpiración.

—Buenos días —dijo Newman—. No sabía que alguien como usted trabajaba aquí.

—¿De veras? —El viejo sonrió.— Buenos días. No es usted un cliente, a juzgar por su aspecto.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé distinguir a un hombre que necesita armadura.

—¿Usted fabrica armaduras?

—Ése es mi oficio.

—Pero sin duda nadie usa armadura hoy día. Sólo algunos regimientos ceremoniales. ¿Trabaja para ellos?

El viejo se encogió de hombros.

—Trabajo para cualquiera. Para muchos. Restauro las armaduras viejas y fabrico armaduras nuevas... armaduras de todas clases. Me llamo Schweitzer.

—Yo me llamo Newman, señor Schweitzer. Tanto gusto.

—Tanto gusto. ¿Quiere una taza de té? Mi esposa ya lo habrá preparado.

—Gracias.

Newman siguió al viejo por el taller y entró en un cuarto oscuro en el fondo, un vestíbulo. Allí había una mesa maciza cubierta con un mantel grueso y borlado con un intrincado diseño hindú en púrpura y oro. Encima había una tetera de cerámica sobre una carpeta tejida, y del pico salían volutas de vapor. Había una ventana pequeña con cortinas de terciopelo oscuro y una gruesa malla de alambre; en una cómoda de roble oscuro había un juego de tocador con dibujos de sauces. El señor Schweitzer señaló uno de los dos sillones de cuero y Newman se sentó mientras el señor Schweitzer servía el té en dos tazas grandes.

Cuando ambos estuvieron sentados, el señor Schweitzer dijo:

—Usted parece tener un problema, señor Newman. ¿Puedo ayudarlo?

—No lo creo —dijo Newman—. He sufrido cierta confusión desde

que regresé a la Tierra, pero esta mañana me siento tranquilo. Tengo una sensación de desapego. Usted sabe, de paz... certidumbre, si prefiere.

—Una sensación muy valiosa. Si todos fueran como usted yo no tendría trabajo. —El señor Schweitzer sonrió y sorbió el té.

—No lo entiendo —dijo Newman.

—Fabrico muchas clases de armaduras, señor Newman. Muchas clases. —El señor Schweitzer tendió el brazo hacia la mesa y dejó la taza.— ¿Le gustaría ver algunas de las armaduras que fabrico?

Newman admitió que sentía curiosidad y el viejo lo condujo desde el vestíbulo a una escalera angosta que daba a un depósito, muy pulcramente arreglado. Allí había estantes y perchas que sostenían una curiosa variedad de objetos. Había cajas repletas de gafas de sol, sombreros con velos, cascos con viseras, un traje de ciudad —chaqueta negra, pantalones rayados, sombrero hongo, maletín y paraguas— sobre un maniquí. Había máscaras, lisas y bordadas y con forma de cara grotesca; había abanicos chinos, armaduras de todos los períodos de la historia y de toda edad; había disfraces, miriñaques marrones y negros, trajes de paño negro. No había colores brillantes entre los trajes y vestidos.

—Ésta es sólo una sección de mi depósito de armaduras —le dijo el señor Schweitzer—. Considérelas cavernas ambulantes, fortalezas portátiles. Pero mi mercadería principal no puede verse.

Intrigado, Newman le preguntó qué era.

—Tráfico con intangibles tangibles, si usted quiere —sonrió Schweitzer—. Intangibles que tienen efectos tangibles, para ser más preciso. —Fue hasta un escritorio y extrajo un cajón lleno de libros. Los sacó del cajón y los desparramó ante Newman. Eran libros religiosos. Una Biblia, un Corán, los Vedas, toda suerte de obras de pensadores religiosos, incluyendo obras modernas.

—No entiendo —dijo Newman—. ¿Éstas son armaduras?

—Las más duraderas, señor Newman. Es la armadura de las ideas y del ritual. Armaduras mentales para ahuyentar esas otras ideas...

—¿Cuáles?

—Las ideas que tememos, que nos negamos a investigar a menos que vistamos armadura. ¿Qué diría usted si la existencia no tuviera más propósito, señor Newman, que el de existir?

Newman se encogió de hombros.

—¿Y qué? La idea no me perturba.

—Le dije que no creía que usted fuera cliente mío. Usted tiene los modales de un hombre que se ha replegado tanto que ha vuelto exactamente a la cosa que teme, acercándose por la retaguardia, como quien dice, y descubriendo que no era tan temible como él creía. Pero es un juicio injusto. No lo conozco a usted.

—Quizá usted tenga razón y quizá no —repuso Newman espontáneamente—. Aun ahora se me ocurre que tal vez yo esté totalmente loco y usted forme parte de mis alucinaciones.

—¿Y entonces? ¿No soy tan real

como cualquier cosa que usted haya realizado en el pasado?

—Más real, en muchos sentidos.

—¿Y bien?

Newman cabeceó.

—Comprendo. Pero todo esto, la ciudad transfigurada, este taller, usted, ¿no podría ser una monstruosa armadura que yo mismo me he construido?

—Yo fabrico armaduras. Hace mucho que me dedico a esto. Sé reconocer a un cliente. Usted no es cliente mío.

—Usted me tranquiliza. —Newman sonrió.— Me conforta con sus palabras... me infunde serenidad.

—Si usted lo dice. Hay una diferencia entre confiar en sí mismo y engañarse a sí mismo.

—De acuerdo. —Newman caminó por el depósito, mirándolo todo. Ahora que Schweitzer lo había mencionado, veía que todas las cosas eran armaduras. Lo inquietaba que la gente se tomara tantas molestias para embellecerlas, que dedicara todo su arte y habilidad a fabricarlas.

También había más libros, libros de una filosofía atractiva y tranquilizadora.

—Antídotos, señor Newman. Mi oficio no es hacer curas.

—Sólo los trajes de buzo —dijo Newman, recogiendo un pesado casco de buzo—. De modo que las profundidades puedan ser visitadas, pero nunca exploradas realmente. ¿Y usted vende todo esto?

—No vendo, señor Newman. Considéreme un filántropo. Lo regalo. —Schweitzer fue hacia otra puerta.— Por aquí.

En el cuarto contiguo había grandes y anticuados frascos como los que en un tiempo se usaban pa-

ra guardar dulces. Newman miró algunas de las etiquetas. Decían: *Cinismo* (J); *Odio* (M); *Idealismo* (R5); *Desesperación* (12). Y así sucesivamente.

—¿Todas armaduras? —dijo Newman.

—En efecto. Como el caballero que usaba el peto en que yo estaba trabajando cuando usted entró, la gente deambula en sus pesados trajes y sus actos se vuelven más toscos, sus movimientos más lentos, cuanto más tiempo los usan. Pero, ¿qué puede hacerse? No hay otra salida cuando el demonio manda...

—¿Y qué es el demonio, señor Schweitzer?

—El miedo. Volvamos al vestíbulo y veamos si aún hay té caliente para una segunda taza.

Mientras bebían él te en silencio, Newman reflexionó sobre las cosas que había visto en los depósitos del señor Schweitzer. Un rato después, la puerta del taller se abrió y entró una muchacha. Era muy alta y bella, no usaba maquillaje y una melena larga y oscura le enmarcaba la cara. Usaba un vestido carmesí largo hasta los tobillos y empuñaba correas con ambas manos. En el extremo de una correa había un pájaro lila, muy dócil y confiado, y en la otra un pavo real con la cola en la plenitud de su esplendor, barriendo el suelo con ella mientras caminaba junto a la muchacha.

—Buenos días, señor Schweitzer —dijo con una sonrisa amigable—. ¿Puedo pasar?

—Desde luego, Fanny.

Newman se levantó.

—Le presento a la señorita Fanny Patrick —dijo Schweitzer—. El señor Newman.

La muchacha se pasó una correa a la mano izquierda y le dio la mano, sonriéndole con la misma cordialidad que al señor Schweitzer.

—Tanto gusto, señor Newman.

Por primera vez Newman advirtió, sin mayor seriedad, que bien podía haber muerto y entrado en algún cielo o infierno —o, más probablemente, un purgatorio— jamás imaginado, pues hasta el momento estas experiencias no lo habían afectado demasiado en ningún sentido. Fanny Patrick, sin embargo, podía haber surgido de un sueño, pues era, por su aspecto, su mujer ideal. Por lo que había visto de su carácter parecía que también era su ideal en ese sentido. Hasta le gustaban las mascotas que había elegido.

—Usted no es londinense, señor Newman —decía ella.

—Nací aquí —dijo Newman—. Pero fui a Estados Unidos cuando niño. Fui piloto espacial. Volví a Europa porque... —rió quitándose importancia—, porque buscaba mis raíces, supongo.

—Raíces, ¿eh? —La muchacha enarcó las cejas.— ¿Geográficas?

—Eso pensé. Todo suena tan importante. Psicológicas, tal vez.

—¿Las ha encontrado?

—No estoy seguro. Casi, tal vez.

—En fin. Almorzaré por aquí cerca. ¿Quiere acompañarme?

—Me agradaría.

—En verdad venía para preguntar al señor Schweitzer si tenía ganas de almorzar temprano —dijo ella, volviéndose al viejo—. ¿Qué dice usted, señor Schweitzer?

—No, gracias —sonrió el señor Schweitzer—. Tengo que seguir con un trabajo. Estoy bastante ocupado por el momento. Será hasta pronto, señor Newman.

Newman y la muchacha se despidieron y salieron del taller. El sol brillaba y el cielo estaba despejado cuando subieron por el cañón hacia un café con un toldo a rayas que sobresalía de la pared-ladera de la derecha. Se sentaron a una de las mesas bajo el toldo y un mozo viejo, vestido de negro, tomó el pedido saludando a Fanny Patrick con un cabeceo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella mientras esperaban la comida.

—Alexander.

—Bien, aquí somos tan pocos que tendemos a tratarnos con cierta confianza. ¿Te parece bien?

—Perfecto —sonrió Newman—.

Ah, me siento como si estuviera de vacaciones.

—Acabas de llegar, ¿verdad?

—No te entiendo.

Ella sonrió.

—Es decir, las cosas han cambiado últimamente. Lo que te rodea... todo eso. —Miró los pájaros. Los había soltado y correteaban entre las mesas picoteando comida.

—Así es.

—Es lo que me sucedió a mí. Estuve en una clínica mental durante mucho tiempo. Luego, un día, todo pareció ordenarse. Vi cómo se solidificaban las imágenes que siempre imaginaba. Tú me entiendes. Y aquí estaba. Me gusta esto.

Un pensamiento asaltó a Newman.

—¿Alguna vez tienes la sensación de que deberías estar haciendo algo aquí?

Ella meneó la cabeza.

—Tomo las cosas con calma —dijo—. No hay nada que hacer... a menos que seas como el señor

Schweitzer, que trabaja para la gente de afuera.

—¿Cuál es?

—Casi todo el mundo —dijo ella—. Mira. ¿Ves a ese joven que viene hacia aquí?

Newman miró y lo vio. Era rubio, cetrino, y tenía la cara un poco tensa pero vacía de expresión. Caminaba mecánicamente, como las personas que Newman había visto antes. La otra característica notable era que vestía ropas que evocaban la época de Eduardo.

Fanny Patrick se levantó y caminó hacia el joven. Le gritó "Buenos días", pero el joven no parecía oírlo. Ella caminó a su lado, mirándole la cara, golpeándole el hombro con suavidad. Una sombra de vaga irritación cruzó la cara del joven, que siguió caminando sin mirarla siquiera. Ella se encogió de hombros, extendió las manos y regresó a la mesa.

El joven dobló una esquina y se perdió de vista.

—Esa es la gente de afuera, Alexander —dijo ella al sentarse—. ¿Ahora me entiendes?

—Supongo que sí. ¿Por qué se porta así?

—Oh, por muchas razones.

Llegó el almuerzo. Newman había pedido carne sazónada y fileos; Fanny comió una chuleta.

—Esas personas aún viven en el mundo que conocimos, ¿no es así? —sugirió Newman.

—Supongo que sí —dijo ella—. Entran y salen de las casas, recorren calles, compran cosas en tiendas que para ellas aún están allí. Sin embargo nosotros vemos que no están. Dos clases de realidad que coexisten, ¿ves? Y queda en pie la pregunta, si te molesta

en hacerla y te interesa: ¿es una minoría o es la mayoría la que está loca? ¿O todos están locos?

3

Mientras bebían café después del almuerzo, Fanny Patrick miró su reloj.

—Esta tarde salgo para París —dijo—. No debo perder el barco.

—París. —Newman se sintió defraudado.— Conque te vas.

—¿Por qué no vienes conmigo? —sugirió ella con una rápida sonrisa.— Disfrutarías del viaje. Y no tienes ningún compromiso, supongo.

—No —dijo él—. Ninguno. Pero no tengo mucho dinero encima y necesitaría ropa... —Ya había resuelto ir si podía.

—No te preocupes por eso. No usamos dinero. Somos pocos y tenemos todo lo necesario. Allí podrás conseguir ropa.

—De acuerdo. —Newman sonrió.— Iré.

—Bien. Volveremos a mi casa; recogeré el bolso y me aseguraré de que cuiden a mis pájaros. Ésa era una de las razones de mi visita al señor S. Su esposa suele cuidarlos cuando no estoy. Luego nos iremos.

Salieron del restaurante y doblaron la esquina hasta donde un pálido fragmento de roca, como una saliente de piedra arenisca, se erguía solitaria. Ésta era la casa de ella. Adentro era espaciosa, con paredes blancas y alfombras rojas, muebles de madera clara y tapizados azules. Él la esperó en un cuarto que daba a un jardín con una fuente en el medio. Ella no tardó mucho. Entró en el cuarto con el

bolso en la mano, seguida por el pájaro lira y el pavo real.

Newman tomó el bolso.

—Tengo un carro listo en el costado de la casa —dijo ella.

Él la siguió hasta donde los esperaba un carro escarlata y dorado, con un pony palomino entre las varas. Ella subió al pescante y acomodó las plácidas aves en la parte trasera. Newman se sentó junto a ella. Fanny agitó las riendas y el palomino echó a andar.

Después que dejaron las aves en manos del pálido y afable señor Schweitzer, Fanny puso rumbo al este.

—¿Dónde está atracado el barco? —preguntó Newman.

—El puerto de Londres —dijo ella—. Saldrá con la marea.

Londres, pese a su transformación, aún parecía ceñuda y represiva mientras la atravesaban, pero el sol brillaba y ellos estaban de buen humor. Pasaron unos pocos autos, con marionetas al volante, y dos viejos en bicicleta, el hombre en bombachos, la mujer en una falda larga y entreabierta. Los saludaron alegremente.

—No es gente de afuera —dijo Newman, aferrándose al asiento cuando comenzó a acelerar el carro.

—No, supongo que no. El problema, desde luego, es que no llega mucha gente de nuestra edad. En general son niños o ancianos, y los niños no se quedan mucho tiempo. Es una lástima, ¿verdad?

—Sí, lo es. ¿Y la gente que nace aquí?

—Los niños nacidos aquí suelen ser separados de sus padres al

cabo de un tiempo. Van afuera. Alguien se quedan... no muchos. Es una de las grandes tragedias... uno de los principales sacrificios de las personas que viven aquí.

—Es extraño cuando lo piensas —dijo Newman cuando salieron del cañón que había sido la calle Oxford y entraron en otro que era High Holborn—. Aquí hay embotellamientos de tráfico y multitudes apretujadas, pero nosotros no podemos verlos y ellos no pueden vernos a nosotros. Pero ambos existimos... ambos somos sólidos y reales.

—Me lo he preguntado a menudo —dijo ella—. ¿Somos fantasmas? ¿O tenemos una existencia en ambos mundos, como tantas personas de afuera? Tal vez somos cadáveres tirados en alguna parte del mundo de afuera, ¿eh?

—No me gusta la idea. No puedo creerlo.

—Yo tampoco. En realidad, no es preciso buscar explicaciones. ¡Mira eso! —Señaló a un hombre con peluca y ropas dieciochescas que era llevado en litera por dos autómatas con ropas del siglo veinte.— ¿Has notado la mezcla de tiempos? Éste es aún el siglo veinte en muchos aspectos, pero algunas personas hablan y visten como gente de hasta el siglo dieciséis. Y de vez en cuando encuentras personas que parecen pertenecer a un futuro cercano.

—Es sorprendente —convino Newman—. Es como si el tiempo se hubiera asentado en zonas donde tal vez se muestra la verdadera modalidad o acontecimiento... no en la secuencia, o la secuencia aparente, de la historia que conocimos, sino en... bien, zonas de in-

fluencia, si prefieres. Ya sabes, hay historiadores que dividen la historia en la Edad tal y la Edad cual. Tal vez todas las personas de este mundo son de una Edad donde prevalecía una modalidad psicológica particular y que en este caso data de alrededor del Renacimiento.

—Zonas de tiempo psíquico. —Fanny sonrió.— Donde la naturaleza de lo psíquico cambia muy ligeramente, o quizá mucho, de zona a zona.

Newman rió.

—Algo parecido. Suena un poco extraño. —Era raro, pensó, que una conversación como ésta no le hubiera salido naturalmente en su otra vida, y sin embargo aquí parecía normal.

El pony trotó a lo largo de Stepney. Los peñascos eran más negros y acechantes que nunca, rodeados por una atmósfera de decadencia y amenaza. Era como las Montañas de la Locura, y Newman casi esperaba ver diabólicas criaturas voladoras aleteando y graznando al bajar de sus guaridas, y trogloditas contrahechos corriendo a sus cavernas, arrojando lanzas de pederual envenadas antes de escabullirse. El sonido de los cascos del pony retumbaba huecamente y Fanny pareció sentir la opresión, pues aflojó las riendas del animal. El pony se lanzó al galope, y pronto llegaron a los muelles.

Los muelles eran sórdidos y grises, con peñascos escabrosos en un costado y el río negro en el otro. Pero el único barco que estaba anclado contrastaba notablemente con el lugar. Era un gran clipper blanco, con baos laminados en

bronce brillante que relucían como oro; las velas, pálidas como la pintura, colgaban flojamente de los cuatro mástiles altos.

Tallado en letras doradas en el costado estaba el nombre, *Doncella blanca*. El carro frenó en el amarradero junto a la planchada principal del clipper. Un marinero asiático, vestido pulcramente con chaqueta y pantalones azules, los llamó desde la baranda.

—De prisa, a bordo... zarpamos en cinco minutos.

Se aparearon y subieron por la planchada, Fanny delante y Newman detrás con el bolso.

Un hombre con uniforme de capitán de buque mercante de fines de siglo, con una tablilla bajo el brazo, se les acercó por la cubierta. Los saludó alegremente. Era un hombre maduro, curtido, con una barba imperiosa. Tenía una nariz fuerte y aguilina, una boca firme y sensible.

—Buenas tardes, capitán —sonrió Fanny—. ¿Puede llevar a otro pasajero? Le presento a Alexander Newman.

—Buenas tardes, señorita Patrick... señor Newman. Sí, tenemos mucho lugar a bordo. Bienvenido, señor.

Habla con un ligero acento extranjero; una voz grave con una nota constante de cálida ironía.

—El capitán Conrad —dijo Fanny, presentándolos. Newman le estrechó la mano.

—El camarote contiguo al suyo está desocupado —dijo Conrad—. Creo que será apropiado para el señor Newman. Les ruego me disculpen pero tengo que hacer... zarpamos casi enseguida. —Llamó a un camarero de chaqueta blanca que

acababa de subir a cubierta.— Por favor, conduzca al señor Newman al camarote contiguo al de la señorita Patrick.

El camarero tomó el bolso de Fanny y los condujo por donde había venido, bajando por una escalera corta hasta un pasillo que tenía seis puertas, tres de cada lado.

—Esta es la sección de pasajeros —explicó Fanny—. Esta nave es ante todo un barco de carga.

El camarero abrió una puerta y puso adentro el bolso. Fanny y Newman lo siguieron. El camarote era cómodo, con una cucheta ancha contra una pared, una tronera grande, un lavabo, un escritorio y una silla de caña sujetos al piso bajo la tronera y un sillón más pesado frente a ellos.

El camarero llevó a Newman hasta la cabina contigua, que estaba amoblada de modo similar.

—¿Eso es todo, señor? —preguntó el camarero.

—Sí, gracias.

El camarero se marchó.

Fanny entró en el camarote de Newman.

—No está mal, ¿verdad? —dijo—. Es una nave hermosa. Lo notarás más cuando estemos en mar abierto.

Newman oyó gritos arriba, sintió que la nave se escoraba ligeramente, luego se enderezaba.

—Han soltado amarras —dijo Fanny con excitación—. Ven. Suabamos a cubierta.

Las velas ondulaban y la nave avanzaba rápidamente río abajo, dejando atrás peñascos que eran depósitos y edificios deteriorados, para dirigirse hacia la campiña y luego al mar.

Se reunieron con el capitán en la cubierta de popa. Estaba apoyado en la baranda y miraba el largo río. Alzó la vista con una sonrisa.

—¿Los camarotes están bien?

—No podrían ser mejores —dijo Newman.

—Perfecto.

Newman reparó en el silencio del barco mientras navegaba: apenas se oía el leve crujido de los aparejos. El ruido perpetuo y el olor inevitable aun en los mejores vapores era una ausencia notoria y Newman lamentó que los clippers, que podían compararse con cualquier vapor por su velocidad y capacidad, hubieran sido abandonados. La esbelta nave se deslizaba por el agua del río tan tersamente que era casi imposible advertir que se estaban moviendo, salvo por el paisaje que se desplazaba rápidamente en ambas orillas. Newman vio al timonel en la cabina de mando a sus espaldas, guiando el clipper por la serpenteante franja de agua. Sonó una campanilla. Los marineros trajinaron para limpiar la nave, tensando los cabos, revisando las velas y cerrando escotillas. La nave era brillante, limpia y pulcra, pero tenía un aire de solidez. Era una nave elegante, pero también era evidente que podía resistir inclemencias.

Llegaron al mar al anochecer. Los fríos y acuosos bajos del Támesis se deslizaban en la luz languideciente; los juncos se mecían, transformando la tierra en una pradería del mar.

Una vez en el mar, bajaron de la cubierta para ir a cenar con el capitán en su camarote.

Mientras comían, Newman dijo: —Esta es una ruta larga para lle-

gar a París, ¿verdad, capitán? Normalmente las naves que se dirigen a Francia zarpan de Dover, según tengo entendido.

El capitán sonrió.

—Afuera sí, señor Newman. Pero aquí hay muy pocas naves, y aprovechamos esa circunstancia. Es un viaje más largo, pero usamos los ríos todo lo posible. En este viaje, por ejemplo, iremos directamente a París, remontando el Sena. Es más largo pero más simple, pues a veces hay dificultades para transportar por tierra el pasaje y el cargamento.

—Ahora entiendo —sonrió Newman—. Es un modo agradable de viajar.

—Estoy de acuerdo —dijo Fanny—. Cruzaremos el mar de noche y a la mañana habremos llegado a la desembocadura del Sena. Aquí, naves de este tamaño pueden navegar en los grandes ríos.

En la mañana, Newman fue despertado por un golpe en la puerta.

—Adelante —dijo, y Fanny entró trayendo unas ropas. Había un par de jeans y una camisa blanca, una blusa negra de cuello volcado y ropa interior.

—El capitán Conrad te manda esto —dijo—. ¿Te servirán? Creo que son de tu medida.

—Ha sido amable de su parte —repuso Newman—. Me irán bien.

—En media hora te veré en cubierta para desayunar —dijo ella al salir.

Newman se levantó. Había agua tibia en las canillas del lavabo y se lavó el cuerpo antes de secarse y ponerse las ropas que le había dejado Fanny. Le sentaban bien, y

aunque la cintura de los jeans era un poco grande, el ancho cinturón de cuero resolvía ese problema.

En cubierta, habían preparado una mesita y dos sillas. Había café y panecillos, y Fanny estaba sirviendo una taza de café cuando él se sentó.

El mar era azul brillante y el sol estaba excepcionalmente tibio. Un viento suave y refrescante llenaba las velas del cliper. Adelante se veía la costa. El capitán Conrad habló desde la popa.

—Buenos días a ambos. ¿Han dormido bien?

—Muy bien —respondió Newman—. Y gracias por las ropas, capitán.

—Vengan a verme en cuanto hayan desayunado —invitó Conrad.

La comida era buena y el café delicioso. Cuando terminaron de desayunar, subieron al puente. Conrad entregó a Fanny sus anteojos, y ella escudriñó la costa.

—Puede verse la desembocadura del río —dijo Conrad, señalando.

Fanny le pasó los anteojos a Newman, quien miró a través de ellos y vio claramente la desembocadura del río. La marea lamía los bancos de arena.

—Parece difícil de atravesar —dijo, devolviendo los anteojos a Conrad.

—No cuando se la conoce bien —repuso el capitán.

—¿Cuánto hace que usted recorre esta ruta? —preguntó Newman.

—Creo que hace mucho, señor Newman. Es difícil juzgar el paso del tiempo en este mundo. Los días tienen la misma duración, pero pocos se molestan en contarlos.

Las estaciones son iguales; las mareas son iguales. La naturaleza no cambia, y tampoco los hombres y mujeres de este mundo. Ellos hacen pocos intentos de alterar la naturaleza y la naturaleza hace pocos intentos de alterarlos a ellos. El tiempo significa poco aquí, por esa razón y por todo lo demás.

—¿Recuerda cuándo llegó aquí?

—Creo que alrededor de 1912.

—¿Y entonces tenía usted la misma edad que ahora?

—Supongo que sí. Soy una especie de Holandés Errante, ¿verdad? —rió Conrad—. Excepto que estoy muy contento con mi situación.

—¿No siente añoranza... tedio?

—No creo. En un tiempo fui hombre de acción. Desempeñé mi papel en el mundo, al igual que usted. Pero ya no. Tal vez debería sentirme incómodo con la vida que llevo ahora, pero no es así.

—Pero usted desempeña un papel en este mundo. ¿Qué es este mundo?

—Es el mundo real visto por la mente interior, señor Newman. El mundo real visto por la mente exterior es el que usted abandonó. La mente interior es el verdadero espejo de la historia humana, en mi opinión. La mente interior es la que crea las ideas que producen los grandes acontecimientos, la mente exterior las traduce en acción... podría decirse que se encarga de los detalles. Pero cuando la mente exterior trata de interpretar los acontecimientos que ha contribuido a producir, siempre fracasa. Siempre encuentra anomalías, enigmas... mientras para la mente interior todo está claro. Ésa es la ironía del asunto.

—¿Entonces la mente exterior necesita a la mente interior?

—Son complementarias. Sabemos cuál controla qué, pero lo importante es cuál controla al individuo. La mayoría presta muy poca atención a la mente interior, y permite que la lógica aparente de la mente exterior influya en sus juicios. Ése es su error.

—¿Pero nosotros, no somos igualmente culpables, al obedecer sin reservas a la mente interior?

—Tal vez. Yo sólo sé lo que prefiero hacer.

Newman estaba en duda por primera vez desde que había llegado aquí.

—¿Entonces este mundo no tiene futuro? —preguntó—. ¿Ningún futuro propio?

—Aparentemente no. Algunas cosas cambian de vez en cuando, según donde uno esté, pero no hay progreso como lo entiende la mente exterior. Es extraño, verdad, pues sólo la mente interior es inmune al paso del tiempo, o al menos es muy poco afectada. Pero sólo la mente interior puede predecir, en términos generales, el futuro en sus formas posibles. Puede trazar un curso general; incluso puede prever cuáles vientos cambiarán, y cuándo. Pero no le importa. Eso queda librado a la mente exterior, pues la mente exterior produce las acciones después que la mente interior ha dado el impulso original.

—¿Entonces no debería haber un equilibrio? —dijo Newman.

—Idealmente, señor Newman. Pero éste no es un mundo ideal. Tenemos la suerte, los pocos que estamos aquí, de poder elegir.

El Sena fluía a través de una rica campiña, pintoresca aun en esa es-

tación. El paisaje era totalmente rural, no vieron poblados hasta que avistaron París.

Newman había esperado algo similar a Londres, pero se equivocaba.

París era una ciudad de cristal coloreado, una deslumbrante joya luminosa, gigantesca pero delicada. Newman estaba encantado.

—¡Magnífico! —le dijo a Fanny, quien estaba junto a él en la baranda de la cubierta principal—. Nunca imaginé nada tan bello. Es como una ciudad celestial. —Rió—. ¿Crees que San Pedro nos dejará entrar?

Ella le devolvió la sonrisa, tomandole el brazo.

—No creo que haya muchas dificultades, Alexander.

El *Doncella blanca* entró en París poco tiempo después, la cubierta bañada por la luz de la ciudad. Mil colores espejaban el agua. Almos altos bordeaban las orillas del río, y los edificios no eran los siniestros peñascos de Londres sino grandes estructuras de cristal multicolor, con chapiteles altos, torres y cúpulas.

Atracaron. Fanny y Newman agradecieron al capitán Conrad y desembarcaron.

—Los franceses aman el esplendor. —Fanny sonreía mientras caminaban por las avenidas de una ciudad que casi cantaba de color y de luz.— Esta ciudad es como la música de Francia... deliciosa, pero sospecho que insustancial. Romántica, más bien imponente, bella pero artificial... como su filosofía y su arte. Y como todas estas cosas —sonrió, fingiendo que se cubría los ojos—, es deslumbrante.

—Pareces sentir un gran afecto por lo francés.

—Así es. Tratan las cosas serias a la ligera y las cosas ligeras con seriedad. Esto los vuelve divertidos y, para los anglosajones, refrescantes. ¿Qué otra raza podría elaborar una filosofía profunda de lo obvio?

4

La ciudad de cristal era cautivante. Vagabundearon tomados de la mano mientras Fanny mostraba a Newman los lugares interesantes.

Aunque las estructuras facetadas no eran reconocibles como ningún edificio que Newman hubiera visto antes, tenían la gracia y la inspiración de la gran arquitectura. Sin embargo, como los peñascos de piedra negra de Londres, parecían fenómenos naturales antes que obras humanas. Eran, al menos en un sentido, obras humanas, pues, como Londres, representaban un ideal de ciudad. Newman reflexionó sobre la naturaleza del londinense medio, que prefería viviendas cavernícolas y abismos sombríos a una ciudad como París, plena de color y luz. Las anchas avenidas estaban arboladas y había un poco más de gente que en Londres, aunque la población de marionetas de "afuera" aún era visible.

Después que almorzaron en uno de los edificios de cristal —todo molduras doradas, felpa y grandes espejos, con camareros de delantal blanco y traje negro que evocaban el fin de siglo— Newman y Fanny pasearon hasta llegar a una ancha plaza llena de animales y pájaros ornamentales, catedrales y célebres personajes de la historia

francesa, todos exquisitamente esculpidos en los arbustos. En lagos en miniatura, fuentes de bronce dorado y metales preciosos, mármol y esmalte delicadamente pintado, jugueteaba un agua irisada. Y de un pequeño pabellón a cierta distancia, con un techo de franjas rojas, blancas y azules y columnas de hierro dorado acanaladas como caramelos, llegaba música. Había un cuarteto de cuerdas con un ejecutante de cuerno francés, con los pentagramas en atriles. Mientras Newman y Fanny se acercaban, Newman reconoció el Quinteto en Si Menor para cuerno francés y cuerdas de Mozart, cuyo ingenio y humanidad armonizaban y contrastaban al mismo tiempo con el ambiente donde era ejecutado.

Los músicos vestían ropas de la época de Mozart: finas chaquetas de seda, chalecos bordados, camisas de encaje y pelucas elaboradas. Podrían haber estado tocando para el último de los Borbones en Versailles.

Algunas personas, una o dos vestidas como los músicos pero la mayoría en diferentes estilos del siglo veinte, estaban alrededor del pabellón escuchando la música. Newman y Fanny se reunieron con ellas.

Cuando la pieza terminó los músicos se levantaron y agradecieron con una reverencia los aplausos del público. Newman tocado magníficamente. Bajaron del pabellón y se pusieron a conversar con los otros. Newman había esperado oírles hablar en el florido lenguaje de la Francia dieciochesca. En cambio, se asombró ante el acento, evidentemente norteamericano.

Newman se acercó al ejecutante de cuerno.

—¿Es usted de Estados Unidos? —preguntó en inglés.

—Claro, hombre. —El músico cabeceó.— Pero aquí es mejor hablar francés, si no le importa. A estos fulanos no les gusta otra cosa.

—Tocaron muy bien —dijo Newman en francés—. Fue la mejor ejecución de música de cámara de Mozart que oí jamás.

—Se agradece. A ellos también parece gustarles nuestro modo de tocar. Perdóneme. —El músico señaló más allá del parque un Renault que acababa de llegar. El conductor les hacía señas.— Tenemos otro compromiso. Hasta pronto.

Los músicos, con los instrumentos y las hojas pentagramadas bajo el brazo, atravesaron el parque, subieron al auto y se marcharon.

Al fin casi todos se fueron, excepto tres hombres que se detuvieron a hablar con Fanny. Uno de ellos vestía sofisticadas ropas del siglo dieciocho; otro usaba el pesado y respetable sombrero de copa alta, levita y pantalones oscuros del Segundo Imperio, mientras que el tercero tenía pantalones negros ceñidos, un pulóver negro y una boina negra sobre el pelo espeso. Un cigarrillo delgado le colgaba de los labios. Tenía el aire de un *apache*, o de su caricatura.

—Creo que prefiero a Debussy —decía el hombre de chaqueta de seda brillante—. Hay algo un poco *pesado*, aun en Mozart.

—Bien, yo opino lo mismo —repuso Fanny con una sonrisa—. Éste es mi amigo Alexander Newman. El también es norteamericano.

—Encantado —dijeron los tres hombres al darle la mano a Newman.

—¿Qué piensa usted de la actuación de sus primos? —preguntó el hombre de sombrero alto.

—Brillante —dijo Newman—. No hay duda al respecto.

—Mmm, tal vez. Para mi gusto, les faltó un poco de contención.

—Es típico de ti, Berger —dijo el hombre de boina, palmeándole la espalda—. Contención en todo, ¿eh?

—Así es, Alfred.

—Me pregunto si M. Sol estará de acuerdo —dijo Berger, volviéndose al hombre con atuendo dieciochesco—. ¿Qué piensas, Sol? ¿Para ti la ejecución careció de contención?

—Fue demasiado contenida. Hacía falta un poco más de brío, a mi juicio —repuso Sol con una sonrisa.

Parecían hermanos. Eran de tez oscura, labios inferiores protuberantes, narices grandes, párpados pesados y expresión deliberadamente controlada. Cambiando de ropa podrían haber sido el mismo hombre.

—En fin —sonrió Alfred—. No discutamos más. Bebamos un poco de vino en mi casa. ¿Nos acompañan, ma'moiselle... M'sieu?

—Por cierto —dijo Fanny—, si no molestamos.

—Venga, pues.

Todos siguieron a Alfred por el parque hasta una avenida, y entraron por una puerta de vidrio color rosa y en un pasillo revestido con espejos de marco dorado un poco manchados y con las molduras un poco desteñidas.

Subieron varios pisos en un es-

trafalarío ascensor de hierro forjado rococó y luego entraron en el cuarto de Alfred. Estaba iluminado por una gran claraboya que casi cubría una pared y el techo. Había un colchón contra la otra pared, las sábanas revueltas. Allí, una muchacha miraba absorta hacia arriba. Había una mesa abarrotada de páginas manuscritas y libros. También varias botellas de vino rosado.

—¡Oh, Alfred! —dijo Berger, señalando a la muchacha—. ¿Cómo pudiste hacer eso?

Newman pensó que Berger se escandalizaba al encontrar una mujer en el cuarto de Alfred, pero luego advirtió que la muchacha tenía el aire obnubilado y ausente de alguien de "afuera".

—¿Por qué no? —dijo ligeramente Alfred—. A fin de cuentas, a veces podemos manipularlos si lo deseamos. Ayer lo deseaba. Y ella ni se enterará.

—No corresponde perturbar a esta gente —dijo Sol—. Tú lo sabes, Alfred. ¿Cómo piensas justificarte? ¿Cómo lo justificarías? ¿Con la lógica de una Sade?

Alfred se encogió de hombros.

—Me libraré de ella, entonces. Encárgate del vino, Sol, por favor. —Se agachó, tomó a la muchacha en sus brazos y la llevó afuera.

Sol les sirvió vino y, cuando Alfred regresó, le alcanzó una copa.

La atmósfera estuvo tensa por un rato, pero el vino contribuyó a reanimar a todos.

—¿Así que ésta es su primera visita a París, M. Newman? —preguntó Berger. Se había quitado el sombrero de copa y lo había puesto en una silla a su lado.

—La primera en estas condiciones —replicó Newman—. Estoy impresionado. En Londres estaba convencido de que las imágenes que llegaban a... la "mente interior" eran totalmente deprimentes. Me equivocaba. París es un milagro.

—Y qué piensa de Francia en general?

—Hace sólo unas horas que estoy aquí.

—Pero los franceses —dijo M. Sol, señalando la ventana como si los franceses esperaran afuera el juicio de Newman—. Los franceses. Usted debe tener una opinión sobre nosotros. Todo el mundo la tiene.

—Así como nosotros tenemos una opinión sobre todo el mundo —dijo Alfred con una sonrisa.

Sin perder la compostura, Newman dijo:

—Los franceses me resultan encantadores, la arquitectura fascinante y el transporte público asombroso. Los museos son magníficos, el material exhibido, en general, mediocre. Los franceses son el pueblo más gentil y más rudo del mundo occidental. Son absolutamente corteses, y absolutamente mal educados.

—¡Nunca "absolutamente"! —murmuró M. Sol en una parodia de horror—. ¡Eso jamás, m'sieur!

—¿A qué se refiere?

Fanny rió.

—Sí, ¿a qué se refiere, M. Sol?

—El francés conoce lo absoluto, ma'moiselle, pero lo desprecia —terció Alfred.

—Exacto —dijo Sol—. La maldición de los franceses es su proclividad a los extremos. Creamos una república y luego adoramos a un

emperador. Lo hemos hecho durante casi doscientos años. República, emperador, república, emperador. A veces les ponemos nombres diferentes. Y sin embargo el francés afirma que rehúye los extremos y jamás se aproxima a lo absoluto. Pero somos una nación de entusiastas. Cuando una idea nos inflama ponemos en ella todo lo que tenemos. Cuando nos aburre la abandonamos. Pero no somos suficientemente obsesivos como para apegarnos a una cosa por mucho tiempo. Nuestras ambiciones duran poco. Por eso perdemos guerras y nuestro arte jamás alcanza las alturas grandiosas y apabullantes que exigen los anglosajones. Hemos llegado a temer los excesos, m'sieur. M. Berger, como usted notó esta tarde, desconfía de la menor insinuación de exceso. ¡Pero déle usted una misión de un día y él le mostrará qué significa realmente el exceso! —rió Sol.

—Pamplinas —rió Berger con embarazo.

Alfred también rió. Ebriamente. Volvió a llenar todas las copas, tambaleándose. No cesaba de pestañear.

—No bebas tanto —le dijo Berger—. Regresarás.

—Mi voluntad es demasiado fuerte —bramó Alfred mientras caía en el colchón.

—Veremos —murmuró Berger.

Newman empezó a sentirse incómodo. Miró a Fanny, para ver si ella quería irse, pero no daba esa impresión. Ella parecía estar pasándolo bien.

Alfred meneó la cabeza aturdido.

—Soy un intelectual —dijo—. Soy la sangre que da vida a Francia.

—Pamplinas —dijo Berger—. Los intelectuales han arruinado a Francia. La burguesía es la que ha intentado conservarla.

—Los aristócratas son quienes lo consiguieron —intervino Sol—. Cada vez que Francia vacila necesita una nueva élite. Los Borbones, Napoleón, de Gaulle y demás... ¿Qué otra cosa puede esperarse de una nación paternalista? Es inevitable.

Alfred se levantó, se acercó al escritorio con pasos vacilantes, abrió un cajón y sacó un revólver.

—¡Así que esto también es inevitable! —gritó, agitando.

—No hoy día, por cierto —murmuró Sol sardónicamente.

Fanny se levantó.

—M. Alfred, ¿el revólver está cargado?

—Así es, ma'amoiselle —dijo él con una reverencia ebria. Se lo apuntó a la cabeza. Ella intentó arrebatarlo, pero él retrocedió bajando el brazo. De nuevo empezó a pestañear rápidamente. Se llevó la otra mano a la sien y la apretó—. ¡Ah, tienes razón, Berger! Debo dejar de beber.

—¿Por qué lo haces... beber de este modo excesivo? —Berger parecía turbado y preocupado por su amigo.— ¿Y la muchacha? ¿Por qué eres tan irresponsable con tu propio destino y el de los demás?

—Curiosidad —observó Sol—.

¿No es así, Alfred? Curiosidad.

—Sí, sí —dijo Alfred, volviendo al colchón.

—El no se limita a contentarse con estar en este mundo ideal —dijo Sol, volviéndose a Newman y Fanny—. Debe investigarlo siempre, ponerlo a prueba. Arruina lo que podría ser una vida

perfecta y duradera. ¿Se dan cuenta?

Newman sentía cierta simpatía por Alfred. Era el primer hombre que conocía aquí que parecía insatisfecho con el "mundo interior".

—Quizá lo que él intenta hacer tenga algún sentido —sugirió Newman—. Vivir aquí es como una vacación perpetua. No hay nada que hacer cuando se llega aquí. Es agradable por un tiempo, pero...

—Pero luego quieren empezar a arruinarlo —dijo Berger acaloradamente—. Otros lo han intentado en vano. La mayoría de ellos murieron o regresaron. ¡Píenselo! ¡Morir y abandonar el paraíso!

—Confórmese —dijo Sol—. Relájese y confórmese. Esa conformidad es lo que debería distinguimos de la gente de "afuera".

—¿Nos hace superiores? —preguntó Newman.

—Claro que sí. ¿Usted se opone a la superioridad?

—No creo en ella.

—No trate de perseguir aquí su ideal norteamericano de igualdad, amigo mío —se burló Sol—. Mire adónde ha conducido a su país... a un grado mayor de desigualdad del que existe en cualquier otra parte del mundo occidental.

—En el presente —convino Newman—. Además, el ideal norteamericano de igualdad sostiene que cada hombre debería ser un rey. Un rey también debe tener súbditos, de modo que, lamentablemente, eso significa que cada rey debe tratar de llegar a emperador. Pero creo que eso cambiará.

—Que cambie. Aquí no nos afectará mucho.

—No esté tan seguro —dijo New-

man—. La única diferencia entre nosotros y ellos es que nosotros reconocemos y controlamos la mente interior. Pero los de afuera aún poseen esa mente interior, y aún representan una fuerza a tener en cuenta, pues pueden actuar. ¿Qué clase de acción puede emprenderse aquí para afectar el destino de la humanidad?

—La humanidad no tiene más destino que existir. —Alfred se había levantado del colchón, el revólver aún en la mano.— La mente interior no es más que un mecanismo de supervivencia que controla sus acciones, la hace encajar en el orden del universo, aunque esto no siempre puede observarse en el mundo exterior. La mente interior hace que el hombre se comporte de acuerdo con las leyes de la naturaleza, aunque su mente exterior querría modificar esas leyes y así destruirlo. La mente interior sigue el ritmo de las esferas, caballeros. Como individuos no somos nada y como raza simplemente existimos. Es nuestro único propósito. ¿Por qué buscar otro? La mente interior no busca otro. Aquí no buscamos otro.

—Y si uno no puede creerlo? —preguntó Newman.

—Entonces no tiene por qué estar aquí! —Sol se levantó.— El tiene razón. Usted sabe que él tiene razón.

—Él tiene razón, Alexander —dijo Fanny—. Estoy segura de ello.

—Yo también —dijo Newman—. Y desconfío de algo cuando estoy tan seguro. Pienso en las armaduras del señor Schweitzer.

—Usted está en una situación peor que la de Alfred —dijo Berger, mirando de soslayo a Sol. Le guiñó el ojo.

Hubo un disparo. Alfred se desplomó, soltando el arma, los ojos desorbitados mientras caía hacia adelante.

—El muy imbécil —dijo Sol con displicencia—. Ha negado su propósito. Ha modificado su destino. ¡Ha dejado de existir!

Fanny rompió a llorar y Newman trató de consolarla.

M. Sol suspiró.

—¿Qué hacemos ahora, Berger? Esto es tremendo. Me siento un tanto incómodo. ¿Qué se hace ante semejante crisis?

Berger empezó a quitarse la chaqueta.

—Cambiar de ropa, M. Sol. Es lo único que hay que hacer.

Junto al cadáver de Alfred, los dos hombres empezaron a quitarse las ropas e intercambiarlas. Pronto Sol estaba vestido con la levita, los pantalones y el sombrero de Berger, y Berger con las sedas y encajes de Sol. Newman se horrorizó ante esa parodia y miró atónito mientras Fanny sollozaba y el dúo se marchaba del cuarto.

—Larguémonos de aquí, Alexander —dijo Fanny un poco más tarde—. Pobre M. Alfred, fue tan inesperado.

Newman la llevó hasta el ascensor. Mientras bajaban, dijo:

—¿Entonces quieres marcharte de París?

—¿Tú no?

—Me da lo mismo.

—Tengo un auto aquí cerca. Podemos irnos ahora mismo.

—¿Adónde iremos?

—No me importa. Pero vámonos.

El auto era una limusina Citroën, grande y vieja. A Newman le

resultó fácil manejarla. Condujo por las calles de la ciudad de cristal mientras Fanny miraba hacia adelante con aire ausente.

Pronto viajaban por la campiña, rumbo al norte.

5

Newman manejó durante más de un día por una carretera ancha y recta que seguía y seguía entre campos chatos. No sabía adónde iba, ni le importaba. Trataba de pensar y le resultaba difícil.

Al segundo día de alimentarse de hortalizas crudas recogidas en los campos y de dormir en el auto vieron una camioneta delante de ellos, viajando en la misma dirección.

Pero ahora Fanny se había reanimado un poco. Cuando vio la camioneta se puso aún de mejor humor.

—¿Alexander! Es la camioneta del señor Schweitzer. Me pregunto adónde irá.

Aliviado ante la perspectiva de ver una cara familiar, Newman aceleró, y cuando pasó junto a la camioneta agitó la mano al ver al señor Schweitzer en la cabina.

Schweitzer sonrió, un poco desconcertado, y frenó en el costado de la carretera.

Newman acercó el Citroën a la camioneta y ayudó a Fanny a bajar. Caminaron hasta la camioneta mientras el señor Schweitzer descendía.

—¿Qué hacen ustedes dos por aquí? —preguntó—. Pensé que habían ido a París.

—Decidimos marcharnos —dijo Newman. Describió lo sucedido.

Schweitzer sacudió la cabeza y frunció los labios, suspirando.

—Sí, sí. A veces sucede. En Francia, sobre todo. Allí no quieren recibir mi mercadería, pero vaya si la necesitan...

—Necesitan algo —dijo Fanny con vehemencia.

—¿Adónde va esta carretera? —preguntó Newman—. No tenemos idea.

—Va a Berlín, señor Newman. No creo que usted quiera ir allá.

—¿Por qué no?

—Es un lugar desagradable, en el mejor de los casos. Un lugar extraño. Allí tengo mi mejor clientela. ¿Por qué no dan la vuelta...? Regresen a París o tomen una carretera lateral para Amsterdam o Hamburgo, y vean si encuentran un barco que los lleve a Londres.

—Ahora siento curiosidad —sonrió Newman—. Creo que me gustaría la experiencia de Berlín, señor Schweitzer.

—Supongo que no puede hacerle mayor daño, señor Newman. Muy bien. Si no les molesta la lentitud de mi vieja camioneta, viajaremos juntos.

Siguieron la carretera el resto del día y a la noche acampanaron a un costado. El señor Schweitzer estaba bien equipado con un calendario primus y provisiones. Comieron bien por primera vez desde que habían salido de París.

Durmieron en la carpa que les prestó el señor Schweitzer y al amanecer reanudaron la marcha.

Pocas horas más tarde avistaron Berlín.

Una vasta muralla rodeaba Berlín y en verdad fue esto lo que vieron antes que la misma Berlín, que estaba totalmente oculta por la muralla.

Los flancos negros y basálticos eran altos y lisos, y pequeñas puertas comunicaban con las carreteras.

Al acercarse, Newman pudo distinguir figuras en lo alto de la muralla. Las figuras estaban hundidas en armaduras medievales; estaban vestidas de metal de la cabeza a los pies, y sostenían metralletas en los brazos.

—Aquí toda la ciudad está habitada por los que ven con el ojo interior —explicó Schweitzer—. Pero lo que ve el ojo interior de ellos, su ideal... ¡Oh cielos! Esta Berlín... es la ciudad del Miedo. Un pueblo tan extraño... tan perceptivo, pero tan aterrorizado. Distorsiona sus percepciones aun mientras las descubre. Una mezcla espantosa, me temo.

Los guardias parecieron reconocer la camioneta de Schweitzer pues las puertas se abrieron de par en par y entraron directamente en la ciudad.

Berlín era más pequeña que Londres en todo sentido, pero lo que Newman no había notado era que toda la ciudad tenía un techo que se extendía de una muralla a la otra. El techo era de vidrio grueso y ahumado, o algo similar, y dejaba pasar muy poca luz.

Muchos edificios parecían rocas enormes y redondas con entradas diminutas, del tamaño justo como para que pasara un hombre a gatas.

Las calles, como túneles de un laberinto de piedra, estaban llenas. Hombres a caballo con pesadas armaduras que entorpecían el paso, mientras que otros, en las aceras, usaban máscaras o capuchas gruesas para cubrirse la cara.

La camioneta tuvo que parar en una pequeña plaza, pues no podía atravesar las calles angostas.

Bajaron. Un hombre con traje de aviador de la Primera Guerra, con chaqueta de piel, botas y guanteletes, pero con un yelmo gótico en la cabeza y la visera sobre el rostro, se acercó a Schweitzer con la mano extendida.

La voz retumbó en el yelmo cuando habló en alemán, un idioma que Newman no dominaba del todo. Después de estrecharle la mano al hombre, Schweitzer presentó a Newman y Fanny como ingleses.

—Herr von Richthofen, ¿eh? —dijo Newman—. ¿Algún parentesco con el barón?

Von Richthofen se encogió de hombros.

—No usamos esos títulos en nuestra Alemania, Herr Newman. ¿Quiéren venir a mi casa para tomar un refrigerio?

La casa era una de las tantas rocas del otro lado de la plaza. Entraron, agachándose para pasar por la pequeña puerta. El interior era, en todo caso, más sombrío que el exterior. Unas pocas antorchas iluminaban un salón bastante grande y un fuego crepitaba en un hogar. Una escalera de piedra conducía arriba y von Richthofen subió hasta que entraron en una habitación más pequeña, ligeramente más hospitalaria, calentada, aparentemente, por algún aparato de vapor. Newman se sentó en una silla húmeda, tosiendo cuando el aire caliente y húmedo le penetró los pulmones. El lugar parecía un baño turco y había un leve olor a sal.

—Nos traerán algo de comer —dijo von Richthofen—. Bien,

Herr Schweitzer, ¿qué trae en esta ocasión? Artículos más pesados que la última vez, espero. Las modas cambian rápidamente y ahora hay que usar una lámina más gruesa que ésta para estar a tono. —Alzó los brazos y se quitó el yelmo de acero labrado. La cara que descubrió fue la de un hombre de unos treinta y cinco años, apuesto, autocomplaciente, un poco cínico.

—Así está mejor —dijo—. Sólo me siento cómodo sin él cuando estoy aquí.

Newman miró en torno. No había ventanas en la habitación. Le pareció muy extraño y no pudo imaginar por qué esa gente optaba por vivir en semejantes lugares.

Llegó la comida. Comida insulsa, alemana: salchichas, saurkraut, pan, pero buen café.

Después que comieron, von Richthofen se reclinó en su sillón de madera.

—¿Acaba de llegar de Inglaterra, Herr Newman?

—No. Antes estuve en París.

—¿París! Una ciudad maravillosa. Muy romántica. ¿Le gustó?

—En general. Es raro que a usted le guste, Herr von Richthofen, cuando su gusto arquitectónico es tan diferente.

—Ajá. Muy diferente, ¿verdad? Pero seguro, ¿entiende usted, Herr Newman? Fuerte, invencible, capaz de resistirlo todo.

Newman quedó azorado.

—¿Pero por qué debe ser así? ¿Esperan problemas? ¿Quién los atacaría?

—No sabemos. Pero más vale prevenir que curar, ¿eh?

Newman, las ropas penetradas por la humedad, se movió incómodamente en la silla.

—Supongo que sí.

Von Richthofen pareció notar su incomodidad. Rió.

—Uno se acostumbra. Oh, sabemos que la libertad y los ámbitos bellos forjan mentes bellas. Todas esas cosas. Pero hemos hecho un sacrificio consciente. Un estudio de la historia le mostrará que una raza o un grupo que se mantiene unido firmemente, construyendo gruesas murallas, sobrevive más tiempo que una raza que vive en un ámbito idílico. Fíjese en Grecia. Compárela con Roma. ¿Entiende a qué me refiero?

Newman no entendía. Pensaba que von Richthofen estaba en un error. No veía ninguna lógica en lo que decía ese hombre.

—Pensaba que aquí, en el mundo interior, no eran necesarias semejantes murallas ni semejantes ideas. Esas murallas se han construido porque ustedes temen algo... algo que no saben si existe. Viviendo en este mundo, ustedes sin duda entienden esto.

—Entendemos que quizá usted tenga razón. Pero hay una posibilidad de que se equivoque. Para esa posibilidad nos preparamos, Herr Newman. El alemán es más apto que nadie para cobrar distancia mentalmente. Por eso hay tantos en Berlín... una ciudad entera de nosotros.

—Pero en mi opinión ustedes usan esa distancia mental para evadirse —dijo Newman—. Algunos leen historias de aventuras. Ustedes no... ustedes inventan complicados sistemas metafísicos. Y el resultado es el mismo. Se evaden de la realidad.

—¿No es nuestra realidad la misma que la de usted... en el plano interior o el exterior?

—Linda con ella. ¿Pero una ciudad fortificada es "realista" en este mundo? ¿La moda de usar armaduras más pesadas es "realista"? Sin duda estas cosas son totalmente subjetivas. Me cuesta mucho entender cómo estas cosas, tan típicas del mundo exterior, puedan existir en el mundo interior. Recuerdo haber leído acerca de unos cruzados que atravesaron el desierto para librar una batalla. Se negaron a quitarse la armadura, pese al calor paralizante y la fatiga. Cabalgaron durante días, hasta que perdieron todo sentido de la realidad. Por último, acosados todo el tiempo por los sarracenos, llegaron al campo de batalla y fueron encerrados y exterminados. Si tan sólo se hubieran quitado la armadura para atravesar el desierto lo habrían hecho más pronto y habrían llegado descansados. A causa de la necesidad de usar armadura, que de acuerdo con la razón era innecesaria, perecieron. La armadura los mató, en realidad.

Von Richthofen frunció los labios irónicamente.

—Un bonito cuento con moraleja, Herr Newman. Pero los alemanes somos diferentes. Vemos las cosas con mayor amplitud. No sólo adoptamos la visión del mundo, sino una visión universal.

—¿Cómo se relaciona eso con lo que estamos hablando?

—Se relaciona muchísimo. Mu-chísimo.

Von Richthofen se levantó.

—Me gustaría mostrarle alguna vez qué ha sido de Atenas.

—Nunca he estado en Atenas —intervino Fanny—. ¿Qué ha sido de ella?

Von Richthofen se acercó a mano a la barbilla.

—¿Quieren saberlo? Muy bien, yo mismo los llevaré allá... mañana. Cuando hayamos visto lo que el señor Schweitzer tiene para ofrecernos. ¿Qué les parece?

Newman estaba dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para irse de Berlín cuanto antes.

—De acuerdo —dijo—. Me gustaría ir a Grecia. Es uno de mis países favoritos.

—¿De veras, Herr Newman? ¿De veras? Bien.

El avión de von Richthofen era muy moderno. Estaba en un aeropuerto fuera de las murallas de Berlín. Parecía un cazabombardero Phantom norteamericano en casi todos los detalles. En las alas y el fuselaje, sin embargo, tenía pintadas grandes svásticas.

—Son sólo para recordar viejos tiempos —dijo von Richthofen con una carcajada mientras los conducía al avión. Todos estaban vestidos con trajes de presión. Acababan de despedirse del señor Schweitzer—. Una broma, sabe usted —añadió Richthofen—. En estos días no siento ninguna inhibición. ¿Y usted?

Newman no respondió. Ayudó a Fanny a subir a la gran cabina, mayor que la de un Phantom. Allí cabían tres personas, dos delante y una detrás. Expertamente, se acomodó en su propio asiento. Había volado aviones similares antes de su adiestramiento para el espacio.

Von Richthofen puso en marcha el motor y al fin el avión empezó a carretear por la larga pista. Pronto despegaron y von Richthofen, por amabilidad hacia Fanny, apenas sobrepasó la velocidad del sonido.

Surcaron el cielo apacible a mil metros de altura, dirigiéndose al sudeste, a Grecia.

Aterrizaron en una larga pista aérea en las afueras de Atenas. No había ningún edificio de aeropuerto, sólo la pista con lomas herbosas en ambos lados.

Newman se sorprendió al ver que Atenas no era la ciudad moderna sino la antigua transformada. Villas gráciles, separadas por espacios amplios, rodeaban plazas arboladas. Aquí y allá había edificios más grandes, como el Partenón y la Acrópolis. La mayoría de la gente usaba togas o chaquetones de lino sujetos a la cintura. Las mujeres usaban túnicas ondulantes que Newman antes sólo había visto en estatuas, pinturas o bajorrelieves. Algunos usaban ropas de otros períodos, incluyendo el de Newman.

El sol era tibio y la ciudad apacible. Unas pocas personas los saludaron alegremente, pero la mayoría estaban reunidas en grupos pequeños, remoloneando al sol, bebiendo vino, comiendo fruta y hablando constantemente. El murmullo de la conversación llenaba la ciudad.

—No ha sido cambiada —le dijo Newman a von Richthofen—. ¿Por qué?

—No ha sido necesario, amigo mío. Esta Atenas es la Atenas de la Edad de Oro, alterada sólo en detalles menores. Aquí la idea y la realización son lo mismo. Aquí, la mente interior y la mente exterior se fundieron para producir una idea. Sucede rara vez. Las ciudades que usted ha visto hasta ahora (Londres, París, Berlín) están transformadas porque la idea que los constructores tenían de ellas

nunca cobró realidad. Sólo se consiguió una aproximación. No ocurre lo mismo con los atenienses. Se requirieron siglos para arruinar la ciudad ideal, acontecimientos posteriores. Pero los acontecimientos no han cambiado a los griegos tanto como a los nórdicos. El tiempo no se ha "desplazado" tanto. —Von Richthofen rió desagradablemente.— Pero ellos no son fuertes, Herr Newman, Fraulein Patrick.

—No necesitan ser fuertes —dijo Fanny, desconcertada, tomando el brazo de Newman—. ¿Qué tienen que temer aquí?

—Sólo lo incongruente... algún acto arbitrario que desobedezca las leyes fundamentales de la existencia. Todos los que habitamos el mundo interior reconocemos esas leyes, creo.

—¿Y cuáles son? —dijo Fanny. —Es sencillo. Que la naturaleza sigue un plan, un simple ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento. Todo obedece a esta ley, desde las partículas más pequeñas hasta los soles y galaxias del universo infinito. Pero, básicamente, todo permanece inalterado, congruente, fijado para siempre de acuerdo con el plan.

—Simplemente existe, ¿verdad? —dijo Newman, recordando las palabras del difunto M. Alfred—. No tiene más propósito que existir.

—Exacto. Así que los parisinos existen en su ciudad de cristal, de ese modo aún algo artificial. Aquí, en Atenas, la gente existe de modo más simple, más natural. Esto es correcto, decimos; es apropiado. Esto obedece a la ley del universo.

—De acuerdo —dijo Fanny—. ¿Pero adónde quiere usted llegar?

—Trato de explicar de qué nos protejamos los berlineses en este perfecto mundo interior, Fraulein Patrick. Todos los que ustedes han visto aquí hasta ahora, fuera de nuestro Berlín, han aceptado que vivir sin temor, sin protección y sin recelo, es *moral...* o sea, concuerda con el plan verdadero de la existencia.

—Bien —dijo Newman—. ¿Entonces?

—¿Nunca ha pensado que una distancia mental como la nuestra podría reconocer esa ley, podría comprender la moralidad esencial de nuestros amigos griegos, pero decidir fríamente, por mero capricho, *desobedecer la ley y vivir inmoralmente*? Un hombre o un grupo de hombres podrían optar por "arrojar una llave en los engranajes", ¡ja! Por aburrimiento, quizá... por desesperación o por curiosidad. En última instancia estamos sometidos a la ley, Herr Newman, pero eso no nos impide desobedecerla *conscientemente*. Reconocer la ley invulnerable y eterna no es obedecerla automáticamente. ¿Ve usted? Somos seres conscientes, racionales... podemos *decidir* desobedecer.

—Pero ¿qué objeto tendría eso? —preguntó Fanny, divertida—. En el mundo exterior la ley es infringida a cada momento, insensatamente, por temor, codicia y perplejidad. Eso es comprensible. Pero aquí, ¿quién querría infringir la ley?

—Usted pregunta qué objeto tendría hacerlo —sonrió von Richthofen—. Pero ¿qué objeto tiene la existencia, llegado el caso? Ninguno. Para destacarse, aunque sea infinitamente, es preciso comportar-

se ilógicamente en un universo en última instancia lógico. ¿Cuáles son las grandes figuras míticas de nuestra historia? ¡Todos subversivos! Aun cuando predicaron la ley producían más caos del que existía antes que ellos llegaran. Aquí, en este mundo interior, somos todos iguales. Supongamos que un hombre alcanzara este plano y rehúsara encontrar lo que encuentra. Supongamos que deliberadamente atentara contra la ley del universo. ¿Qué sucedería entonces?

—¿Esa es la posibilidad que se teme en Berlín? —dijo Newman en voz baja—. ¿Esa?

—¿Por qué no deberíamos tener miedo en Berlín? ¿No hay causas subterráneas? Nuestra historia ¿no está plagada de servidores del caos?

—Y también del orden. Los compositores, Bach ante todo, una rareza, un genio totalmente cuerdo. Los poetas, los novelistas... Thomas Mann, por ejemplo. Goethe, Brecht.

—De acuerdo. Tenemos la capacidad, como le he dicho, de ver... pero algunos de nosotros no se contentan sólo con ver. Desean actuar en un mundo que niega toda acción salvo la necesaria para la mera existencia, y que exige un *status quo*.

—Usted habla como si fuera uno de esos individuos —dijo Newman, sonriendo desganadamente.

Von Richthofen se encogió de hombros.

—No tengo pasta de Anticristo —dijo—. Sólo trato de ejemplificar lo que Berlín teme todavía. El distanciamiento, la visión, el conocimiento no acarrear automáticamente una ausencia de peligro.

—¿Dice usted que lo que dice la gente del mundo exterior... que si todos cobraran distancia, se elevaran por encima de sí mismos, todo sería mejor...? ¿Dice usted que no es necesariamente cierto? —dijo Fanny.

—¿Por qué habría de serlo?

—No hay ninguna razón —convino Newman—. Pero ustedes no se hacen ningún bien a sí mismos ni a otros escudándose en piedra y metal, y ocultándose.

Richthofen sonrió.

—Es nuestro deber. Obedecemos la ley universal, fundamental.

—¿Cómo? —preguntó Newman.

—Existimos... y procuramos seguir existiendo. Pero basta de charla. Vine aquí no sólo para explicarles lo que quería decir, sino para ejemplificar mi tesis. —Sacó algo del bolsillo de su traje de aviador. Luego echó el brazo hacia atrás y arrojó el objeto hacia el Partenón.— Miren —dijo—. El acto arbitrario.

Debía de haber arrojado una granada.

El Partenón estalló, y volaron cuerpos, muchos despedazados. Varios griegos acudieron de prisa al lugar, absolutamente desconcertados, aún incapaces de actuar. Lentamente, algunos empezaron a socorrer a los heridos.

Newman y Fanny estaban horrorizados.

—Asesinato... —susurró Newman.

—Asesinato, sí. Llámelo como quiera. Suponga que un hombre como yo llegara a Berlín. No causaría muchos daños.

Von Richthofen se volvió con una sonrisa perversa y echó a andar con displicencia, alejándose de la destrucción. Nadie intentó detenerlo.

—Regreso a Berlín inmediatamente —dijo—. ¿Quiéren acompañarme? Serán bienvenidos.

—Yo prefiero arriesgarme —dijo Newman, con desánimo, aturrido—. ¿Qué dices tú, Fanny?

—Yo también —dijo ella.

Alrededor de ellos, Atenas se esfumaba y pronto no pudieron ver más que las ruinas del Partenón. La pista aérea había desaparecido; también von Richthofen y su jet.

—Hemos regresado —dijo débilmente Fanny—. ¿No es verdad, Alexander?

—Creo que sí.

—¿Qué hacemos ahora?

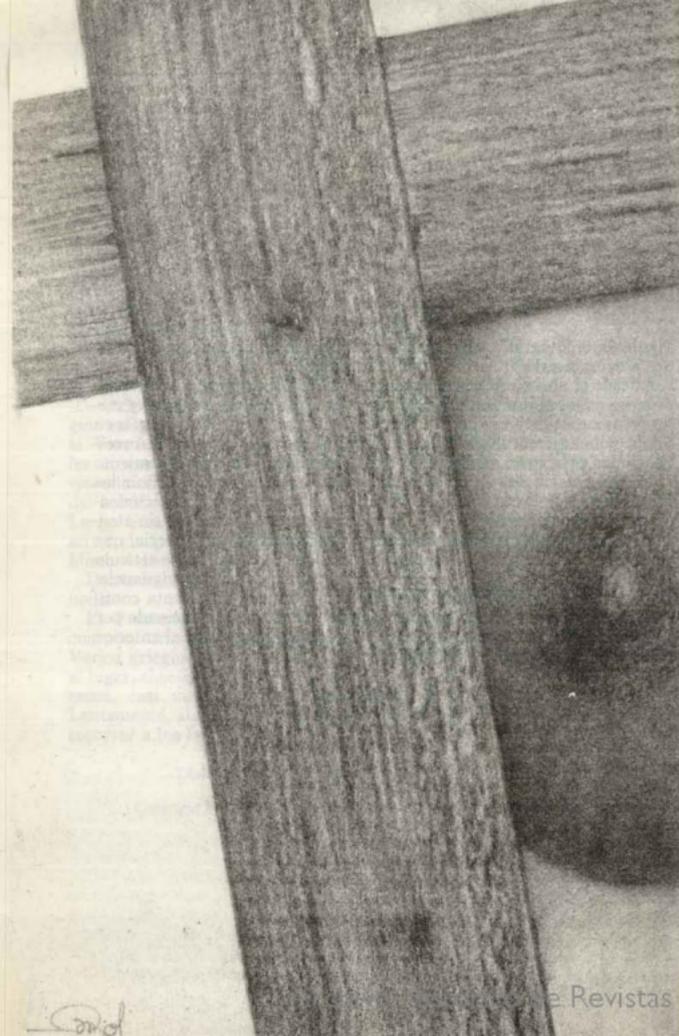
—Tenemos que hacer algo —dijo él—. Supongo. —Alejándose de las ruinas del Partenón, caminaron hacia Atenas.

Mediante la fotografía, algo pasa a formar parte de un sistema de información, se inserta en esquemas de clasificación y almacenamiento que van desde el orden toscamente cronológico de las series de instantáneas pegadas en los álbumes familiares hasta las tenaces acumulaciones y meticulosas catalogaciones necesarias para la utilización de la fotografía en predicciones meteorológicas, astronomía, microbiología, geología, investigaciones policiales, educación y diagnóstico médicos, reconocimiento militar e historia del arte. Las fotografías no se limitan a redefinir los componentes de la experiencia ordinaria (personas, cosas, acontecimientos, todo lo que percibimos —si bien de otra manera, a menudo sin atención— con la visión natural) y añadir vastas cantidades de material que nunca vemos en absoluto. Se redefine la realidad como tal: como artículo de exposición, como dato estudiable, como blanco de nuestra vigilancia. La exploración y duplicación fotográfica del mundo fragmenta continuidades y acumula las piezas en un legajo interminable, ofreciendo por lo tanto posibilidades de control que eran inimaginables con el anterior sistema de registro de la información: la escritura.

(Sobre la fotografía,
© 1980, Editorial Sudamericana.)

Título del original en inglés: *The Real Life Mr Newman*
(*Adventures of the Dead Astronaut*).

Copyright © Michael Moorcock 1980. Traducción de Carlos Gardini.



MARIO LEVRERO

EL CRUCIFICADO

*Un nuevo mundo,
una nueva oportunidad.*

Ilustración de Kike Sanzol

Fue lo bastante astuto o estúpido como para deslizarse entre nosotros sin hacerse notar, y cuando Eduardo lo advirtió tuvo que aceptarlo, porque había una ley tácita de que las cosas debían permanecer o desenvolverse así como estaban o transcurrían; si en cambio hubiera pedido permiso, sin duda lo habríamos rechazado.

Tenía pocos dientes, era flaco y barbudo, muy sucio, la cara amarronada, de transpiración grasienta, y el pelo enmarañado y largo. Un olor mezcla de halitosis, sudor y orina. Llevaba un saco hecho jirones, demasiado grande, y pantalones mugrientos y rotos. Lo que

en él más llamaba la atención, sobre todo al principio, era la posición de los brazos, perpetuamente abiertos y rígidos. Después se supo que tenía la manos clavadas a una madera y, examinándolo más a fondo, descubrimos que la madera formaba parte de una cruz (cubierta por el saco), rota a la altura de los riñones, y que terminaba cerca de la nuca. Las heridas de las manos estaban cicatrizadas, una mezcla de sangre seca y cabezas de clavos oxidados.

Al reconstruir la historia imaginó que alguien, y supongo quién, le alcanzaría algo de comer; porque

la posición de los brazos le impedía pasar por el agujero que daba al comedor, y siempre estaba, por lógica, ausente de nuestra mesa. Yo me inclino a pensar que en realidad no comía.

En ese entonces estábamos dispersos y desconectados, no se llevaba ningún control ya sobre las acciones de nadie, y apenas Eduardo, de vez en cuando, sacaba cuentas. Hablábamos poco, y el Crucificado no llegó a ser tema. Sospecho que todos pensábamos en él, pero por algún motivo no lo discutíamos. Don Pedro, el más ausente, siempre en baba o con su juego de bolitas metálicas, fue el único que en un principio se le acercó, para advertirle con voz un tanto admonitoria que tenía la bragueta desabrochada. El Crucificado esbozó algo parecido a una sonrisa y le dijo que se fuera a la putísima madre que lo recontramilió, con lo cual el diálogo entre ellos quedó definitivamente interrumpido.

Se mantenía al margen, con esa pose de espantapájaros, y más de una vez pensé con maldad en sugerirle que cumpliera esa función en los sembrados (que dicho sea de paso habíamos descuidado bastante; sólo la gorda se ocupaba del riego, pero a esa altura ya no valía la pena).

De noche entraba al galpón, necesariamente de perfil por lo estrecho de la puerta, y le daba mucho trabajo tenderse para dormir. Al fin me decidí a ayudarlo en este menester, cosa que nunca me agradeció en forma explícita, y no imagino cómo se levantaba por las mañanas, porque yo dormía hasta mucho más tarde.

Era por todos sabido que el 1° de setiembre Emilia cumpliría los quince, y se aceptaba sin discusión que sería desflorada por Eduardo, como todas ellas. Después Eduardo se desinteresaba, y las muchachas pasaban, o no, a formar alguna pareja más o menos estable con cualquiera del resto.

Emilia era la más deseable y desarrollada; sus catorce años y nueve meses nos tenían enloquecidos. Ella, sin altanería coqueta, dejaba fluir su indiferencia sobre nosotros, incluyendo a Eduardo.

Tenía el pelo negro mate, largo y lacio, un rostro ovalado perfecto, ojos grandes y verdes, y un perfume natural especialmente turbador.

El 21 de julio, a la madrugada, me despertó el revuelo infernal, inusual, del galpón. Cuando logré despejarme vi que estaban en la etapa de fabricar dos grandes objetos de madera. Habían encontrado a Emilia montada encima del Crucificado, los dos desnudos. Ahora, a ellos los tenían sujetos, por separado, con cables de antena de televisión. La gorda se ocupaba de los discos, doña Eloísa, baldada como estaba, se había levantado gozosa a preparar mate y tortas fritas, Eduardo dirigía las operaciones, un hervidero de gente en actividad febril.

Finalizados los preparativos la gorda puso la Marsellesa, y a ellos les desataron los cables y cargaron a Emilia con las dos cruces, porque evidentemente el Crucificado no tenía cómo cargar la suya nueva. A mitad del camino del cerro comenzó a insinuarse el amanecer. Era un cortejo nutrido y si-

lencioso, y yo iba a la cola, y no pude ver bien lo que pasaba, pero era evidente que les tiraban piedras y los escupían. Algunos transeúntes casuales se sumaron al cortejo, otros siguieron de largo. Yo no estaba conforme con lo que se hacía, pero no es justo que lo diga ahora, en ese momento me callé la boca.

Trabajaron como negros para afirmar las cruces en la tierra, en especial la de Emilia, que era en forma de X. A ella le ataron las muñecas y los tobillos con alambre de cobre, a él simplemente le clavaron la madera de su cruz rota sobre la nueva.

Los pusieron enfrentados a muy próximos entre sí, como a un metro y medio o dos metros. Emilia tenía sangre seca en las piernas y magullones en todo el cuerpo. El cuerpo del Crucificado era una mezcla imposible de marcas viejas y nuevas, cicatrices y cardenales.

Los demás se sentaron sobre el pasto. Comían y escuchaban la radio a transistores. Don Pedro jugaba con sus bolitas. Yo busqué la sombra de un árbol cercano, y miraba el conjunto con mucha pena, y también remordimientos.

Me quedé dormido. Cuando desperté era plena tarde. La escena seguía incambiada. Me acerqué y vi que se miraban, el Crucificado y Emilia, como hipnotizados, los ojos de uno en los ojos del otro. Emilia estaba más linda que nunca, y sin embargo no me despertaba ningún deseo. Los otros se sentían incómodos. De vez en cuando, sin ganas, proferían insultos o les tiraban piedras o alguna porquería, pero ellos parecían no darse cuenta.

Alguien, luego, con un palo, le refregó al Crucificado una esponja con vinagre por la boca. El Crucificado escupió y después dijo, con voz clara y joven que no puedo borrar de mi memoria:

—La otra vez fue un error, me habían confundido, ahora está bien.

Y ya nadie los sacó de mirarse uno a otro, y parecían hacer el amor con la mirada, que se poseían mutuamente, y nadie se animaba ya a decir o hacer nada, querían irse pero no podían, nos sentíamos mal.

Al caer la tarde Emilia había alcanzado el máximo posible de belleza, y sonreía. El Crucificado parecía más nutrido, como si hubiera engordado, y la sangre empezó a manar de sus viejas heridas de los clavos en las manos y de las cicatrices que nunca habíamos notado en los pies; también, por debajo del pelo, manaban hilos rojos que le corrían por la frente y las mejillas. El cielo se oscureció de golpe. El Crucificado volvió a hablar.

—Padre mío —dijo— por qué me has abandonado.

Y después río.

La escena quedó estática, detenida en el tiempo. Nadie hizo el menor movimiento. Hubo un trueno, y el Crucificado inclinó la cabeza, muerto.

Todos parecían muertos, todos habían quedado en las posiciones en que estaban, la mayoría ridículas. Don Pedro con un dedo metido en la caja de las bolitas.

Me acerqué a la cruz de Emilia y le desaté los pies y las manos, con un trabajo enorme para que no se me cayera y se lastimara. Ella seguía como hipnotizada, la sonrisa

en los labios, y con su nueva belleza que parecía excederla, como un halo.

Sin querer tuve que manosearla un poco para sacarla de allí; pensé que debería sentirme excitado, pero no era posible, era como si yo no tuviera sexo. A pesar de mi tradicional haraganería la cargué en brazos, como a una criatura, y la llevé a la casa. Fue un camino largo, penoso, que mil veces quise abandonar por cansancio, y sin embargo no podía detenerme. Tenía los brazos acalambrados y me dolía la cintura, transpiraba como un caballo. En el galpón la deposité en la cama de Eduardo, que era la mejor, y después me tiré en el suelo, en mi lugar de siempre.

Al otro día Emilia me despertó con un mate. Yo lo tomé, todavía dormido, y después advertí que seguía desnuda y sonriente.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté cuando estuve más despierto. Pensaba en el cadáver del Crucificado, en toda la gente modificada allá, en el cerro. Ella se encogió de hombros, y me respon-

dió con voz infinitamente dulce:

—Ya nada tiene importancia.

Hizo una pausa, y agregó:

—Espero un hijo. Nacerá dentro de tres días.

Noté, en efecto, que su vientre se había abultado en forma notoria. Me asusté un poco.

—¿Busco a un médico? —pregunté, y me contestó con la voz clara, grave y joven del Crucificado.

—No tienes más nada que hacer aquí. Ve por el mundo y cuenta lo que has visto.

Y me dio un beso en la boca.

Fui al casillero y saqué los guantes blancos y el pullover; me los puse.

—Adiós —dije; y Emilia, sonriendo, me acompañó hasta la puerta. Era un día primaveral y fresco, lleno de luz, hermoso. A los pocos pasos me di vuelta y miré. Ella seguía en la puerta.

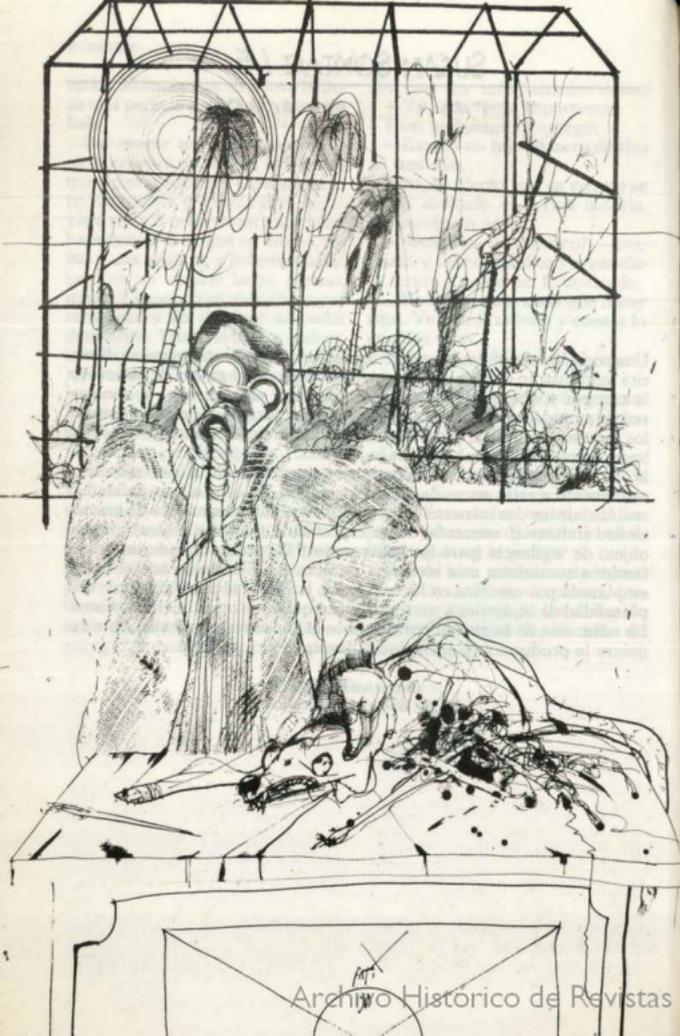
No me hizo adiós con la mano. Pero más tarde, en el camino, descubrí que hacía jugar los dedos de mi mano derecha con el tallo de una rosa, roja.

© 1970, 1983, Mario Levrero.

Una sociedad capitalista requiere una cultura basada en imágenes. Necesita suministrar muchísimo entretenimiento con el objeto de estimular la compra y anestesiarse las lesiones de clase, raza y sexo. Y necesita reunir cantidades ilimitadas de información para poder explotar mejor los recursos naturales, incrementar la productividad, mantener el orden, hacer la guerra, dar trabajo a los burócratas. Las capacidades gemelas de la cámara, para subjetivizar la realidad y para objetivarla, sirven inmejorablemente a estas necesidades y las refuerzan. Las cámaras definen la realidad de las dos maneras esenciales para el funcionamiento de una sociedad industrial avanzada: como espectáculo (para las masas) y como objeto de vigilancia (para los gobernantes). La producción de imágenes también suministra una ideología dominante. El cambio social es reemplazado por cambios en las imágenes. La libertad para consumir una pluralidad de imágenes y mercancías se equipara con la libertad misma. La reducción de la opción política libre al consumo económico libre requiere la producción y el consumo ilimitado de imágenes.

(Sobre la fotografía,

© 1980, Editorial Sudamericana.)



GENE WOLFE

TIERRA HERMOSA

Cuando llega el fin los valores cambian, o desaparecen.

Ilustración de Fati

La primera vez que vi a Dives él estaba en la acera tosiendo a todo pulmón; una anciana tenía la máscara de Dives en la punta de la sombrilla, y un mocoso alto y con granos, de pelo ensortijado y gafas gruesas, le cerraba el paso cada vez que él trataba de recuperarla. Me acerqué a ellos y dije:

—Si no se la devuelven morirá.

La vieja estaba por devolverla, pero el mocoso se la arrebató y la arrojó a la alcantarilla; yo no podía dársela para que se la pusiera con toda esa roña encima, pero pateé al mocoso y atiné a llamar a un taxi aéreo, y una vez que lo metí adentro él se repuso. Me quité mi

propia máscara y le dije al chofer que arrancara; como en todos los taxis las ventanillas mostraban la ciudad como se supone que será después de la reconstrucción, de modo que si uno lo cree daría cualquier cosa por haber nacido cien años después.

Dives (le pondré ese nombre porque su madre le puso otro) me dio las gracias y me ofreció dinero. No lo acepté. Era mucha plata, y supuse que si él largaba esa cantidad sin pestañear me convenía entablar una relación en vez de conformarme con unos dólares piojosos.

Lo primero que noté fue que te-

nía la nariz rota como la de un boxeador veterano; y tenía varias cicatrices en la cara. Más tarde descubrí que eran cicatrices de operaciones realizadas para borrar cicatrices más grandes, y que tenía un ojo en estado sólido.

—¿Adónde vamos? —dijo al cabo de un rato, y le dije que adonde él quisiera, que suponía que él aún estaba un poco nervioso y que yo lo alcanzaría a cualquier parte. Desde luego presumí que él querría ir a su casa, y como yo lo había sacado de apuros y había rechazado el dinero él tendría que invitarme a un trago y seríamos amigos.

—¿Por qué no vamos a mi apartamento a beber una copa? —dijo él, y le dio al chofer una dirección (una dirección de Park Avenue que tenía un sonido millonario) y lo extraño era que yo veía que él me había calado y no le importaba. Él pensaba: este fulano ve que tengo dinero; así que supone que será mi amigo; bien, nunca tendré otra clase de amigos, y tal vez él sepa jugar a los naipes. No me gustaba pero pensé que me convenía seguir con el juego.

El le compró una máscara nueva al chofer, pero resultó que en realidad no la necesitaba, porque era una dirección millonaria como yo había pensado, y podíamos pasar del medio ambiente totalmente aislado del taxi aéreo al del edificio sin ponernos nada.

—No está mal —dije, echando un vistazo al lobby privado, y ya lo creo que no estaba mal, todo paredes hologramáticas, reales como el demonio, un gran valle entre montañas donde no se veía una carretera ni una casa ni nada, y los árbo-

les, los arbustos y las malezas eran todos verdes, como si nada los estuviera matando.

—Un terreno que fue de mi propiedad —dijo él.

—Apuesto a que ahora no tiene el mismo aspecto —dije.

—No, ya no... —dijo él—. Cuando traté de promoverlo se llamaba la Tierra Hermosa... ¿Alguna vez lo oyó nombrar? —Cuando sacudí la cabeza uno de los androides más grandes que vi jamás salió del empapelado (ésa fue la impresión que me dio) y me zamarreó. Era nuevo y su terminación platinada decía que tenía todos los accesorios y se movía con ese andar suave y ligero que tienen cuando la piel son dos centímetros de blindaje.

Puedo asegurarles que me quedé bien quieto, hasta que él terminó.

—Ésa fue una especie de contraseña, ¿verdad? Debí decir que había oído hablar de ese lugar.

—¿Y oyó hablar de él? —dijo Dives.

—Como le decía antes, no. Pero si usted quiere que le mienta no tengo problema. —Luego pensé que vendría recordarle lo que yo había hecho por él, y dije: —Oiga, ¿por qué no lleva al grandote cuando sale? Así no me necesitaría a mí.

El androide cabeceó y dijo: *Él tiene razón te han lastimado de nuevo, amo*. Tenía ese tipo de voz gruesa que les ponen siempre.

El ríachón (de paso, ese traje no valía menos de dos mil) se encogió de hombros y me dijo:

—Creo que les debo la oportunidad de desquitarse conmigo de vez en cuando. Venga y beberemos esa copa.

Era realmente distinguido. El androide recibía órdenes verbales y las retransmitía al Barmaster, luego servía las bebidas en una bandeja. Dives pidió brandy y yo pedí vodka con hielo, y cuando empezó a beber él dijo:

—Usted estuvo en la cárcel, ¿verdad?

Asentí y le dije que ahora se llamaban Granjas de Reorientación Social y le pregunté cómo lo sabía, y él dijo que había pasado un tiempo entre rejas. Naturalmente, le pregunté dónde, y cuándo había salido.

—Hace más de un año. Estuve allí sólo seis semanas... Había intentado matarme, pero pasó pronto.

Le dije que tenía suerte. Yo había intentado una estafa y me dieron sólo de ocho años. El no me prestaba mucha atención.

—Allí vi gente que bebía de ese modo —dijo—. Fermentaban malta en el fondo del lavadero, pero conseguir hielo era casi imposible, y cuando lo conseguían bebían como usted, poniéndose los trozos más grandes en la boca y enjuagándolos con el licor. Por eso usted no sabía nada sobre Tierra Hermosa. Usted estaba en la cárcel.

Dije que nunca más había tratado de embaucar a nadie; a tal punto me habían quitado las ganas.

—Y yo tampoco intentaré suicidarme de nuevo. Al menos, no directamente. —Tomó el control remoto del androide y apretó el botón de APAGADO. Vi que la cosa en efecto se apagaba, y al cabo de un minuto él arrojó el control a un rincón del cuarto. —Ésa no era mi única defensa —dijo—, pero sí mi defensa principal, y no utilizaré las otras.

Dije que yo no tenía inconveniente, pero que si irrumpía alguien me lanzaría hacia el control y encendería al androide. Y vaya si lo habría hecho: nunca había tenido a un forzado así de mi parte y por una vez me habría gustado ver qué se sentía.

—No creo que usted quiera encenderlo de nuevo después que me haya oído —dijo Dives—. Quiero hablarle de mi valle.

—Suponga —dije yo— que después de haberlo oído yo no quiera romperle la crisma.

—Entonces jugaremos al ajedrez. O a lo que usted quiera. Ese valle me pertenecía, y yo lo amaba. Usted lo vio.

—Claro —dije yo.

—Pero yo no podía vivir allí... Vivir allí habría sido arruinarlo, echarlo a perder. Usted lo ha visto. Traté de vendérselo al gobierno, pero usted sabe lo que ha ocurrido con los parques nacionales. Algunos proyectistas me ofrecieron mucho dinero (al menos, lo que entonces me parecía mucho dinero) pero yo sabía qué harían ellos si les vendía esas tierras. Entretanto tuve que aceptar un empleo en una fábrica para vivir.

Yo miraba el apartamento.

—Y entonces se le ocurrió una idea brillante —dije.

—Eso pensé. Pensé que se me había ocurrido un modo de ganar dinero con ese valle sin destruirlo. Usando la tierra como garantía pedí un préstamo; y con el dinero hice emprender una investigación biológica. Le mostraré uno de los avios.

Tenía todo preparado para la proyección. La pared de televisión se encendió y mostró una imagen

similar a la que yo había visto en el *lobby* (supongo que era el mismo lugar), y una de esas voces de plástico dijo: "La llaman TIERRA HERMOSA, y sólo usted puede salvarla." Luego la imagen se desdijo en llamas.

—Teníamos numerado cada árbol —dijo Dives—, cada maldita planta. La idea era venderlos uno por uno. Había dieciocho conejos en el valle. Les pusimos nombre a todos y tomamos una foto de cada uno de ellos. Había seis ciervos (debían de ser los únicos ciervos salvajes que quedaban en Estados Unidos) y también les pusimos nombre. Yo pedía trescientos mil por cada ciervo; el árbol más caro costaba ciento cincuenta mil... era un roble y debía de tener un par de metros de diámetro. ¿Entiende? La idea era que destruiríamos todo lo que no fuera comprado.

—Acláreme eso —dije yo.

—Lo que el mundo no quisiera pagar sería quemado. Todo era mío, y no podían impedirlo. Hice fabricar un proyector de llamas; usted lo vio hace un minuto, porque lo usamos para filmar esa escena. —Apagó el televisor con un gesto.— Lo que fuera pagado sería salvado para siempre. Nada de esas campañas Ratón Mickey que hace el gobierno... Construiríamos un muro alrededor del lugar y lo aislaríamos. Si uno quería podría fotografiarlo desde torres del exterior. Pero nadie podría acercarse más. Pero antes, todo lo que no fuera pagado sería quemado. Yo pensaba que alguien pagaría por todo eso, o por casi todo.

—¿Cómo le fue? —pregunté.

—No me fue —dijo Dives—. Unas viejitas compraron flores sil-

vestres y allí terminó todo. —Esperé a que él continuara, y al cabo de un buen rato dijo:— Al mejor conejo lo llamamos Benny, y buena parte de la campaña giraba alrededor del slogan Salve a Benny para Tierra Hermosa. Se suponía que Benny costaba cincuenta y cinco mil dólares. Recibí quinientos para contribuir a salvarlo, de una escuela primaria de Nueva Jersey. Les devolví el dinero y más tarde me escribieron que lo habían usado para comprar grabaciones de gorriónes.

—¿Así que usted quemó el lugar?

—Lo quemamos —dijo él—, sí.

Esperé a que me contara cómo lo había hecho.

—Volví a la oficina que había alquilado —dijo— una mañana, cuando ya era evidente que las cosas no andarían. Nuestro plazo había vencido, y la postergación del plazo había vencido, y el banco me acosaba, aunque debía saber que yo no tenía modo de pagarlo. Había hablado la noche anterior con los medios, anunciando que yo no tenía agallas para quemarlo por mi cuenta. Contrataría a alguien para hacerlo.

Seguí esperando.

—Había una fila aguardando mi llegada. Daba la vuelta a la manzana dos veces... toda clase de personas.

—¿Buscando empleo?

—Eso decían, pero no era la verdad. Hablé con algunos y simplemente querían hacerlo. Uno de ellos (creo que el quinto o el sexto con quien hablé) trató de sobornarme. Usted se imaginará lo que siguió.

—Armó una nueva campaña —dijo yo.

—No fue necesario... simplemente la anuncié. Dupliqué y tripliqué el precio de todo, aunque fui un poco estúpido... Pude haber conseguido más por el ciervo y los conejos. Y los pájaros. Ellos se peleaban por pagar el precio que pedía yo.

—Debí haber organizado un remate —dije.

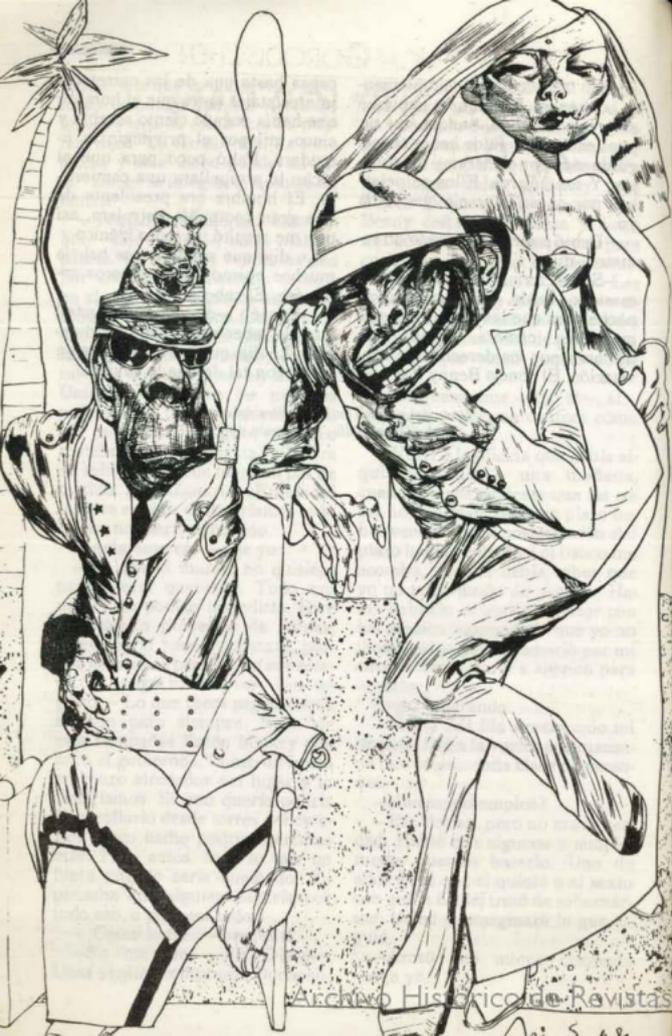
—Sí, es cierto, pero ahora es demasiado tarde. Lo hicimos de noche para que las llamas salieran mejor en cámara. Recibí tres millones por los derechos de televisación. El conejo Benny logró es-

capar hasta una de las carreteras interestatales antes que el hombre que había pagado ciento sesenta y cinco mil por el privilegio lo liquidara. Faltó poco para que al bicho lo atropellara una camioneta. El hombre era presidente de una gran compañía petrolera, así que me resultó un tanto irónico.

Le dije que suponía que habría muchos episodios pintorescos como ése. El cabeceó.

—Pensé —dijo— que usted querría saber cómo gané mi dinero. —Le dije que me importaba un bledo con tal de que lo tuviera.

Título del original en inglés: *Beautyland*.
© 1973 by Gene Wolfe. Traducción de P.K.



ANGÉLICA GORODISCHER

LOS BUENOS VAN AL PARAÍSO, PERO NO TODOS LOS MALOS PUEDEN IR AL INFIERNO

*La increíble y triste
historia que aguarda a los
peores criminales.*

Ilustración de Carlos Nine

Ous, o El Infierno de Ramsay, o más irónicamente Tugend Bund, es la más perfecta cárcel del universo, y como tal alberga a los más sanguinarios criminales del universo. Para mandar a un reo a Ous, la justicia tiene en cuenta no tanto la calidad del delito como la actitud del delincuente. Los que torturaron a sus víctimas antes de matarlas, los que se rieron del sufrimiento que causaban, los que festejaron ruidosamente su crimen a tres pasos del lugar en el que lo habían cometido, los que se encogieron de hombros cuando el defensor les dijo que fingieran un poco de humildad y arrepentimiento

porque si no corrían peligro de ir a parar a Ous, éstos van a Ous.

No puede decirse que el viaje sea corto, pero tampoco es tan largo como para permitirle al prisionero imaginar lo que le espera. Y el personal de la nave y el de vigilancia no dice nada nunca aunque se les pregunte; sobre todo si se les pregunta. Cuando llegan, el sentenciado baja esposado, entre dos guardianes, y se encuentra en un túnel. Después de recorrer una distancia que le parece insoportablemente larga, suben una escalera, se abre una puerta, y hay una oficina. Allí le quitan las esposas y los guardianes charlan un rato con los

oficinistas y cuando han agotado el tema se despiden y se van. Un empleado se acerca al criminal, le hace unas cuantas preguntas, edad, sexo, estado civil, qué enfermedades tuvo, qué vacunas le pusieron, y anota las respuestas en una planilla. De la sentencia no pregunta nada porque ya se sabe que el que va a Ous va para no volver.

—Está bien, puede irse —le dicen.

—¿Cómo? —pregunta el delincuente.

Le señalan la puerta y le dicen otra vez que puede irse. Algunos vuelven a preguntar, otros miran alrededor de ellos, se rascan la cabeza, buscan la trampa, otros no quieren irse y hay que obligarlos, y otros se tiran bajo un escritorio aullando convencidos de que los van a bajar a tiros en cuanto den la espalda. Sea como sea los empleados, que están preparados para todo, consiguen que el hombre salga. Y allá se va, hacia el castigo.

Ous es la joya de la galaxia. Una joya bellísima y perfumada. Hay lagos azules, verdes, violetas. Hay arroyos cantarinos, playas de arena dorada, bosques amenos, montañas suaves, prados, mariposas, pájaros, cielos claros, dos soles cálidos, cinco lunas plateadas. No hay animales feroces ni bichos venenosos ni ciénagas ni desiertos ni precipicios. Nunca hace demasiado frío ni demasiado calor. El aire contiene una dosis extra de oxígeno, así que uno se siente satisfecho y benévolo y tiene la cabeza liviana y el corazón trisca en el pecho como un cabrito en un campo de tréboles. Y en verano, cuando los soles se ponen, caen lluvias tibias y aumenta el ozono y una

dulce melancolía se apodera de todo y de todos hasta que salen las lunas y la hierba mojada se pone a brillar invitando a los pies descalzos a correr y bailar. Fue descubierto por Francis Ramsay quien lo registró a su nombre y quiso levantar un complejo turístico a orillas del mayor de los lagos del hemisferio sur. No lo hizo nunca porque se le cruzó en el camino una monegasca de veinte años llamada Gisèle d'Hericourt que había ido a Ous como recepcionista de uno de los aún no terminados hoteles, y se casó con ella. Mrs. Ramsay quería vivir en París y en ninguna otra parte, así es, en París, en París, en París. Ramsay cedió sus derechos al gobierno de la Tierra que aprovechó los edificios para instalar las distintas oficinas de la cárcel.

El reo que atraviesa por su voluntad o a la fuerza la puerta de la oficina, ve un camino bordeado de árboles y de flores y allá lejos el reflejo del agua del lago bajo los soles amarillos. Puede ser que, todavía desconfiado, se esconda bajo un arbusto hasta que el hambre lo obligue a salir, o puede ser que decida alejarse por el camino. Si es así, andará y andará, y se irá sintiendo cada vez mejor. De vez en cuando encontrará hombres y mujeres sentados en bancos o reclinados en la tierra o parados en cualquier parte, sin hacer nada, silenciosos, sordos, ausentes y hoscos. Ni siquiera responderán a su saludo; ni siquiera lo mirarán.

Finalmente, cansado de caminar, porque todo es muy lindo y muy alegre pero ha caminado mucho, se detiene frente a un hombre sentado en un banco de

troncos y le habla hasta obligarlo a que le preste atención:

—¿Qué hay.

—Tengo hambre y sueño —dice el sentenciado—. ¿Adónde voy para que me den algo de comer y me indiquen el lugar en el que tengo que alojarme y dormir?

—¿Recién llegado? —pregunta el otro.

—Sí.

Entonces el hombre que está sentado en un banco de troncos rodeado de plantas en flor, bajo un cielo azul poblado de perfumes y cantos de pájaros, se sonríe, se ríe, sigue riéndose y termina llorando de risa mientras las carcajadas lo sacuden y lo ahogan.

El recién llegado hace un ademán, el ademán preciso para sacar el arma rápidamente y darle el escarmiento a su ofensor, pero se acuerda de que no tiene un arma. Está decentemente vestido, con el traje que usó en el juicio y una camisa limpia que le dieron antes de bajar de la nave y zapatos lustrados, pero no tiene armas. El otro deja de reírse, se seca las lágrimas, pide disculpas muy educadamente y pregunta:

—¿Por qué te mandaron aquí?

—Violaciones y asesinatos con alevosía y agravantes.

—Bah.

—Revisaron mi casa y me encontraron en el secarropas las dieciséis cabezas.

—Hmmm.

—Bueno, qué hago, adónde voy.

El veterano le da al novato algunas explicaciones y un par de consejos, y ahora es el recién llegado el que se sonríe, se ríe y llora de risa sacudido por las carcajadas. Después se va, silbando, contento,

y no para hasta el siguiente edificio de oficinas. Entra, dice quién es, explica que recién llega y necesita algunas cosas.

—Usted dirá.

Lo que él quiere, lo más urgente, es un succulento almuerzo. Una mesa tendida como en las casas ricas, con vajilla de porcelana y cubiertos de plata. Vino del bueno. Servilletas de hilo. Bordadas. Un jamón entero, un pollo relleno, vitel tonné, ensaladas, caviar que no sabe muy bien lo que es pero sí que es comida de millonarios. Y de postre, tres copas Melba. Café y cigarrillos rubios.

—¿Cómo no —dice el empleado—. Un momentito, por favor. Tome asiento. No va a demorar mucho.

Cuando termina de almorzar se ríe otro poco mientras fuma un cigarrillo. Se siente pesado; ha comido mucho. Casi todo, en realidad, menos el jamón que era demasiado grande. El caviar no le entusiasma pero ya se sabe que los ricos tienen gustos raros y en una de esas a ellos tampoco les gusta y dicen que sí porque es elegante.

Sale del comedor, va a la oficina y le dice al empleado que quiere una casa.

—Muy bien —dice el empleado—. Detálleme, por favor, qué clase de casa.

También quiere una muchacha rubia, no, morena, no, rubia, rubia y virgen, para estrenar la casa.

—¿Alta o menuda? —pregunta el empleado.

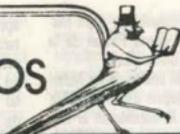
Y al día siguiente todo empieza de nuevo menos el trámite de la llegada, claro está. Y al otro día también, y al otro también, y al otro también. Al décimo ya no sa-

be qué pedir. Un año después, ya es un veterano. Se tumba a la sombra de algún árbol y cuando siente frío se corre al sol. Si tiene hambre se levanta, va a la oficina y pide un sandwich de mortadela. A

veces pide vino común o whisky carísimo y se agarra una buena borrachera. A veces pasa un novato y le pregunta adónde tiene que ir para comer y dormir, y él lo mira y se ríe a carcajadas.

© 1983, Angélica Gorodischer.

LIBROS



Pablo Capanna
LOS NUEVOS
APOCALÍPTICOS

Michel Salomon El futuro de la vida

Prólogo de Esajar Monto



Lo que veremos y seremos
en el año 2000.

Una encuesta decisiva
con veinte científicos
de fama universal,
siete de ellos
Premios Nobel.

Planeta

MICHEL SALOMON: El futuro de la vida (l'avenir de la vie). Traducción de María Juncal Ancín; Planeta, Barcelona, 1982; 351 págs.

El tranquilo mundo del libro, que desde Gutenberg no había conocido grandes sobresaltos, se ha visto alterado por la aparición de nuevas técnicas, hoy es posible producir libros "instantáneos" que compiten con la actualidad de las revistas, y al mismo tiempo la invasión de las fotocopiadoras amenaza eliminar la propiedad intelectual y la propia industria editorial.

Una de estas revoluciones la ha provocado el grabador portátil, al crear un nuevo género: el libro-entrevista. Sus posibilidades son múltiples, ya que pueden ir desde el diálogo platónico y las conversaciones de Goethe con Eckermann hasta el reportaje a la estrella o al futbolista; todo dependerá de la capacidad dialéctica del entrevistador y su conocimiento del tema.

La entrevista permite reducir al mínimo la formalidad y

mostrar a una mente prestigiosa en plena actividad pensante, diciendo cosas que no diría en un ensayo o una comunicación académica. Puede decirse que el intermediano (algo más que periodista) que realiza la entrevista merece ser llamado "autor" cuando logra el milagro de "dejar hablar" al entrevistado sin que ello excluya un activo interrogatorio o el compromiso personal.

Algunos de estos milagros los ha logrado Michel Salomon, médico y periodista francés con una larga experiencia de entrevistador de personalidades de la política internacional.

Con este ambicioso trabajo Salomon se ha propuesto internarse en las fronteras de la biología, precisamente el campo científico que más y mayores cambios viene experimentando en las últimas décadas. Ha elegido interrogar a veinte figuras de primera magnitud entre investigadores, catedráticos y responsables del "poder médico", de los cuales siete son premios Nobel. Teniendo en cuenta que los Nobel científicos suelen ser atribuidos con mucha mayor objetividad que los literarios o los políticos, siete de ellos constituyen algo así como el Olimpo de la ciencia.

Vale la pena detenerse en las figuras que participan de la encuesta. El libro se inicia con el cardiólogo André Cournaud, orientado hacia la prospectiva médica, y concluye

con el hematólogo Jean Bernard, un **grand Patron** de la cátedra universitaria.

Inicia el desfile de los Nobel (y la Prigogine (Química 1977); muchos lo consideran el creador de un nuevo paradigma científico para comprender la relación entre el hombre y la naturaleza. Le siguen dos patriarcas de la bioquímica: Christian de Duve, descubridor de los lisosomas y Hans A. Krebs (recordemos el "ciclo de Krebs"); también bioquímico es André Lwoff; descifrador, junto a Monod y Jacob, del código genético. Cierran la serie los etólogos Konrad Lorenz y Niko Tinbergen; ambos fueron premiados en 1973, junto a von Frisch.

El resto de la asamblea no va en zaga a estas figuras consagradas: Jonas Salk, padre de la vacuna antipolió; Henri Laborit y José Delgado, estudiosos del comportamiento; Gabriel Nahas, toxicólogo, John Osborn, pionero de la aplicación de las computadoras al diagnóstico y la terapia, Floyd Bloom y Elie Schneour, estudiosos de la bioquímica cerebral. También hablen el director de uno de los principales centros anticancerosos (Bob Good) y el investigador jefe de una multinacional farmacéutica (Roy Vogel, de Merck).

René Dubos aporta la perspectiva ecológica, mientras que Erwin Chargaff, bioquímico, asume aquí el papel de "pesimista profesional". El economista Jacques Attali

aporta consideraciones bastante crípticas de su ensayo **El orden canibal**, interpretando el rol contestatario. Por sí esto no fuera suficiente, el autor del prólogo es el conocido ensayista Edgar Morin.

Salomon ha enfrentado a sus distinguidos interlocutores con dos instrumentos distintos: una tabla de predicciones y un cuestionario de veinte puntos. La tabla ha sido confeccionada con los pronósticos de varios centros avanzados de investigación, y a veces se basa en trabajos que ya han sobrepasado la etapa experimental. Con ciertas variaciones en cuanto a fechas, aparecen varias predicciones interesantes: el control del cáncer para 1993, la cura de las toxicomanías para 1990, anticonceptivos seguros y baratos para 1995, la cura de las caries dentales en 1993 y el control de estados depresivos en 1990.

Al lado de éstas, hay predicciones inquietantes: para el año 2000 —que sigue siendo una fecha mágica— se podrá controlar la agresividad y mejorar la sociabilidad por medios químicos, pero también inducir el miedo, los sentimientos de culpa y lograr la "inmunidad contra la radiación". Por último, están los pronósticos incomprensibles: para el año 2000 o antes se anuncia "una conciencia más profunda de la belleza", la posibilidad de retardar la adolescencia y prolongar la infancia; también para el 2000 habrá

"disminución o prolongación del tiempo perdido" (¿?).

A partir de esta pintoresca lista, que él mismo toma con las reservas del caso, Salomon elaboró veinte preguntas, cada una de las cuales apunta a uno de los entrevistados en especial, aunque fueron formuladas a todos, variando apenas el orden o el énfasis. Aunque el entrevistador se propuso desaparecer tras la objetividad del cuestionario, su presencia activa orienta constantemente los diálogos.

Un grupo de preguntas gira en torno de la utopía y la prospectiva biológica, tratando de delinear la imagen del hombre del siglo XXI que tienen los científicos. También se les pide opinión sobre las posibilidades de la ingeniería genética y la eventual extensión de la vida humana a ciento veinte años.

Parte del cuestionario se orienta hacia la biotécnica, la necesidad de elaborar nuevos códigos éticos ante los problemas que suscitan técnicas como el **clonaje**, los "bebés de probeta", la inseminación artificial, la creciente disociación entre reproducción y sexualidad, la eutanasia y los bancos de órganos.

El "poder médico", cuestionado desde los tiempos de Iván Illich, parece estar destinado a crecer, si nos atenemos a las preguntas que versan sobre la manipulación del psiquismo por medio de los psicotrópicos, la aplicación de la informática a la medicina

preventiva, y el consecuente eclipse de la intimidad; la hibridación del paciente con sensores y microprocesadores implantados en el cuerpo, y la posibilidad de que la medicina preventiva se haga coercitiva.

A partir del prólogo, Monn se encarga de aventar todas las ilusiones de la futurología de los años '60 y acotar el campo de los pronósticos a un ámbito puramente conjetural. Las "predicciones" de la lista servirán pues apenas como excusas para motivar la discusión.

Jonas Salk ofrece un buen ejemplo de la cuestión, sugiriendo que la ciencia ha salido del predominio de la física para entrar en el de las ciencias biológicas, lo cual no es más que el prolegómeno para la constitución de auténticas ciencias humanas (pág. 257).

Según Prigogine, se está creando una nueva concepción de la Naturaleza, donde el factor tiempo juega un rol principal.

Muchos de los científicos entrevistados se inclinan por imaginar un futuro menos complejo que el presente, con "crecimiento cero" (Cournaud); "una civilización más agraria, más fragmentada, con explotación individual de los recursos energéticos" (Nahas, pág. 184).

A todos sus interlocutores, Salomon les pregunta si las nuevas técnicas no habrán de engendrar una nueva moral biológica, una "biotética". Pri-

gogine precisa que, en rigor, no se trataría de una "moral biológica" sino de problemas morales ligados al poder de la medicina y al hecho de prolongar la vida (pág. 52). En cuanto a la "revolución sexual", Lwoff afirma que ya ha tenido lugar, y sus consecuencias no han sido precisamente halagüeñas (pág. 164). Cournaud (pág. 36), Lorenz (pág. 102) y Tinbergen (pág. 312) defienden a la familia monogámica como producto de una necesidad natural; De Duve pronostica que quizás nuestros biznietos sean puritanos y románticos, según tendencias que ya se insinúan (pág. 117).

Entre los veinte encuestados, no hay entusiastas de la ingeniería genética, en torno de la cual se ha hecho tanto sensacionalismo; por lo general, se la acepta limitada al campo de la industria farmacológica, y con las restricciones planteadas por entidades como Asilomar. René Dubos pide limitar el **clonaje** a organismos que no tengan más complejidad que una bacteria (pág. 131). Cournaud cree que estas técnicas nunca se generalizarán demasiado, por lo menos en el caso del hombre (pág. 38). Lorenz es mucho más drástico: piensa que quienes las usan son "megalómanos", que "desafían a Dios" (pág. 97).

También hay muchas reservas ante las posibilidades de manipulación de la conducta mediante los psicotropos o el control cerebral estudiado por

José Delgado. Para el toxicólogo Nahes, los investigadores parecen proceder como **boy scouts**, sin saber qué van a descubrir, y corren peligro de alterar equilibrios aún ignorados; a veces, las drogas reducen la ansiedad, y con ella la creatividad, de modo que acaban produciendo robots (pág. 177). Bloom es partidario de que cada cual tenga la "libertad de manipular su cabeza" (pág. 191), mientras que Lorenz se declara enemigo de las "drogas nefastas". Es Lorenz quien nos propone que, teniendo en cuenta la agresividad del tránsito, imaginemos qué ocurriría si los conductores dispusieran de una droga que eliminara el miedo... En su opinión, el peligro no está en las nuevas tecnologías, sino en la actitud manipuladora, que aparece ya en el conductismo de Skinner.

El problema de la eutanasia, que también se vincula con la "ética biológica", divide a los encuestados, quienes en general admiten que ya se la practica en cierta escala sin consultar a nadie, a menudo para responder a las demandas de los bancos de órganos. Imitando a Camus, Attali postula que "la libertad fundamental es el suicidio" (pág. 224). Shneur defiende también la eutanasia activa (pág. 236), mientras que para René Dubos, el problema es más amplio, y debe encuadrarse en un creciente desprecio por la vida humana (pág. 131). Por su parte, Courmand "no puede

concebir que un sistema deocrático defina en qué condiciones está permitido matar" (pág. 36). Henri Laborit, por último, entiende que se trata de un falso problema: los verdaderos son el hambre y la guerra, y con los cuales no se habla en la literatura científica (pág. 206).

Asombra hallar en muchos de estos científicos una actitud sumamente crítica frente a la tecnología, inconcebible hace algunas décadas, cuando los "apocalípticos" eran los humanistas. Como siempre, Lorenz está entre los más categóricos. Caracteriza el cientificismo como una "actitud psicotónica", una exaltación que niega la existencia de todo lo que no puede medirse: "Individuos que no tienen ninguna idea del hecho científico y su relatividad idolatran la ciencia con un fanatismo escandaloso y primario", ciego ante los valores éticos y la dignidad personal (pág. 99), olvidando que no todo lo factible es deseable.

Chargaff, mucho más radical que Lorenz, afirma que toda la investigación sobre el cáncer es un bluff, que sólo sirve para que los investigadores mantengan sus empleos (pág. 141); piensa que los grandes responsables son los norteamericanos, que a partir de la segunda postguerra han convertido la ciencia en una industria. También De Duve critica el relegamiento de la clínica y la creciente tecnificación de la medicina, que tien-

de a hacerla cada vez más costosa y elitista. La vacuna Salk, por ejemplo, demostró cómo algo "inesperado" vino a descalificar los enormes pulmotores que, de seguir con las líneas tradicionales, se hubiesen sin duda desarrollado (pág. 115). Otros (Bloom, pág. 197 y Good, pág. 67) piensan que la medicina del futuro tenderá a parecerse a las políticas sanitarias chinas, de orientación netamente preventiva.

Sin duda, la figura más provocativa —junto con Attali— es Chargaff. Este viene, según algunos hubiese merecido el Nobel que ganaron Watson y Crick, es uno de los más funbundos denostadores del progreso, y se autodenomina "pesimista profesional". Cree que la humanidad se encamina a una catástrofe por culpa de sus abusos, y aconseja a los bioquímicos hacerse jardineros o carpinteros. Desde que la ciencia violó lo que era más "sagrado" en la naturaleza, el núcleo atómico y el núcleo celular (pág. 145), las manipulaciones y el menosprecio por la persona humana han ido creciendo: las religiones carecen de fuerza, ya no quedan filósofos y el arte ha muerto. Curiosamente, Chargaff opina que Picasso fue uno de los últimos que vivieron una cultura íntegra; y sin embargo, no faltaron hombres de generaciones anteriores que en su momento vieron en Picasso la "deshumanización del arte"...

Aunque este pesimismo radical parezca casi una sobreactuación que no ofrece alternativas, tampoco el optimismo ingenuo tiene seguidores; la mayoría de los autores da por supuesto que si no se produce un cambio de actitud, el colapso de la civilización será inevitable. Laborit sostiene sin más que "la democracia se destruye a sí misma" (pág. 208), y Lorenz "no confía en la capacidad de nuestras sociedades para controlar la maquinaria electrónica que hoy disponen" (pág. 106).

Como vemos, un panorama necesariamente diverso y contradictorio, donde cada

lector hallará sus simpatías; aquí se muestra a los científicos **pensando**, elaborando sus temores y haciendo juicios de valor como filósofos. También los vemos opinando con mucha más cautela que los "ficcionalizados" que tan alegremente disparan afirmaciones dogmáticas en cualquier mesa redonda.

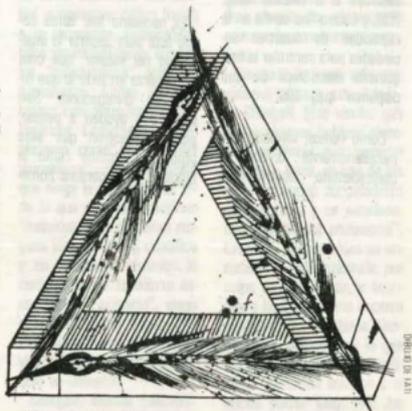
Es necesario leer libros como éste para superar la ingenuidad del escolar, que cree ciegamente en todo lo que dicen los divulgadores. Son libros que ayudan a pensar, porque muestran que ante problemas eternos como la dignidad de la persona huma-

na, las nuevas tecnologías sólo aportan una ambigua libertad y abren la posibilidad de nuevos errores e injusticias, pero sólo escasas perspectivas éticas. Basta mencionar un ejemplo: el pesimista Chargaff, desilusionado de la investigación industrializada de hoy, añora la investigación desinteresada de los alejandrinos del siglo III a.C. Pero ¿acaso esto no significa olvidar que fueron los discípulos de Herófilo y Eristrato los primeros en hacer vivisecciones humanas y experimentos con condenados en pro de la "ciencia pura", claro está que sin los refinamientos técnicos del siglo XX?

LIBROS



Sergio Gaut vel Hartman
TRIANGULO



LIBRO 1980

La ciencia ficción, fenómeno de origen popular, sufrió una notable mutación cuando ciertas fuerzas contenidas en su interior comenzaron a abrirse paso hacia la corriente literaria principal y a quedar expuestas a la consideración de la crítica y el mundo intelectual. Si bien la prehistoria del género se relaciona con las revistas *pulp*, hoy, publicaciones sofisticadas como *Omni*, colecciones experimentales como *Orbit*, seminarios como el del Clarendon College y premios a escritores como Disch, Le Guin, Wolfe y Lafferty fijan las pautas evaluativas en un nivel que hubiera hecho palidecer a los lectores de la década del cuarenta.

¿Cómo se operó esta jerarquización? Está muy claro que en las obras de Edmond Hamilton, E. E. "Doc" Smith o Ray Cummings se apelaba casi exclusivamente a una ansiedad primaria: el asombro inagotable que producen los

viajes especiales y las aventuras en planetas remotos.

Pero la Edad de Oro y la aparición de lo que actualmente consideramos la generación de los grandes escritores clásicos (Sturgeon, Anderson, Bradbury, Asimov) trajeron consigo las primeras e intuitivas exploraciones de espacio interior. En su transformación, el género se llamó también ficción especulativa o simplemente se despegó las eti-

quetas sin pudor. Haciendo gala de un pragmatismo enviable dejó la casi exclusiva apelación a la frontera exterior y se abismó en búsquedas laberínticas de nuevas formas y contenidos.

Quizás sea un tanto osado analizar el estado actual de la ciencia ficción o la nueva criatura que ha ocupado su lugar a través de sólo tres libros. Por otra parte, el atraso habitual con que se publican en

nuestro idioma las traducciones de libros anglosajones obliga a buscar otras formas de aproximación a las tendencias actuales. Pero **Pórtico**,¹ de Frederik Pohl, **Entre los muertos**,² de Edward Bryant y **Una canción para Lya**,³ de George R. R. Martin presentan una serie de elementos interesantes que permiten tipificar sin caer en simplificaciones o generalizaciones burdas.

Hay una curiosa simetría de rasgos comunes: dos de los autores pertenecen a la misma generación y se formaron bajo condiciones similares; dos de los libros participan de una inclinación a lo maravilloso hasta cierto punto pasada de moda; dos de los enfoques manifiestan una preocupación definida por el deterioro de la sociedad y el futuro del hombre. Pero cada uno de estos pares es diferente de los otros.

Pohl es un veterano. Su actividad como editor y escritor comenzó a fines de la década del treinta. Pero es con la novela **Mercaderes del espacio** (1952), escrita en colaboración con el ya fallecido Cyril Kornbluth, que alcanza el primer pico de su carrera. Transcurrida la mitad del siglo XX, temas luego muy transitados como la contaminación am-

biental, el consumismo, la dilapidación de los recursos no renovables y la presión de la sociedad capitalista sobre el individuo eran absolutamente extraños. Pohl fue un pionero en una vertiente crítica, pero al cabo de algunos años de actividad intensa prefirió orientar sus esfuerzos a la dirección de revistas y a la preparación de antologías. En 1976, con **Homo plus**, regresa a la novela y prueba las herramientas a utilizar en una obra de mayor envergadura.

¿Qué es **Pórtico**? En el contexto imaginado para **Mercaderes...** la realidad tiene la mala costumbre de competir con la ficción: la raza humana descubre los restos de una civilización extraterrestre increíblemente antigua y desarrollada: los heechees. Pero no se trata de restos arqueológicos, sino de un sistema de naves autónomas e incomprensibles, capaces de viajar distancias enormes utilizando principios desconocidos. Acuciados por el creciente deterioro de las condiciones de vida, los marginados del futuro aceptan viajes suicidas que tanto pueden desembocar en la obtención de grandes fortunas como en la mutilación o la muerte. Pohl desarrolla el libro en tres planos: una narración objetiva de acontecimientos ocurridos en la Tierra, en **Pórtico** o en el espacio, una terapia a la que se somete Robinette Broadhead —el personaje protagonista— a raíz del trauma que le produce

la muerte de sus compañeros de misión y una serie de documentos, intercalados al azar en el cuerpo de la historia, mediante los cuales el lector accede a un valioso bagaje de información sobre **Pórtico**, los heechees, los viajes, la estructura de la sociedad, estados de cuenta, listados de bajas.

El encanto de **Pórtico** está contenido en la posibilidad de recuperar parte del asombro primigenio de la ciencia ficción sin renunciar a lo ganado en estos años de ficción especulativa. Pohl no se embarca en propuestas que lo hubieran excedido. Se limita a contar una historia planteando su propia alternativa: la salida espacial a los problemas de la Tierra cansada y agotada sigue allí, tan posible como cuando sólo se trataba de un sueño sin esperanzas. Otros escritores (Ballard, Aldiss, Dick) se ocuparon de desmontar y cuestionar la realidad desde sus propias entrañas; el viejo maestro procura plantear la visión actualizada de su generación.

Martin, sin los compromisos de un pasado dedicado a la ciencia ficción social se entrega alegremente a lo maravilloso. **Muerte de la luz**, una novela que se conoció antes en castellano que **Una canción para Lya**, pero que fue escrita después, contenía una apreciable cantidad de elementos épicos muy bien utilizados. De los diez relatos del libro que nos ocupa, ocho se desarrollan en el espacio exterior o se

¹ **Pórtico** (Gateway), Bruguera, Barcelona, 1979.

² **Entre los muertos** (Among the Dead), Adix, Barcelona, 1982.

³ **Una canción para Lya** (A Song for Lya), Carol, Barcelona, 1982.

refieren a él. Y extrañamente, "Oscuros, oscuros eran los túneles" y "La salida para San Breta", las historias terrestres del volumen, son las más débiles. Las demás conforman uno de los conjuntos más eclécticos y por lo tanto más representativos entre las primeras colecciones de un mismo autor publicadas en los últimos años. Martin es muy hábil tanto para el humor ("Fiti" y "Carrera hacia la luz estelar") como para manejarse con climas y hallar la poesía directamente derivada de los nuevos mundos y las nuevas experiencias ("Una canción para Lya" y "Las brumas se ponen por la mañana"). Por momentos hasta parece alentado por el soplo de algunos grandes maestros: Conrad, quizá Hemingway, tal vez el Bradbury más solipsista ("La segunda clase de soledad", "Desobediencia" y "El héroe").

Martin, junto a Varley, Bishop, Dazois y algunas promesas sobre las que parece prematuro hablar, ya que sólo cuentan con un puñado de relatos traducidos, están abriendo el género a una serie de posibilidades poco exploradas, uniendo las técnicas heredadas de la **new thing** a una preocupación genuina por los problemas y enfermedades que aquejan a nuestro planeta y la intención

manifiesta de expandir los límites del género. "La persistencia de la visión" (Varley), "En la calle de las Serpies" (Bishop), "Una mañana especial" (Dazois) son ejemplos adecuados. También lo es "La costa asiática" (Disch), publicado en **Minotauro 1**. El sentido profético que auguraba un Armagedón casi inmediato parece haber cerido el paso a visiones más optimistas, aun a riesgo de que se lean como escapismos, especialmente cuando la realidad es más asfixiante.

Pero Bryant es un apocalíptico tardío. **Entre los muertos** que justamente lleva un subtítulo elocuente: ... y otros hechos conducentes al Apocalipsis es también la primera colección de relatos del autor, aunque varios de ellos hayan aparecido previamente en castellano en revistas y antologías. Es obvia (por momentos demasiado) la deuda que Bryant contrajo con los talleres literarios. El compromiso interior de usar toda la parafernalia de recursos bien aprendidos llega a superar la idea que se pretende exponer y así lo simple se enmaraña y una historia potencialmente interesante se frustra en el desborde y el efecto gratuito.

Esto es notorio en "Teleidoscopio", "El poeta en el holograma en el centro del tiempo

originario", "La historia del conejito celeste" y "Su milésima temporada". Es cierto que ni la traducción, ni la descuidada composición (Adiáx parece no tener correctores) ayudan a que el lector se aproxime inequívocamente a los textos. Pero cuando Bryant justifica los artificios en la correspondencia entre contenido y expresión, los relatos se densifican, el terreno ganado por las nuevas formas cobra su dimensión real. "El hombre colgado", "El lado humano del monstruo de la ciudad", "Entre los muertos", "Coleccionable" y "Al filo de la duna" son las muestras de mayor equilibrio, de estructura más firme que contiene esta colección. Pero el conjunto descubre cierta inmadurez para abordar las historias. Hay una sofisticación, un barroquismo en el lenguaje lrasgo que se acentuaría en **Cinnabari** que se contraponen con la limpieza de los medios expresivos de otros escritores relevantes de la década del setenta.

De todos modos, algunos relatos más recientes de Bryant son alentadores en el sentido de que alcanzan el equilibrio entre los deseos y las limitaciones, especialmente cuando éstas dejan de ser fantasmas y se convierten en monstruos reconocibles y vulnerables.

CINE

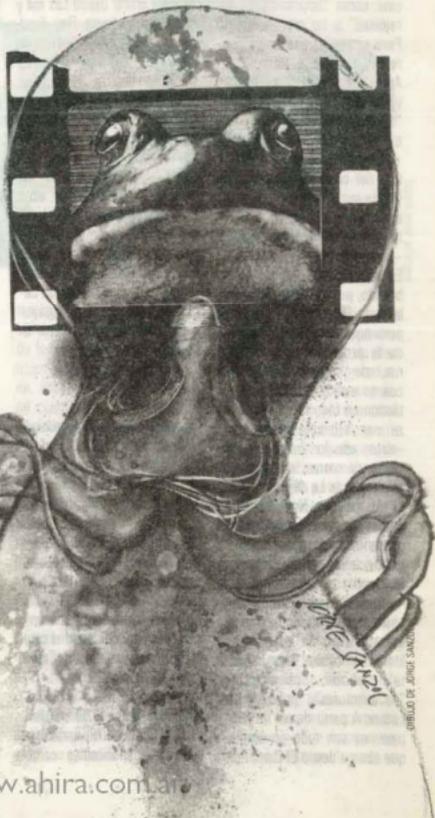


Angel Faretta
EL CINE,
ESE OTRO
SUEÑO

Ante el caos generalizado, nuestra época se aferra con infantil tozudez a las generalizaciones. Reverso del afán clasificatorio que nos invade, una generalización es también la forma de cortar una discusión, no de solucionarla.

Entre las graves generalizaciones sufridas por el arte cinematográfico, una de las más socorridas y frecuentes es la que supone la casi absoluta inexistencia de grandes obras filmicas en lo que suele denominarse ficción científica o ciencia ficción. El propósito de estas notas no es tanto dilucidar el problema, sino, al menos, esbozar algunas acotaciones.

Ninguna opinión que se tenga sobre el cine debe dividir una característica constitutiva de este arte: su carácter



intrínsecamente fantástico; podemos enumerar varias razones a favor de esta argumentación: desde el carácter onírico de su mecanismo hasta la idea, más cercana a la fenomenología, que habla del cine como "impresión de la realidad" (y no reproducción). Pero sospecho que basta con recordar la bella fórmula de André Bazin que define al universo fílmico como ese lugar "donde el hombre invisible fuma habanos y usa pijamas".

Admitido el carácter fantástico del cine, hay que subrayar de inmediato que no necesariamente todo filme acomete la narración de un hecho —literariamente— fantástico. Es obvio decir que un filme basado, por ejemplo, en un relato de Poe, es "fantástico", pero aquí sólo se está diciendo la procedencia de su trama, de su argumento. En cuanto a su especificidad, fantástico es todo filme que utiliza con sabiduría y felicidad —esto es: lo mismo— las reglas de narración cinematográfica, desde *La diligencia* hasta *Apocalypse Now*, ya que ambos, por encima de sus argumentos, inventan un espacio ficcional para representar la trama.

Ahora bien, simulamos crear por un momento en la vetusta teoría de los géneros literarios: "relato", "costumbrista", "social", "psicológico", "de aventuras", "policia", etcétera. A partir de allí nos tropezamos con todo un corpus que abarca desde *El Cantar de*

Gilgamesh hasta los textos de Jorge Luis Borges y se denomina "literatura fantástica". Esta clasificación, como todas, tiene el inconveniente de su obviedad fundamentalmente cuando dentro de ella pueden entrar desde *Las mil y una noches* hasta Ray Bradbury, desde los textos de Henri Michaux hasta *El señor de los anillos*. Al no disponer de una entelequia como la categoría de *fantastique* (al decir de Pablo Capanna, "muy francesa y por lo tanto muy cómoda"), que permite a los franceses incluir todas esas invenciones dentro de tal categoría (y también otros inclasificables, desde el Marqués de Sade hasta los folletines de Eugenio Sue), nosotros debemos proceder con mayor cautela aunque no menor libertad.

II

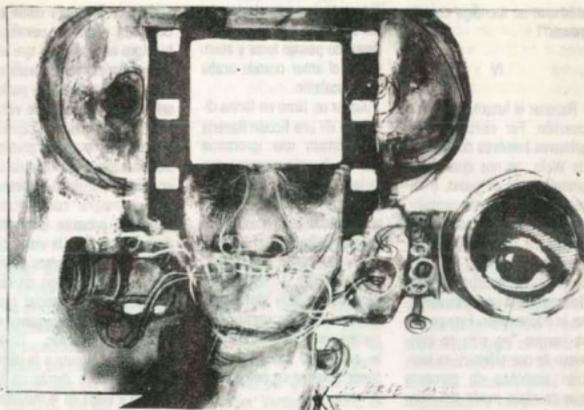
Generalmente la denominación ficción científica alude a un "género" narrativo que imagina el futuro. Es fácil de aplicar cuando nos topamos con Verne o con Asimov, pero bastante engorrosa cuando tenemos que hablar de Lovecraft o Tolkien, que más bien "imaginan el pasado". Así las cosas, si trasladamos mecánicamente esta dificultad al cine el problema se duplica para luego tornarse laberíntico. Filmes como *La mujer en la Luna* (Fritz Lang, 1926) o *Alien* (Ridley Scott, 1978) serían fácilmente identificables como

ficción científica, pero ¿cómo clasificar, por ejemplo, los distintos avatares cinematográficos de Frankenstein, *Invasión* (Hugo Santiago, 1968-69 con guión de Borges y Bloy Casares) o ese prodigio del australiano Peter Weir que es *La última ola* (1978)? Todos estos últimos —es cierto— proponen una especulación sobre el futuro, pero sus tramas tienen un tiempo presente, por otra parte ineludible, en todo relato cinematográfico. Esto nos lleva al punto siguiente.

III

El cine, básicamente, es tiempo presente. Toda ficción cinematográfica, por más que se ubique "temporalmente" en la Edad de Piedra o en el siglo XXI, está narrada (quiero decir: está vista por y para nosotros) en tiempo presente. Por lo tanto, toda imaginación sobre el futuro necesariamente estará inextricablemente unida a la contemporaneidad de la época de realización del filme.

Tomemos el recurrente ejemplo de *El viaje a la Luna*, de Georges Méliès (1902). Este filme imagina un futuro en base a una iconografía *fin de siècle*: optimismo positivista, creencia en el progreso absoluto e infinito, comodidad del viaje; vestuario, escenarios y maquiillajes concuerdan con la época, aunque lo que se imagina es un futuro, siquiera cercano.



DEBUT DE JONAS SANDOZ

En la citada *La mujer en la Luna* tenemos la iconografía languiana de los años veinte: simetrías desmesuradas, geometrismo, cinetifismo puesto al día (el asesor técnico era el mayor experto alemán en cohertería de la época). Vestuario, impostación actoral y demás corresponden —insistimos— a la visión de Fritz Lang de aquella época: fatalismo, lobreguez germana, el azar como factor trágico (el filme es de la misma época que el *Doctor Mabuse. Los nibelungos y Metrópolis*).

En *Planeta prohibido*, un filme norteamericano de Fred M. Wilcox rodado en 1956, la trama y sus circunstancias transcriben a una "época futura" *La tempestad* de William Shakespeare. Por otro lado la

iconografía pertenece absolutamente a la Norteamérica de los años cincuenta: escepticismo en cuanto a la cercana aventura espacial, dudas en cuanto a la posibilidad de entablar relaciones amistosas con pueblos "extraños", pasión casi adolescente de los enamorados que se enfrentan a un adulto prepotente y declinante. En cuanto a la vestimenta, escenarios y demás (si bien imaginan un planeta "retrato" en una época "futura") no se diferencian —no pueden diferenciarse— de la ropa y características de peinados o maquiillajes de los años cincuenta: jopos, brillantinas, tics a la James Dean...

He citado tres filmes de épocas muy diferentes; todos ellos son grandes filmes, en lo

intrínsecamente cinematográfico, obras autónomas y personales de tres autores de tres diferentes mundos privados. Pero si cada uno de estos filmes es juzgado en cuanto a sus posibilidades "prospectivas", todos ellos padecen de un elemental anacronismo; el mismo con que pueden juzgarse las invenciones "técnicas" de *El castillo de los carpátos* de Verne o las *Crónicas marcianas* de Bradbury. Claro que sólo hay anacronismo en cuanto a su imaginación "tecnológica", no en cuanto a feliz invención de ficciones, porque en esto tanto esos filmes como estos libros son fuentes inagotables de placer estético. ¿Será tal vez porque, como dice Hölderlin, "Un hombre es un dios cuando sueña y no es

más que un mendigo cuando piensa?"

IV

Razonar el futuro, ésta es la cuestión. Por cierto, de **Los primeros hombres de la Luna**, de Wells, no nos quedan las postulaciones de gases, o impulsiones de cohetes neumáticos, sino esas escenas —que Borges ha reclamado para la Eternidad— en que "el conventículo de monstruos sentados gangosea un credo servil" en la noche lunar. Esto perdura porque "no sólo es ingenioso lo que refieren; es también simbólico de procesos que de algún modo son inherentes a todos los destinos humanos". De allí que de **La mujer en la Luna** no importan ya los planos que describen el proyecto y lanzamiento del cohete, sino esos magistrales

momentos en que alguien debe optar por quedarse en el desolado paisaje lunar y abandonar el amor cuando acaba de descubrirlo.

Juzgar un filme en forma diferente de una ficción literaria fue primero una ignorancia que las buenas maneras nos reclaman disculpar; luego un error que se convirtió en grosero axioma, por fin un desatino que linda con la perversidad y que debe combatirse. La vocinglera y estrepitosa declamación de la "puerilidad" del cine es hoy inadmisibile, precisamente porque, este arte ordena el caos y no se puede entablar un diálogo con el ruido.

V

Vemos entonces —y seguiremos viendo, si es posible, en futuras notas— que

tanto a la literatura como al cine de ficción científica (siempre en la medida que algo tan estrictamente clasificatorio exista), no puede pedírsele, desde un punto de vista estético, que imagine "correctamente" el futuro; tal pretensión invalida el territorio de la imaginación artística. Pedimos sí que imagine con estricta belleza el presente (presente de la lectura o de la visión cinéfila). No pretendamos ahora que el artista —luego de ser expulsado de su antiguo magisterio— recate soluciones o indique direcciones. Dejémoslo soñar, frente a la página en blanco o detrás de la cámara y luego en la moviola; que desde allí imagine sus ficciones y entonces, tal vez, aquéllo de Pascal ("La vida, ese otro sueño") será un predicado de "ese impustergable ejercicio que se llama vivir".

CARTAS

Señor director:

No soy aficionado a la ciencia ficción. Si me acerqué a **Minotauro** fue porque guardaba excelentes recuerdos de la revista del mismo nombre que existió hace un par de décadas. Creo que esa circunstancia, y el hecho de figurar el nombre de J. G. Ballard en el sumario bastaron para atraerme. Junto a algunas páginas que, imagino, son para deleite exclusivo de los lectores habituales de ciencia ficción y fantasía (esa mezcla de absurdo y humor del para mí desconocido R. A. Lafferty; la crítica de libros; en particular, esa pavada exquisita de la señora Le Guin), me dio rabia encontrarme con cuentos como el de Dozois y, muy especialmente, el de Thomas Disch, y pensar que sólo los lectores de ciencia ficción tendrán el privilegio de leer a dos autores tan excelentes. Me pregunto cómo es que esos dos nombres sean aún unos perfectos desconocidos para el público en general.

Otro cuento que me gustó mucho fue el de Fritz Leiber (siquiera, por cierto, recordaba por un sagacísimo cuento sobre actores, que haría las delicias de un psicoanalista, publicado por la primitiva **Minotauro**). Verdaderamente, se necesita algo más que técnica y oficio para levantar con tan pocos y ligeros materiales un edificio tan lleno de sugestión y de múltiples posibilidades. Me recordé insistentemente la sutileza, la imaginación, la atmósfera casi mágica de algunas de las mejores páginas de Lewis Carroll. Se me ocurre que no ha sido casual la inserción de este relato en el mismo volumen en que se publica un texto tan jugoso como "El advenimiento del inconsciente", que contribuye a arrojar nuevas luces sobre la extraordinaria personalidad de James Ballard, a quien Borges leyó muchos con él considera uno de los escritores más valiosos de este siglo.

El balance para mí, lector de literatura general, ha sido po-

sitivo. Me he encontrado con una revista de selección evidentemente rigurosa, que no desmerece en absoluto la justa fama que logró su homónimo tantos años atrás. Me gustaron sin entusiasmarme las ilustraciones, y me interesó el reportaje a Pablo Capanna: creo que no le hubieran sobrado dos o tres páginas más. Otra gratísima sorpresa la constituyeron esas páginas memorables del recientemente desaparecido Arthur Koestler, uno de los hombres brillantes de este siglo. Por último, quisiera realizar un pedido: en lugar de malgastar tanto espacio en liviandades prescindibles como las del señor Lafferty o la señora Le Guin, ¿por qué no publican más cuentos de autores argentinos?

Agradecidamente

Constante Luis Ceriotti
Capital

Nuestra intención es publicar cada vez más cuentos de autores nacionales. Incluso

hemos creado una colección de libros, que alterará su aparición con **Minotauro**, dedicada exclusivamente a la presentación de textos escritos en castellano. Los primeros títulos son **Mi cerebro animal** de Carlos Gardini, y **Aguas salobres** de Mario Levrero.

Señor director:

Me alegra mucho que **Minotauro** haya vuelto a la palestra después de tantos años, pero me alegra aún más que esta nueva versión no sea una mera repetición de la anterior sino un producto totalmente nuevo. Sé que las comparaciones son odiosas, pero en este caso son inevitables y quiero hacer lo posible para no ser injusto. En la década del sesenta la publicación dirigida por Ricardo Gosseyne resultó todo un acontecimiento por la calidad de los textos y el cuidado de las versiones.

Como resultado nos han quedado diez magníficas antologías de la revista **Fantasy and Science Fiction**, y creo que no es decir poco. Sin embargo, me parece muy bien que esta nueva época no sea una mera sucursal de una publicación extranjera. Es importante que se dé cabida a autores nacionales y se incluya material informativo sobre libros, cine y artes plásticas, como en el primer número. También me gusta que la revista sea ilustrada; muy delicada y sugestiva la tapa de Nine.

El nivel de los textos me pareció excelente en general, pero quiero destacar dos de ellos porque se trata de autores que desconocía: me refiero a "Un sueño a mediodía", de Dozois, y "La sueñera", de Ana María Shua. Espero que esos nombres se repitan en futuros números, y espero que otros lectores

también lo esperen. Muy lúcido da la reseña de Pablo Capanna sobre el libro de Hugh Thomas; un buen modo de desmantelar con serenidad y sin alardes la historia colonialista que nos quieren vender desde ultramar. Me interesaron mucho los extractos de Arthur Koestler, sobre quien quiero pedir más información: ¿las obras citadas están traducidas, qué otros ensayos pueden encontrarse de ese autor, quién lo ha publicado? Esperando ávidamente el número dos, lo saluda

Javier Méndez
Haedo

Que sepamos sólo existe traducción de los siguientes ensayos de Koestler: **Los sonámbulos** (Eudeba), **El rastro del dinosaurio** (Emecé), **Autobiografía** (Alianza, cinco tomos), **El abrazo del sapo** (Ayumá), **Las raíces del azar** (Kairós) y **Jano** (Debate).

DEFINITIVA EVIDENCIA DE VIDA INTELIGENTE EN EL PLANETA:

Revista

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

- * Concurso permanente de cuentos breves.
- * Acertijos matemáticos.
- * Enigmas de la lógica.
- * Ajedrez y fantasía.
- * Go, Backgammon, Cubo mágico.
- * Crucigramas.
- * Paradojas y delirios.

Juegos para gente de mente
significa
juegos para gente de mente.

Una vez por mes, piénselo en su kiosco.

PRÓXIMAMENTE

Cuentos y artículos de

J. G. BALLARD
URSULA K. LE GUIN
CARLOS GARDINI
PHILIP K. DICK
PABLO CAPANNA
JOHN SLADEK
MICHAEL BISHOP
ROBERT SHECKLEY
KEITH ROBERTS

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto I 545, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto I 545, teléfonos 362-1222/1332/1616. Distribución en librerías: Editorial Sudamericana S.A. Fotocomposición: Compuforms S.A., Maipú 859 10º, teléfono: 392-4929. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1983, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 10.000 ejemplares, se terminó de imprimir en offset en el mes de julio de 1983, en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S.A., Alsina 2049 - Buenos Aires - Argentina



En este libro excepcional —desafío a la inteligencia y la imaginación—, el ganador del Premio Pulitzer en 1980, Douglas R. Hofstadter, y el filósofo Daniel C. Dennett exploran el significado del Yo y de la conciencia de sí mismo, internándose en perspectivas que incluyen la literatura, la psicología, la filosofía, el psicoanálisis y muchos otros ámbitos. ¿Qué es la mente? ¿Quién soy yo? ¿La materia puede pensar? ¿Dónde está el alma? *El ojo de la mente* procura responder a estas y a muchas otras preguntas acuciantes sobre la relación del hombre con su mundo, el universo, sus orígenes, y propone insólitos experimentos mentales, fantasías alarmantes, diálogos irónicos y deslumbrantes de ingenio: todos ellos proyectan la imaginación por caminos insospechados. 632 pags.

 EDITORIAL SUDAMERICANA